

PONTIFICIA COMMISSIO PRO AMERICA LATINA

Reunión Plenaria

Ciudad del Vaticano 17-20 de enero de 2007

Reunião Plenária

Cidade do Vaticano 17-20 de janeiro de 2007

ACTAS

**« La Familia y la Educación Cristiana
en América Latina »**

ATAS

**« Família e Educação Cristã
na América Latina »**

LIBRERIA EDITRICE VATICANA

2007

Pontificia Comisión para América Latina

Oficinas:
Palazzo San Paolo
Via della Conciliazione, 1
I-00193 Roma

Dirección Postal
Pontificia Comisión para América Latina
V-00120 Città del Vaticano
Tel.: + [39-06]-698 83131
Fax: + [39-06]-698 84260
pcal@latinamer.va

© Copyright 2007 - Libreria Editrice Vaticana
00120 Città del Vaticano
Tel. (06) 698.85003 - Fax (06) 698.84716

ISBN 978-88-209-7944-7

www.libreriaeditricevaticana.com

PRESENTACIÓN

El presente libro contiene las *Actas de la Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina* realizada en la Ciudad del Vaticano los días 17-20 de enero del año 2007.

Dicha Reunión Plenaria tuvo como tema “*La Familia y la Educación Cristiana en América Latina*” resaltando que ella es el lugar fundamental para la formación en los valores de la fe.

En consonancia con el Encuentro Mundial de las familias el pasado verano en Valencia, España, y la preparación a la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, el Papa Benedicto XVI, en la Audiencia a los participantes, recordó cómo el hogar es: “donde se custodia el patrimonio de la fe; en él los hijos reciben el don de la vida, se sienten amados tal como son y aprenden los valores que les ayudarán a vivir y transmitir la fe y las virtudes”. Y a la vez enseñó que “el verdadero discípulo crece y madura en la familia, en la comunidad parroquial y diocesana; se convierte en misionero cuando anuncia la persona de Cristo y su Evangelio”.

Esta publicación se abre con el discurso que el Santo Padre dirigió el 20 de enero 2007 a los Consejeros y Miembros de la Comisión.

Las intervenciones y los discursos expresan el panorama latinoamericano de la familia, la transmisión de la fe y las experiencias vividas por los participantes, quienes aportaron unas *Recomendaciones Pastorales* que han sido enviadas a todos los Obispos de América Latina para que sean aplicadas adecuadamente.

La Pontificia Comisión para América Latina pone

bajo la protección de Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de América, a todas las familias latinoamericanas. Y al mismo tiempo deja en manos de los pastores toda esta documentación, a fin de que hagan de la familia realmente el lugar privilegiado para vivir y transmitir la fe y las virtudes cristianas.

APRESENTAÇÃO

O presente livro contém as *Atas da Reunião Plenária da Pontifícia Comissão para a América Latina* realizada na Cidade do Vaticano, nos dias 17 a 20 de janeiro de 2007.

A mencionada Reunião Plenária teve como tema “ A Família e a Educação Cristã na América Latina ”, ressaltando que a família é o lugar fundamental para a formação dos valores da fé.

Em consonância com o Encontro Mundial das famílias, realizado em julho do ano passado na cidade de Valência (Espanha), e a preparação para a V Conferência Geral do Episcopado Latino-americano, o Papa Bento XVI, na Audiência concedida aos participantes da Reunião Plenária, recordou que o lar familiar é o “ lugar privilegiado para viver e transmitir a fé e as virtudes ”; um lugar onde “ é conservado o patrimônio da fé; nele os filhos recebem o dom da vida, sentem-se amados por aquilo que são e aprendem os valores que os ajudarão a viver como filhos de Deus ”. Na mesma ocasião ensinou que “ o verdadeiro discípulo cresce e amadurece na família, na comunidade paroquial e diocesana; converte-se em missionário quando anuncia a pessoa de Cristo e o seu Evangelho ”.

Esta publicação se abre, portanto, com o discurso que o Santo Padre dirigiu aos Conselheiros e Membros da Comissão, no dia 20 de janeiro de 2007.

As intervenções e os discursos exprimem o panorama latino-americano sobre a família, a transmissão da fé e as experiências vividas pelos participantes, os quais contribuíram com algumas *Recomendações Pastorais* que foram enviadas a todos os Bispos da Améri-

ca Latina para que sejam adequadamente colocadas em prática.

A Pontifícia Comissão para a América Latina confia à proteção de Nossa Senhora de Guadalupe, Padroeira da América, todas as famílias latino-americanas. Ao mesmo tempo coloca nas mãos dos seus Pastores a documentação da Reunião Plenária, a fim que façam da família realmente o lugar privilegiado para viver e transmitir a fé e as virtudes cristãs.

LA FAMILIA Y LA EDUCACIÓN CRISTIANA EN AMÉRICA LATINA

PROGRAMA

MIÉRCOLES 17 DE ENERO

Mañana

08:30 ***Concelebración Eucarística en la Cripta de la
Basilica de San Pedro***
Preside el Cardenal Giovanni Battista Re.

10:30 ***Intervalo (Snack)***

10:45 ***Sesión Inaugural***

1. Breve saludo del Presidente, *Cardenal Giovanni Battista Re.*
2. Relación del Arzobispo Vicepresidente, *Mons. Luis Robles Díaz, sobre las recientes actividades de la Pontificia Comisión para América Latina.*

11:15 Relación: Panorama de la Familia Cristiana en América Latina. Análisis de la Situación. *S.E.R. Mons. José Luis Lacunza, O.A.R., Obispo de David, Presidente del Departamento de Familia, Vida y Cultura del CELAM.*

Diálogo

12:30 ***Fin de la sesión***

Tarde

16:30 ***Snack***

17:00 ***Rezo de las Vísperas***

17:15 **Conferencia Familia**

Cardenal Alfonso López Trujillo, Presidente
del Pontificio Consejo para la Familia

Diálogo

19:00 **Fin de la sesión**

JUEVES 18 DE ENERO

Mañana

09:00 **Rezo de la Hora Tercia**

09:15 **Mesa Redonda**

Transmisión de la Fe en la Familia

1. La familia cristiana transmite la fe cuando los padres enseñan a los hijos a rezar. *Card. Geraldo Majella Agnelo, Arzobispo de São Salvador da Bahia.*
2. Cuando introducen a los hijos en la vida de la Iglesia (Primera Comunión, Confesión, Confirmación). *Mons. Fernando Sáenz Lacalle, Arzobispo de San Salvador;*
3. Cuando iluminan la vida cristiana con la luz de la fe mediante el Catecismo de la Iglesia Católica, la lectura de la Sagrada Escritura, la vida de los santos, etc. *Card. Darío Castrillón Hoyos; Prefecto Emérito de la Congregación para el Clero;*
4. El testimonio de fe de los padres: importancia del ejemplo. *Card. Nicolás de Jesús López Rodríguez, Arzobispo de Santo Domingo.*

10:45 **Intervalo (Snack)**

11:15 **Diálogo**

Tarde

16:30 **(Snack)**

17:00 **Rezo de las Vísperas**

17:15 Mesa Redonda: Desafíos de la educación cristiana: La Familia y su relación con la escuela, la parroquia y los movimientos familiares

La educación cristiana como medio para la formación integral de la persona y para la construcción de un futuro con bases sólidas. *Card. Cláudio Hummes, Prefecto de la Congregación para el Clero;*

Familia y Parroquia. *Card. Jorge Mario Bergoglio, Arzobispo de Buenos Aires;*

Familia y Escuela. *Card. Zenon Grocholewski, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica;*

Movimientos eclesiales en favor de la familia. *S.E. Mons. Jonás Guerrero Corona, Obispo Auxiliar de México;*

Familia Cristiana, cuna de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. *Card. Juan Sandoval Íñiguez, Arzobispo de Guadalajara.*

18:00 **Diálogo**

19:00 **Fin de la sesión**

VIERNES 19 DE ENERO

Mañana

09:00 **Rezo de la Hora Tercia**

9:15 **Diálogo**

Experiencias y propuestas pastorales para promover la evangelización de la familia y su obra educadora en la fe.

10:30 ***Intervalo (Snack)***

11:00 La preparación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. *Cardenal Francisco Javier Errázuriz Ossa, Arzobispo de Santiago de Chile y Presidente del CELAM.*

12:30 ***Fin de la sesión***

Tarde

17:00 ***Reunión reducida***

Grupo de trabajo para la elaboración de las Recomendaciones Pastorales, en la sede de la Pontificia Comisión para América Latina.

SÁBADO 20 DE ENERO

Mañana

09:00 ***Rezo de la Hora Tercia***

09:15 Diálogo acerca de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano

11:15 ***Snack***

12:00 ***Audiencia con el Santo Padre***

Tarde

16:00 ***Sesión Conclusiva***

Presentación y Aprobación de las eventuales recomendaciones pastorales.

17:30 ***Rezo de las Vísperas***

*Discurso
del Santo Padre Benedicto XVI
a los participantes
en la Reunión Plenaria
de la Pontificia Comisión para
América Latina*

Señores Cardenales,
Queridos hermanos en el Episcopado:

Me da mucha alegría recibir y saludar con afecto a los Consejeros y Miembros de la Pontificia Comisión para América Latina con ocasión de su Reunión Plenaria. Agradezco a su Presidente, el Cardenal Giovanni Battista Re, sus amables palabras que expresan el sentir de todos vosotros y el deseo profundo de renovar vuestro compromiso de servir, *cum Petro et sub Petro*, a la Iglesia que peregrina en América Latina, siguiendo el ejemplo de Cristo, el Buen Pastor, que ama y se entrega por sus ovejas.

Pensando en los desafíos que al inicio de este tercer milenio se plantean a la Evangelización, se ha escogido como tema de reflexión este encuentro «*La familia y la educación cristiana en América Latina*», muy en consonancia con el inolvidable Encuentro Mundial de las Familias el pasado verano en Valencia, España. Fue un hermoso acontecimiento que pude compartir con familias católicas de todo el mundo, muchas de ellas latinoamericanas.

Vuestra presencia aquí me hace pensar en la V Conferencia General del Episcopado La-

latinoamericano y del Caribe, que he convocado en Aparecida, Brasil, y que tendré el gusto de inaugurar. Pido al Espíritu Santo, que asiste siempre a su Iglesia, que la gloria de Dios Padre misericordioso y la presencia pascual de su Hijo iluminen y guíen los trabajos de este importante evento eclesial a fin de que sea signo, testimonio y fuerza de comunión para toda la Iglesia en América Latina.

Esta Conferencia, en continuidad con las cuatro anteriores, está llamada a dar un renovado impulso a la Evangelización en esa vasta región del mundo eminentemente católica, en la que vive una gran parte de la comunidad de los creyentes. Es preciso proclamar íntegro el Mensaje de la Salvación, que llegue a impregnar las raíces de la cultura y se encarne en el momento histórico latinoamericano actual, para responder mejor a sus necesidades y legítimas aspiraciones.

Al mismo tiempo, se ha de reconocer y defender siempre la dignidad de cada ser humano como criterio fundamental de los proyectos sociales, culturales y económicos, que ayuden a construir la historia según el designio de Dios. En efecto, la historia latinoamericana ofrece multitud de testimonios de hombres y mujeres que han seguido fielmente a Cristo de un modo tan radical que, llenos de ese fuego divino que lo consume todo, han forjado la identidad cristiana de sus pue-

blos. Su vida es un ejemplo y una invitación a seguir sus pasos.

La Iglesia en América Latina afronta enormes desafíos: el cambio cultural generado por una comunicación social que marca los modos de pensar y las costumbres de millones de personas; los flujos migratorios, con tantas repercusiones en la vida familiar y en la práctica religiosa en los nuevos ambientes; la reaparición de interrogantes sobre cómo los pueblos han de asumir su memoria histórica y su futuro democrático; la globalización, el secularismo, la pobreza creciente y el deterioro ecológico, sobre todo en las grandes ciudades, así como la violencia y el narcotráfico.

Ante todo ello, se ve la necesidad urgente de una nueva Evangelización, que nos impulse a profundizar en los valores de nuestra fe, para que sean savia y configuren la identidad de esos amados pueblos que un día recibieron la luz del Evangelio. Por ello resulta oportuno el tema elegido como guía para las reflexiones de dicha Conferencia: *Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida*. En efecto, la V Conferencia ha de fomentar que todo cristiano se convierta en un verdadero discípulo de Jesucristo, enviado por Él como apóstol, y como decía el Papa Juan Pablo II, «no de re-evangelización sino de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos,

en su expresión», a fin de que la Buena Noticia arraigue en la vida y en la conciencia de todos los hombres y mujeres de América Latina (*Discurso en la apertura de la XIX Asamblea del Consejo del Episcopado Latinoamericano*. Port-au-Prince, Haití, 9 marzo 1983).

Queridos Hermanos: los hombres y mujeres de América Latina tienen una gran sed de Dios. Cuando en la vida de las comunidades se produce un sentimiento como de orfandad respecto a Dios Padre, es vital la labor de los Obispos, sacerdotes y demás agentes de pastoral, que den testimonio, como Cristo, de que el Padre es siempre Amor providente que se ha revelado en su Hijo. Cuando la fe no se alimenta de la oración y meditación de la Palabra divina; cuando la vida sacramental languidece, entonces prosperan las sectas y los nuevos grupos pseudoreligiosos, provocando el alejamiento de la Iglesia por parte de muchos católicos. Al no recibir éstos respuestas a sus aspiraciones más hondas, que podrían encontrarse en la vida de fe compartida, se producen también situaciones de vacío espiritual. En la labor evangelizadora es fundamental recordar siempre que el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo en Pentecostés, y que ese mismo Espíritu sigue impulsando la vida de la Iglesia. Por eso es importante el sentido de pertenencia eclesial, donde el cristiano crece y madura en la co-

muni3n con sus hermanos, hijos de un mismo Dios y Padre.

«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por m3» (Jn 14,6). Como se3alaba mi venerado predecesor Juan Pablo II en su Exhortaci3n Apost3lica *Ecclesia in America*, «Jesucristo es, pues, la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida y a los interrogantes fundamentales que asedian tambi3n hoy a tantos hombres y mujeres del continente americano» (n. 10). S3lo viviendo intensamente su amor a Jesucristo y entreg3ndose generosamente al servicio de la caridad, sus disc3pulos ser3n testigos elocuentes y cre3bles del inmenso amor de Dios por cada ser humano. De esta manera, amando con el mismo amor de Dios, llegar3n a ser agentes de la transformaci3n del mundo, instaurando en 3l una nueva civilizaci3n, que el querido Papa Pablo VI llamaba justamente «la civilizaci3n del amor» (cf. *Discurso en la clausura del A3o Santo*, 25 diciembre 1975).

Para el futuro de la Iglesia en Latinoam3rica y el Caribe es importante que los cristianos profundicen y asuman el estilo de vida propio de los disc3pulos de Jes3s: sencillo y alegre, con una fe s3lida arraigada en lo m3s 3ntimo de su coraz3n y alimentada por la oraci3n y los sacramentos. En efecto, la fe cristiana se nutre sobre todo de la celebraci3n

dominical de la Eucaristía, en la cual se realiza un encuentro comunitario, único y especial con Cristo, con su vida y su palabra.

El verdadero discípulo crece y madura en la familia, en la comunidad parroquial y diocesana; se convierte en misionero cuando anuncia la persona de Cristo y su Evangelio en todos los ambientes: la escuela, la economía, la cultura, la política y los medios de comunicación social. De modo especial, los frecuentes fenómenos de explotación e injusticia, de corrupción y violencia, son una llamada apremiante para que los cristianos vivan con coherencia su fe y se esfuercen por recibir una sólida formación doctrinal y espiritual, contribuyendo así a la construcción de una sociedad más justa, más humana y cristiana.

Es un deber importante alentar a los cristianos que, animados por su espíritu de fe y caridad, trabajan incansablemente para ofrecer nuevas oportunidades a quienes se encuentran en la pobreza o en las zonas periféricas más abandonadas, para que puedan ser protagonistas activos de su propio desarrollo, llevándoles un mensaje de fe, de esperanza y de solidaridad.

Para terminar, vuelvo al tema de vuestro encuentro de estos días sobre la familia cristiana, lugar privilegiado para vivir y transmitir la fe y las virtudes. En el hogar se custodia el patrimonio de la fe; en él los hijos reciben

el don de la vida, se sienten amados tal como son y aprenden los valores que les ayudarán a vivir como hijos de Dios. De esta manera, la familia, acogiendo el don de la vida, se convierte en el ambiente propicio para responder al don de la vocación (cf. *Alocución en el Ángelus*, Valencia, 8 julio 2006), especialmente ahora en que se siente tanto la necesidad de que el Señor envíe trabajadores a su mies.

Pidamos a María, modelo de madre en la Sagrada Familia y Madre de la Iglesia, Estrella de la Evangelización, que guíe con su intercesión maternal a las comunidades eclesiales de Latinoamérica y el Caribe, y asista a los participantes en la V Conferencia para que encuentren los caminos más apropiados a fin de que aquellos pueblos tengan vida en Cristo y construyan, en el llamado «Continente de la esperanza», un futuro digno para todo hombre y mujer. Os aliento a todos en vuestros trabajos y os imparto de corazón mi Bendición Apostólica.

*Saludo
del Cardenal Giovanni Battista Re
Presidente de la Pontificia Comisión
para América Latina
al Santo Padre Benedicto XVI*

Beatísimo Padre:

Los Consejeros y Miembros de la Pontificia Comisión para América Latina le agradecen cordialmente este encuentro y renuevan la expresión de su sincero afecto y plena fidelidad al Sucesor de Pedro.

En estos días hemos reflexionado sobre el lugar fundamental que tiene la familia en la educación cristiana y en la formación en los valores de la fe. Hemos reflexionado también sobre la educación cristiana en la parroquia y en la escuela. Se trata de un tema decisivo frente a los desafíos que se están manifestando en el presente y a los que se presentarán en el futuro.

Los participantes han expresado profunda gratitud por el luminoso magisterio de Vuestra Santidad en apoyo a la familia y en defensa de los valores humanos y cristianos.

Este encuentro ha dirigido también una particular atención y solicitud a la ya cercana V Conferencia del Episcopado Latino Americano, que Vuestra Santidad inaugurará en Aparecida en el próximo mes de mayo.

Le agradecemos vivamente, Santidad, por haber convocado tal Conferencia General. El Pueblo de Dios que peregrina en América Latina espera con gran ilusión dicho acontecimiento y lo está preparando con dedicación y entusiasmo.

Los habitantes de los diversos países de América Latina y el Caribe miran a Vuestra Santidad con profunda fe e intenso afecto, y anhelan con gran gozo Vuestra visita a Brasil.

Con el discurso que Vuestra Santidad dirigirá ahora a esta asamblea, se concluye el encuentro de nuestra Comisión. Le pedimos, Padre Santo, que nos bendiga a nosotros y a toda América Latina.

* * *

***Homilía
en la Concelebración Eucarística
realizada en la Cripta
de la Patriarcal Basílica de San Pedro***

Cardenal GIOVANNI BATTISTA RE
Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina

Iniciamos los trabajos de nuestra asamblea invocando la ayuda del Señor con esta concelebración. En efecto, estamos convencidos de que « si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores » (*Salmo* 127,1).

De hecho, sentimos la necesidad de la luz y la fuerza que nos vienen de Dios. En la reunión de este año, advertimos con especial intensidad esta necesidad por un doble motivo: sea por el tema de la educación cristiana, que es un elemento central para construir el futuro de los pueblos de América Latina sobre bases sólidas, sea incluso más porque durante estos días nuestros pensamientos y reflexiones tendrán como horizonte la V Conferencia General que se realizará dentro de cuatro meses en el Santuario de Aparecida.

La liturgia de hoy hace memoria de un santo, nacido en Egipto, a orillas del Nilo, casi 200 años después de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo: San Antonio Abad.

Un Santo entre los más populares del medioevo en Europa y en Medio Oriente: el santo más representado por los pintores y más narrado en las leyendas que florecían en Europa y Medio Oriente, sobretodo a propósito de su relación con los animales en el desierto, donde se había retirado y donde un cuervo le llevaba medio pan todos los días a su caverna eremítica.

Dejando de lado las leyendas, nos detenemos un momento en lo que ha escrito acerca de él San Atanasio, Obispo de Alejandría, que fué discípulo de San Antonio.

La lectura de las páginas escritas por San Atanasio sobre San Antonio inflamó incluso a San Agustín, cuando él todavía no estaba convertido al cristianismo, y lo convenció, como cuenta en sus confesiones, a ban-

donar el mundo para dedicarse a una vida ascética y de estudio.

San Antonio es un santo, por tanto, que ha tenido una influencia benéfica en San Agustín y, en alguna medida, contribuyó a allanar el camino que llevará al futuro Obispo de Hipona a convertirse.

A nosotros, pastores solícitos por el bien y el futuro cristiano de América Latina, San Antonio dirige una doble invitación:

1. Nos llama a poner a Dios en el centro de nuestra vida personal y de nuestra actividad, en un tiempo lejano al suyo pero parecido en el hecho de que Dios ocupa poco espacio en las preocupaciones de los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Antonio tenía veinte años cuando su padre y su madre fallecieron, primero uno y al poco tiempo el otro. Una mañana, en una iglesia, escuchó la lectura del pasaje del evangelio que ha sido proclamado hace un momento. Lo tocó profundamente la frase: «Si quieres ser perfecto, va, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, tendrás un tesoro en los cielos: luego ven y sígueme» (*Mt* 19,21).

San Antonio puso en práctica esta frase. La Palabra de Dios es tan rica que basta poner verdaderamente en práctica una frase para llegar a ser santos.

San Antonio distribuyó a los pobres sus bienes y después emprendió el camino de la soledad para buscar, en la oración, la unión con Dios y encontrar en Dios el sentido de la vida.

En aquél tiempo no existían todavía los monasterios. Al retirarse lejos de los lugares habitados para dedicarse sólo a Dios, se encontró con un hombre que conducía una vida solitaria, un «monje», palabra que indica justamente un hombre que ha elegido vivir solo, con Dios solo. Antonio comenzó a seguir sus enseñanzas y vio que podía trabajar con las propias manos pa-

ra tener lo necesario para vivir y que podía orar continuamente y meditar las Sagradas Escrituras.

En la soledad San Antonio lograba poner a Dios al centro de toda su actividad cotidiana. Así nos enseña también a nosotros que el espacio de tiempo que damos a Dios en nuestras jornadas es siempre el mejor empleado. Por esto, no debemos jamás pensar que el tiempo que damos a Dios se pierde para nuestro apostolado. El Papa Benedicto XVI ha dicho que el tiempo de la oración es trabajo exquisitamente pastoral.

En realidad, el tiempo que damos a Dios en la oración se transforma en fuente de fecundidad de nuestro ministerio pastoral y de éxito de nuestras iniciativas benéficas.

2. Sin embargo, San Antonio nos ofrece también una segunda enseñanza: no obstante había elegido vivir en soledad para estar con Dios, cuando se presentó la ocasión, **dió con vigor todo el aporte que le era posible para el bien de la sociedad.**

Fue un verdadero contemplativo que, al mismo tiempo, era sensible a los problemas de su tiempo y colaboraba con la realización del bien común con los responsables de la vida eclesial y civil. Me limito a citar dos casos concretos.

Cuando tenía 60 años, en el año 310, y en Egipto arreciaba la persecución del emperador Maximino, Antonio se dirigía a Alejandría para apoyar a los cristianos y para visitar en las cárceles a los confesores de la fe. En un momento de gran dificultad, quiso dar su solidaridad y cercanía a sus hermanos en la fe.

Años después, volvió todavía dos veces a Alejandría para defender y apoyar a su amigo San Atanasio, Obispo de la ciudad, el cual era fuertemente atacado por los arrianos. Antonio le dió todo el apoyo que le fue posible, defendiendo así la pureza de la fe y, al mismo tiempo, al Obispo de Alejandría.

Grande es por tanto la enseñanza que nos viene de San Antonio Abad: un Obispo debe ser hombre de Dios; al mismo tiempo debe estar plenamente insertado en la realidad de la sociedad hoy y dar su aporte, encontrando en las eternas verdades del Evangelio las respuestas a los desafíos emergentes de nuestro tiempo.

Sólo si Dios representa la luz y la fuerza determinantes para nuestra vida y nuestra actividad, seremos apóstoles creíbles y (como indica el tema de la próxima Conferencia General) verdaderos «discípulos y misioneros de Jesucristo para que los pueblos de América Latina en Él tengan vida».

***Saludo del Presidente
a los Participantes al inicio
de la Reunión Plenaria***

Cardenal GIOVANNI BATTISTA RE
Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina

Eminentísimos Señores Cardenales,
Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos,
Queridos hermanos,

1. Quiero, en primer lugar, saludar con mucho afecto tanto a los Pastores que han venido de diversos países de América Latina, como a los que prestan su servicio en la Curia Romana. Quiero también manifestarles que el Santo Padre alienta nuestros trabajos y reflexiones en esta reunión y estará muy contento de poder recibirnos en la mañana del día sábado y dirigirnos algunas palabras.

Hemos comenzado este primer día de trabajo con la celebración de la Eucaristía, la cual nos sitúa ya desde el inicio en un adecuado contexto, pues nos recuerda que es Cristo el centro de nuestra vida y el único punto de partida posible desde el cual podemos desempeñar correctamente nuestra labor de Pastores, según el paradigma del Buen Pastor.

Y en efecto, nos reúne un afán netamente pastoral: todos aquí compartimos la preocupación por la Iglesia que peregrina en América Latina, y por ello hemos decidido dedicar nuestras reflexiones en estos cuatro días a un tema que consideramos de crucial importancia para el futuro de los católicos en ese querido continente: la familia y la educación cristiana en América Latina.

En este encuentro dedicaremos también un espacio para hablar sobre la preparación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en la que el tema de la educación cristiana es central para construir un futuro con bases sólidas y, sobretudo, la educación cristiana en la familia.

2. La familia en América Latina sufre hoy persistentes dificultades debidas no solo a la carga de los problemas morales y espirituales, sociales y económicos, sino también de una cultura y una mentalidad que la están diluyendo y la llevan a olvidar los fundamentos de la familia en sus raíces humanas y cristianas.

Si queremos reforzar la fe en América Latina y si queremos rehacer el tejido cristiano de la sociedad del continente Latinoamericano es necesario volver a empezar desde la familia. Es el reto crucial que el encuentro en Valencia, el pasado mes de julio, ha puesto a la luz. Se necesita ayudar a las familias cristianas a no dejarse arrastrar por los modelos dominantes, y a convertirse en protagonistas al afrontar con coraje y unidad los retos hodiernos, convencidos de que la familia constituye también hoy el recurso más importante y precioso de los Países de América Latina.

Un renovado dinamismo en este campo es vital y decisivo para el futuro, ya que la crisis de la familia, en la práctica se convierte en crisis de la sociedad. Si la familia se disgrega, cae el último y más válido baluarte al cuidado de nuestra civilización. No prepara un futuro sereno para sus hijos aquella sociedad que solo se preocupa por dar a los niños alimentos homogenizados o juguetes cada vez más sofisticados, mientras que con sus leyes y costumbres permite que sean privados del derecho más sagrado que tienen, que es el de una familia unida en la que los padres continúen amándose, no obstante cualquier dificultad que puedan tener, y den a sus hijos su tiempo y su corazón.

Si se quiere construir un futuro digno de personas humanas, se necesita creer en la familia. El desarrollo armónico y el progreso humano y espiritual de un pueblo dependen en gran medida de su capacidad de invertir sobre la familia, asegurándole a ella, a nivel social, cultural y legislativo, la plena posibilidad de re-

alizar sus tareas según el designio de Dios, inscrito en la misma naturaleza humana.

3. En el Antiguo Testamento se lee que cuando Dios, hastiado por las condiciones en las que la humanidad de entonces había caído, envió sobre la Tierra el diluvio universal, salvó a una familia, la de Noé, en la cual sobrevivía intacto el espíritu religioso. Como en aquel entonces, así acontece hoy. Frente a los innumerables y complejos problemas que inquietan a nuestro tiempo y nos ponen en riesgo de ahogarnos en la deshumanización, la verdadera esperanza de salvación que permanece, está en la familia.

Mientras existan sobre la tierra familias religiosas y honestas, el futuro de la humanidad estará a salvo. La familia es el recurso más grande de una sociedad, los éxitos de la familia se convierten en un bien para la sociedad, mientras su deterioro influye de la misma manera en la trama social. Toda ofensa a los valores de la familia, es una ofensa al verdadero bien del hombre.

«El auténtico amor — nos ha recordado el Santo Padre Benedicto XVI hace algunos meses — se transforma en una luz que guía toda la vida hacia su plenitud, generando una sociedad donde el hombre pueda vivir. La comunión de vida y de amor, que es el matrimonio, se convierte así en un auténtico bien para la sociedad». (*Discurso Del Santo Padre Benedicto XVI a los miembros del Pontificio Instituto Juan Pablo II, de estudios sobre el matrimonio y la familia, 11 mayo 2006*).

La familia no ha sido inventada por los hombres, no es una institución humana que, por lo tanto, los hombres pueden cambiar o modificar. Ella ha sido querida por Dios. Por lo tanto, lo que cuenta es que la familia permanezca según el proyecto de Dios.

4. Es sobretodo en la familia, que se transmiten los valores y se educa en la fe.

Es misión ineludible de los padres el ser los maestros de la fe de sus hijos. Como afirma la *Gaudium et Spes*, los padres son los primeros catequistas, los iniciadores de sus hijos en cuanto respecta a su vida religiosa (Cf. 48).

En el contexto, penetrado de amor, de la familia, el ejemplo y el testimonio de la vida valen más que las palabras, si bien las palabras y las enseñanzas son necesarias.

Con frecuencia en casa, en los diálogos entre padres e hijos se habla de la escuela, de deporte, de relaciones con los vecinos, etc..., pero se habla poco de la fe, de las enseñanzas del Evangelio, y raramente hay una lectura de los acontecimientos a la luz de la certeza de la fe. Se habla muy poco de Dios.

Es necesario hacer comprender a los padres, que para preparar un futuro sereno para sus hijos, deben ser sus educadores en la fe. Los padres no pueden delegar a otros su responsabilidad en lo que respecta a la transmisión de la fe.

Los padres deben valorar cuidadosamente sus métodos educativos con un discernimiento crítico sobre lo que promueve verazmente al hombre y al cristiano.

Hoy, desafortunadamente, tenemos padres que han claudicado en su misión educadora en lo que concierne a la fe y a los valores religiosos: algunas veces es por el egoísmo afectivo que se niega a la posibilidad de exigir esfuerzos y renunciaciones, o también por las fuertes preocupaciones en el trabajo profesional que aleja de los deberes familiares, otras veces por debilidades o por ajustarse a las modas pedagógicas dominantes.

Algunos padres, entonces, frente a los retos de la vida moderna, se desaniman porque tienen la impresión de escribir sobre la arena, sometiéndose también a la difundida sub-cultura del «rápido y a poco precio», tan en moda, que favorece una mentalidad que invita a obtener resultados sin esfuerzo.

Es necesario volver a tener fe en la actividad educativa, que es cosa grande e importante, y estar convencidos de que el primer sitio en el cual la persona humana es construida en sus fundamentos, es propiamente en la familia.

La infancia es la edad en la que se fundan las raíces de la personalidad y, por lo tanto, es decisiva para el resto de la vida.

Aquello que se siembra en familia en el corazón de un niño deja para siempre frutos en su vida.

Un padre y una madre pueden dejar poco en herencia a los hijos, pero si dejan a ellos el don de la fe, les transmiten el bien más precioso disponible sobre esta tierra: la luz que ilumina el camino y que da sentido y valor a nuestro obrar.

Sólo es capaz de transmitir la fe aquella familia que vive y se alimenta del amor a Dios. Una familia que vive auténticamente cimentada en la caridad, entendida como amor que viene de Dios, irradia naturalmente una fuerza capaz de transformar la sociedad. Cuando hablamos, por lo tanto de la Familia como transmisora de la fe no nos referimos solamente a los padres que saben comunicar determinados contenidos a sus hijos, sino a los padres que viven una experiencia de vida y la transmiten de diversas maneras: ciertamente con enseñanzas concretas y con toda una adecuada catequesis, pero sobretodo con el ejemplo de la vida, con el testimonio. Es así como la Familia, padres e hijos juntos, se convierte en un poderoso fermento en la sociedad.

5. Ciertamente, para ninguno de nosotros es una novedad el que la Familia, como principal transmisora de la fe, deba ser un tema prioritario en la agenda pastoral. Y ello se debe al hecho de que en la actualidad, con todo lo positivo que se pueda encontrar en relación a los grandes esfuerzos e iniciativas que se reali-

zan en favor de la Familia — como es el caso del último Encuentro Mundial de Familias en Valencia que fue dedicado precisamente a este tema —, el desafío se presenta cada vez más grande y cada vez más urgente. No es necesario realizar un análisis exhaustivo para comprobar que las familias cristianas, hoy en día, se desarrollan a menudo en un clima adverso, contrario a su espíritu. Y aunque el ser cristiano lleva consigo el ser signo de contradicción, hoy en día de manera más aguda parece que las familias cristianas tienen que nadar contra la corriente. En muchos países, también en América Latina, una familia que quiera vivir realmente en sintonía con los valores del Evangelio tiene que realizar una serie de maniobras para impedir que la sociedad, los medios de comunicación e incluso en no pocos casos el contacto mismo con otras personas, por lo demás inevitable, pongan en riesgo o vayan minando el terreno en el que se quiere sembrar.

Pero quisiera además mencionar el hecho de que lo anterior está íntimamente unido a un tema que es previo a la realidad del matrimonio y que muchas veces es causa de que existan tantos matrimonios católicos en los que no se viva y no se transmita la fe. Se trata de la preparación previa a la recepción de este sacramento. Es una verdad de sentido común el que nadie está en capacidad de dar algo que no posee. Padres que no han recibido una adecuada preparación para el matrimonio, difícilmente tendrán como uno de sus objetivos prioritarios el transmitir la fe cristiana a sus hijos.

Por otra parte, sabemos que para muchos católicos, la celebración de su matrimonio es una ocasión para reavivar su fe y «refrescar» algunos aspectos de su vida cristiana que puede haber estado dormida. Una preparación profunda y exhaustiva al sacramento del matrimonio puede ser por ello una ocasión privilegiada para que personas que viven su fe con frialdad, vuelvan a entusiasmarse con el ideal cristiano y com-

prendan que el «proyecto» de formar un matrimonio y una familia, solo puede ser un verdadero camino de realización y felicidad si se vive según los valores que transmite la Iglesia: los valores del Evangelio.

Se trata, pues, de un trabajo previo que es esencial: formar y preparar adecuadamente a aquellos que están llamados a formar una familia para que ellos, a su vez, con su vida y con su testimonio, sepan transmitir los mismos valores a su hijos.

Muchas son las iniciativas que en los últimos años han sido promovidas por la Iglesia en América Latina a beneficio de la familia y de la educación cristiana.

Es necesario redoblar los esfuerzos y poner con convicción a la familia en el centro de los planes pastorales de las comunidades eclesiales, subrayando la insustituible misión educativa de la familia en el campo de la fe.

La América latina debe encontrar su fuerza en la educación cristiana.

Relación informativa

S.E.R. Mons. LUIS ROBLES DÍAZ

Arzobispo tit. de Stefaniaco

Vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina

INTRODUCCIÓN

Antes de dirigirles estas breves palabras quisiera también yo, a nombre mío y del personal de la Pontificia Comisión para América Latina, dirigir un cordial saludo a todos sus Miembros y Consejeros, así como a los demás Cardenales y Obispos invitados con ocasión de esta Reunión.

En el curso de estos dos últimos años el evento que ha tocado a todos es el fallecimiento de nuestro querido Pontífice Juan Pablo II, seguido de la elección de El Papa Benedicto XVI. La Pontificia Comisión para América Latina debe a Juan Pablo II su estructura actual. Recordamos con devoción su grande figura rogando al Señor que le recompense por su entrega generosa al servicio de la Iglesia Universal y su particular cariño y preocupación por la Iglesia que peregrina en nuestro continente.

PERSONAL Y MIEMBROS DE LA CAL

Dentro del personal que colabora en las oficinas de la CAL, Mons. Victor Ochoa, que por más de un decenio prestó sus servicios a esta Pontificia Comisión, el 4 de enero del 2006 fue nombrado Obispo Auxiliar de Medellín, recibiendo el primero de abril pasado la Consagración Episcopal, de manos del Eminentísimo Señor Cardenal Giovanni B. Re, Presidente de esta Pontificia Comisión.

En sustitución de Mons. Victor Ochoa ha iniciado su colaboración en la CAL el Rev.do Padre HUMBERTO GONZÁLEZ FRANCO, del clero de la Arquidiócesis de Manizales (Colombia).

Al iniciar este año de 2007, la Pontificia Comisión para América Latina cuenta con 38 eclesiásticos entre Consejeros y Miembros, de ellos 22 Cardenales y 16 Arzobispos u Obispos. Durante el año 2006 el Santo Padre nombró como nuevos miembros a los Eminentísimos Señores Cardenales Ivan Días, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y Jorge Liberato Urosa Sabino, Arzobispo de Caracas. Agradeciendo desde ahora ésta su primera participación, les doy una cordial bienvenida y agrego un sincero augurio de fructuosa colaboración. Por otra parte, reiteramos nuestro agradecimiento a los Eminentísimos Señores Cardenales Agostino Cacciavillan y Antonio González Zumárraga, así como a los Excelentísimos Monseñores Jorge Jiménez Carvajal y Thomas Vose Daily quienes, después de varios años de prestar su cooperación en esta Pontificia Comisión han terminado su asignación.

Durante esta Plenaria nos acompañan también y participan con importantes exposiciones y contribuciones Su Eminencia el Señor Cardenal Zenón Grocholewski, Prefecto de la Congregación para la Educación Católica, Su Eminencia el Señor Geraldo Majella Agnelo, Arzobispo de San Salvador de Bahía, Su Excelencia Mons. Pedro Lacunza Maestrojuán, Obispo de David (Panamá) y Su Excelencia Mons. Jonás Guerrero Corona, Obispo Auxiliar de México. Les doy una cordial bienvenida en nombre de la CAL y un anticipado agradecimiento por su gentil contribución.

Para información de los Miembros y Consejeros de la Pontificia Comisión presento a continuación un breve panorama sobre las principales actividades realizadas en los años 2005 y 2006.

Durante este período, miembros de la Presidencia del CELAM han visitado varias veces la sede de la Pontificia Comisión. Ha habido varios encuentros de trabajo con el Presidente, el Eminentísimo Señor Cardenal Francisco Javier Errázuriz, y con el Secretario General S. E. Mons. Andrés Stanovnik. En estos encuentros se trataron diversos asuntos relacionados con la preparación de la Vª Conferencia General del Episcopado de América Latina como la propuesta del tema y la sede para la reunión, la preparación del documento de trabajo y del Reglamento. Con relación a dicha Conferencia el Eminentísimo Señor Cardenal Francisco Javier Errázuriz expondrá con mayor detalle el desarrollo de la preparación.

Numerosos Obispos diocesanos, venidos del Continente Latinoamericano, tuvieron contacto con las oficinas de la Pontificia Comisión. En estos encuentros se ha podido escuchar, animar y hacer algunas sugerencias a los Prelados respecto de particulares necesidades o iniciativas. Por otra parte, se ha recibido información importante sobre dificultades y actividades pastorales y, en general, noticias sobre la situación eclesial y socio-religiosa del continente.

Durante el verano del 2005 el Episcopado Mexicano realizó, en 4 grupos, la primera visita *ad limina* de Obispos latinoamericanos a Su Santidad Benedicto XVI. Como es norma, los Prelados, además de las audiencias con el Santo Padre, tuvieron diversos encuentros con la Curia Romana y en particular con la Congregación para los Obispos; además visitaron las Oficinas de esta Pontificia Comisión dando lugar a un dialogo sencillo y franco para intercambiar algunas informaciones y de nuestra parte ofrecer también algunas informaciones y precisar las tareas que el Santo Padre ha asignado a la CAL en los mismos documentos de creación.

Tanto en los diálogos como en la distribución de ayudas se ha dado particular atención al apoyo a los Ordinarios en la promoción y cuidado de las vocaciones sacerdotales, factor fundamental para la Evangelización. Resulta consolador el que se note en todo el continente un modesto aunque significativo aumento de las vocaciones sacerdotales. Según datos del Anuario Pontificio en el año 2004 había en América Latina 21,162 seminaristas mayores. En el año 2006, en cambio, aparece un total de 21,818; me parece pertinente sin embargo notar que en el mismo período aparece una pequeña disminución de sacerdotes presentes en el Continente: de 63,634 se pasó a 63,551.

Para hacernos una idea más clara quizá sea conveniente recordar que España, según datos publicados por la Radio Vaticana con ocasión de la visita del Santo Padre a Valencia, para poco menos de 40 millones de católicos, cuenta con 40,465 sacerdotes y en sus seminarios mayores hay 2,259 seminaristas. En Latino América, con cerca de 461 millones de católicos, resulta que tenemos una proporción un poco más baja, pues para tener la misma proporción debería haber en América Latina 26 mil seminaristas y solo tenemos cerca de 22,000, sin duda tenemos todavía que insistir mucho «al Dueño de la mies que envíe más operarios» y por nuestra parte más empeño en buscar y acompañar a los llamados.

VIAJES Y CONTACTOS FUERA DE ROMA

Como en años anteriores, y en el marco de la tarea propia de la Pontificia Comisión de mantener contacto con los organismos internacionales o nacionales que cooperan en América Latina, se ha tenido numerosos encuentros e intercambios de información con instituciones que ofrecen su generosa contribución con per-

sonal o con medios económicos a la Iglesia latinoamericana, entre ellos, *ADVENIAT, Kirche in Not*, «L'Ufficio per la Cooperazione Missionaria» de la Conferencia Episcopal Italiana y la Comisión Episcopal para las Misiones de España. En ese mismo sentido, como en años anteriores, la Presidencia de la CAL envió un mensaje especial con motivo del Día de Hispanoamérica que se celebró recientemente en todas las diócesis españolas.

Durante el mes de mayo del 2005 el Presidente de la CAL, acompañado por el Vice Presidente, participó en las celebraciones del cincuentenario del CELAM que tuvo lugar en Lima, así como en la inauguración y primer día de la Asamblea Ordinaria del mismo CELAM, que tuvo lugar a continuación de las celebraciones del cincuentenario. En dicha reunión se trataron importantes temas relacionados con la próxima Conferencia de Aparecida.

En el mes de diciembre del 2005 (sábado 17 y domingo 18) el Presidente de la CAL presidió en la catedral de Essen, Alemania, la inauguración de la ya tradicional Campaña anual de solidaridad y colecta de *ADVENIAT* a favor de América Latina.

El domingo 2 de Abril del 2006, dentro del marco del viaje a Medellín para la Ordenación Episcopal de Mons. Ochoa, el Presidente de la CAL hizo una visita a la sede del CELAM en Bogotá, visitando también las sedes de ITEPAL — Instituto de Teología Pastoral para América Latina y CEBIPAL — Centro Bíblico Pastoral para América Latina, centro creado por el CELAM hace 3 años principalmente con el objeto de preparar una nueva traducción castellana de la Biblia y como centro para preparar agentes de pastoral bíblica. En un breve encuentro con el cuerpo docente, éste expuso los objetivos de dichos institutos, así como los planes y cursos que se imparten actualmente.

FONDO NUEVA EVANGELIZACIÓN DE LA CAL

Como es conocido, la Pontificia Comisión para América Latina, por benévola disposición del Santo Padre, distribuye una suma — modesta para la amplitud del Continente Latino Americano — proveniente de la participación en los ingresos de las Pontificias Obras Misionales en los Estados Unidos.

Durante el año 2006, esta suma fue distribuida en subsidios a Conferencias Episcopales, al CELAM, a Colegios Latinoamericanos en Roma, a Seminarios en América Latina, y a diversos proyectos de promoción vocacional y de evangelización en Latinoamérica.

Durante el mes de marzo próximo, iniciaremos la distribución correspondiente al 2007.

PUBLICACIONES DE ANTERIOR PLENARIA

Apenas terminada la pasada Reunión Plenaria se publicó un pequeño opúsculo con el resumen de recomendaciones aprobadas; ejemplares de este opúsculo se enviaron a todos los obispos de América Latina. Se hizo también una publicación con las actas incluyendo las conferencias presentadas durante las reuniones. Ambas publicaciones han sido puestas a la venta en la librería Vaticana, con un muy modesto precio; se ha visto que numerosos clientes de dicha librería han comprado dichas publicaciones.

Al final de esta breve reseña deseo augurar de corazón que, con la gracia y bendición divina, estos días de trabajo y estudio den frutos abundantes de reflexiones y sugerencias para una más eficiente pastoral de la familia, para ayudarla en su misión de transmisora de la Fe y de valores perennes; sugerencias y reflexiones que podamos someter a la conside-

ración del Santo Padre y de la Iglesia que peregrina en Latino América.

Que María, Trono de la Sabiduría y Madre de la Iglesia, bajo la advocación de Santa María de Guadalupe, Evangelizadora de América, nos acompañe con su protección maternal.

INTERVENCIONES

***Panorama de la Familia Cristiana
en América Latina.
Análisis de la situación***

S.E.R. Mons. JOSÉ LUIS LACUNZA MAESTROJUÁN, O.A.R.
Obispo de David
Presidente del Dpto. De Familia, Vida y Cultura del CELAM

Eminentísimos Señores Cardenales, Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos:

Hablar de la «Familia» no es fácil. Primero, porque «de re nostra agitur» y, de una u otra forma, todos estamos involucrados y envueltos por ella, y, como dice el refrán, «*nadie es buen juez en causa propia*». Segundo, porque, como dice Santo Domingo, «*América Latina y El Caribe configuran un continente multiétnico y pluricultural. En él conviven en general pueblos aborígenes, afroamericanos, mestizos y descendientes de Europeos y Asiáticos, cada cual con su propia cultura que los sitúa en su respectiva identidad social, de acuerdo con la cosmovisión de cada pueblo*» (SD 244). Aunque es cierto, y también lo acota Santo Domingo, que todos ellos «*buscan su unidad desde la identidad católica*», como Puebla, con evidente optimismo, ya había afirmado: «*En la primera época, del siglo XVI al XVIII, se echan las bases de la cultura latinoamericana y de su real sustrato católico. Su evangelización fue suficientemente profunda para que la fe pasara a ser constitutiva de su ser y de su identidad, otorgándole la unidad espiritual que subsiste pese a la ulterior división en diversas naciones, y a verse afectada por desgarramientos en el nivel económico, político y social*» (DP 412).

Por todo lo anterior, en la celebración de los 25 años del Pontificio Consejo para la Familia, el Cardenal Errázuriz hablaba: «*de la complejidad del tema, que abarca muchas realidades muy diversas entre sí —rurales y urbanas, de cultura occidental, indígena, mestiza y afrodescendiente, de mayor o menor influencia de los cambios culturales europeos, de mayor o menor densidad católica, etc.*» (Informe acerca de la situación de la

familia en América Latina y El Caribe,). En la misma línea, hace casi 40 años, Medellín hacía esta constatación: *«No es fácil, por varias razones, una reflexión sobre la familia en América Latina. Porque la idea de familia se encarna en realidades sociológicas sumamente diversas. Porque la familia ha sufrido, tal vez más que otras instituciones, los impactos de las mudanzas y transformaciones sociales. Porque en América Latina la familia sufre de modo especialmente grave las consecuencias de los círculos viciosos del subdesarrollo: malas condiciones de vida y cultura, bajo nivel de salubridad, bajo poder adquisitivo, transformaciones que no siempre se pueden captar adecuadamente»* (DM 3, 1). Y añadía en otro momento: *«Por varios factores históricos, étnicos, sociológicos, y hasta caracteriológicos, la institución familiar siempre tiene en América Latina una importancia global muy grande. [...] Es cierto que en las grandes ciudades pierde parte de esa importancia. En las áreas rurales, que forman aún la mayor parte del continente, a pesar de todos los cambios externos, la familia continúa desempeñando un papel primordial en lo social, en lo cultural, lo ético y lo religioso»*. (DM IV, 12)

Sin dejar a un lado que la familia sigue siendo la célula básica de la sociedad y de la Iglesia, y ya sólo por ello merecería toda nuestra atención, los desafíos que la acechan, los problemas que confronta y las ambigüedades que la desvirtúan hacen más que perentorio un cuidado exquisito de ella.

1. PREOCUPACIÓN DE LA IGLESIA

Que la Iglesia ha estado y está preocupada por la familia es una realidad evidente. Basta con echar una mirada rápida a instituciones, publicaciones, encuentros, celebraciones, etc. Creo que no es exagerado decir que era una de las grandes líneas pastorales del

Siervo de Dios Juan Pablo II. De ahí nacieron el Pontificio Consejo para la Familia, los Encuentros Mundiales de las Familias, la exhortación apostólica *Familiaris Consortio*, por citar los más evidentes.

Pero, también la Iglesia en América Latina y El Caribe ha hecho de la familia una de sus grandes preocupaciones. Muestra de ello son los programas realizados por la Sección de Familia del Dpto. de Familia, Vida y Cultura del CELAM, respondiendo a las peticiones de las Conferencias Episcopales recogidas en el Plan Global 2003-2007. También son de recordar los dos Encuentros promovidos por el Pontificio Consejo para la Familia con Presidentes de Conferencias Episcopales (Santo Domingo 2002) y con Responsables de Comisiones de Familia (Roma 2005). Por el momento, fijémonos en algunos de los análisis hechos sobre el tema en las cuatro Conferencias Generales del Episcopado latinoamericano y caribeño.

a) *Río de Janeiro*: Desde su preocupación primaria por el Clero, Río mira a la familia, especialmente a los padres de familia, como «*instrumentos más eficaces en la obra de las vocaciones*» (DR 4).

b) *Medellín*: Sus primeras consideraciones se hacen en relación con el tema de la justicia y el cambio social, constatando que «*las familias no encuentran muchas veces posibilidades concretas de educación para sus hijos*» (DM 1, I) y poniendo de relieve su rol como estructura intermedia en el cambio social (1, III, a) y beneficiaria de la reforma agraria (1, III, f).

Pero es en el número 3, bajo el título «*Familia y Demografía*», donde se hace un exhaustivo análisis de la realidad de la familia. Partiendo de cuatro fenómenos sociales que afectan a la familia de América Latina como a la del resto del mundo, a saber, «*el paso de una*

sociedad rural a una sociedad urbana», «*el proceso de desarrollo*» con su carga de desigualdades, «*el rápido crecimiento demográfico*» y «*el proceso de socialización*», se hace un extenso listado de «*repercusiones que se traducen en problemas de cierta gravedad*»: «*bajísimo índice de nupcialidad*», «*alto porcentaje de nacimientos ilegítimos y de uniones ocasionales*», «*creciente y alto índice de disgregación familiar*», «*acentuación del hedonismo y del erotismo*», «*desproporción de los salarios con las condiciones reales de la familia*», «*serios problemas de vivienda*», «*mala distribución de los bienes de consumo y civilización*», «*imposibilidad material y moral, para muchos jóvenes, de constituir dignamente una familia*». Por todo ello se hace un apremiante llamado a los responsables «*para que den a la familia el lugar que le corresponde en la construcción de una ciudad temporal digna del hombre, y le ayuden a superar los graves males que la afligen y que pueden impedir su plena realización*».

A pesar de todo, la institución familiar mantiene su vigor y solidez y, mediante la acción pastoral basada en la doctrina de la Iglesia, podrá conservar o adquirir los valores fundamentales que la capacitan para cumplir su misión: «*formadora de personas*», «*educadora de la fe*» y «*promotora del desarrollo*».

Entre las recomendaciones pastorales, Medellín juzga «*necesario dar a la pastoral familiar una prioridad en la planificación de la Pastoral de conjunto*», y propone como metas y orientaciones fundamentales: «*una sólida educación para el amor*», «*una preparación para el matrimonio accesible e integral*», «*elaborar y difundir una espiritualidad matrimonial*», «*inculcar una paternidad realmente responsable*», «*necesidad del diálogo conyugal*», «*facilitar el diálogo entre padres e hijos*», «*hacer que la familia sea verdaderamente “Iglesia doméstica”: comunidad de fe, de oración, de amor, de acción evangelizadora, escuela de catequesis*» (DM 12-21).

c) *Puebla*: Al hacer el análisis de la realidad latinoamericana, señala: «*el deterioro de los valores familiares básicos desintegra la comunión familiar eliminando la participación corresponsable de todos sus miembros y convirtiéndolos en fácil presa del divorcio y del abandono familiar. En algunos grupos culturales, la mujer se encuentra en inferioridad de condiciones*» (DP 57). También apunta a los graves problemas demográficos: «*Hay instituciones internacionales que propician y gobiernos que aplican o apoyan políticas antinatalistas contrarias a la moral familiar*» (DP 71). En definitiva, *la familia es una de las instituciones en que más ha influido el proceso de cambio de los últimos tiempos* (DP 571), además de que «*la realidad de la familia no es ya uniforme, pues en cada familia influyen de manera diferente —independientemente de la clase social—, factores ligados al cambio, a saber: factores sociológicos (injusticia social, primordialmente); culturales (calidad de vida); políticos (dominación y manipulación); económicos (salarios, desempleo, pluriempleo); religiosos (influencia secularista), entre muchos otros*» (DP 572) y «*aparece también como víctima de quienes convierten en ídolos el poder, la riqueza y el sexo*» (DP 573), sin olvidar el daño infligido por «*la falta de unidad de criterios entre sacerdotes*» (DP 574) ni por «*los efectos de los compromisos internacionales de los gobiernos por lo que hace a planeación familiar*» (DP 575). A todo lo anterior, Puebla añade los efectos del desempleo sobre la estabilidad familiar (576), el impacto de la pornografía, el alcoholismo, las drogas, la prostitución, la trata de blancas, las madres solteras, los niños abandonados, la esterilización y el aborto provocado (577), la falta de educación en el amor, la falta de preparación al matrimonio, el descuido de la evangelización de la familia y la falta de formación de los esposos para la paternidad responsable, amén del gran número de familias que no han recibido el sacramento del matrimonio (578).

No obstante: «*Si, por una parte, hay familias que se disgregan y destruyen, corroídas por el egoísmo, el aislamiento, el ansia de bienestar, el divorcio legal o de hecho, es también cierto que hay familias, verdaderas “Iglesias domésticas” en cuyo seno se vive la Fe, se educa a los hijos en la Fe y se da buen ejemplo de amor, de mutuo entendimiento y de irradiación de ese amor al prójimo en la parroquia y en la diócesis*» (DP 94). También «*es satisfactorio comprobar que, cada día son más los cristianos que procuran vivir su fe y desde el seno familiar, dando un valioso testimonio evangélico y aún educando con dignidad una familia razonablemente numerosa. Son también muchos los novios que se preparan con seriedad al matrimonio y tratan de dar a su celebración un verdadero sentido cristiano. Se nota, además, el empeño por vigorizar y adecuar la pastoral familiar a los desafíos y circunstancias de la vida moderna*» (DP 579). Sin olvidar que «*en todos los países han surgido iniciativas interesantes, orientadas a fortalecer los valores y la espiritualidad de la familia, como Iglesia doméstica, en participación y compromiso con la Iglesia particular. En todo eso aparece el fruto de la acción callada y constante de los movimientos cristianos en favor de la familia*» (580).

Pero «*la familia latinoamericana, para llegar a ser realmente centro de comunión y participación, debe encontrar caminos de renovación interna y de comunión con la Iglesia y el mundo*» (DP 568), recordando que «*la familia es imagen de Dios que “en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia”*» (DP 582), y que, por el cultivo de las cuatro relaciones fundamentales de la persona: paternidad, filiación, hermandad y nupcialidad, es también imagen de la Iglesia (DP 583), encontrando en la Eucaristía «*su plenitud de comunión y participación*» (DP 588). Aparece, entonces, en el centro de la vida familiar la imagen fuerte y suave de Cristo, muerto y resucitado. De allí surgirá la misión de la familia. Esta Iglesia doméstica, convertida

por la fuerza liberadora del Evangelio en «escuela del más rico humanismo» (GS 52), sabiéndose peregrina con Cristo y comprometida con El al servicio de la Iglesia particular, se lanza hacia el futuro, dispuesta a superar las falacias del racionalismo y de la sabiduría mundana que desorientan al hombre moderno. Viendo y actuando sobre la realidad, como Dios la ve y la gobierna, busca mayor fidelidad al Señor, para no adorar ídolos sino al Dios vivo del amor. (DP 588-589).

Todo ese análisis sociológico y teológico desemboca en una «Opción Básica»: «Teniendo en cuenta las enseñanzas de Medellín, de Pablo VI y el reciente magisterio de Juan Pablo II acerca de la familia: “Haced todos los esfuerzos para que haya una pastoral de la familia. Atended a campo tan prioritario con la certeza de que la evangelización en el futuro depende en gran parte de la Iglesia doméstica” (Discurso inaugural, IV a). AAS LXXI p.204), ratificamos la prioridad de la pastoral familiar dentro de la Pastoral orgánica en América Latina» (DP 590), llegando incluso a elaborar y proponer un «Esquema Elemental de Pastoral Familiar» (DP 591-616).

d) *Santo Domingo*: El Documento de Santo Domingo aborda el tema de la familia en el capítulo I, bajo el epígrafe «Comunidades eclesiales vivas y dinámicas», denominándola «*iglesia doméstica*», «*primera comunidad evangelizadora*» y, usando palabras de Juan Pablo II en su Discurso inaugural, «*célula primera y vital de la sociedad*». Y, sin más preámbulos ni consideraciones, afirma: «*Es necesario hacer de la pastoral familiar una prioridad básica, sentida, real y operante. Básica como frontera de la Nueva Evangelización. Sentida, esto es, acogida y asumida por toda la comunidad diocesana. Real porque será respaldada concreta y decididamente en acompañamiento por el obispo diocesano y sus párrocos. Operante significa que debe estar inserta en una pastoral orgánica. Esta pastoral debe estar al día*

en instrumentos pastorales y científicos. Necesita ser acogida desde sus propios carismas por las comunidades religiosas y los movimientos en general» (DSD 64).

En el capítulo segundo, «La Promoción Humana», vuelve sobre el tema bajo el título «Familia y Vida», señalando que *«la Familia y la Vida son desafíos de especial urgencia en la Promoción Humana»* y calificando la familia como *«santuario de la vida»*, donde *«se fragua el futuro de la humanidad y se concreta la frontera decisiva de la Nueva Evangelización»* (DSD 210), y que, junto con el matrimonio, *«son instituciones de origen divino y no productos de la voluntad humana»* (DSD 211). Por ende, *«en el plan de Dios Creador y Redentor la familia descubre no sólo su identidad sino también su misión custodiar, revelar y comunicar el amor y la vida»* (DSD 214). No falta tampoco en Santo Domingo la voz de aliento a pesar de las dificultades: *«No obstante las graves crisis de la familia, constatamos que muchas familias latinoamericanas y del Caribe se esfuerzan y viven llenas de esperanza y con fidelidad el proyecto de Dios Creador y Redentor, la fidelidad, la apertura a la vida, la educación cristiana de los hijos y el compromiso con la Iglesia y el mundo»* (ibid).

Santo Domingo hace un listado de «desafíos» a la familia. Inicia constatando el impacto causado en la imagen tradicional de la familia por el cambio histórico cultural, haciendo que los problemas familiares— uniones consensuales libres, divorcios y abortos— se hayan *«vuelto un problema de orden ético-político y una mentalidad “laicista”»* (DSD 216), favorecido por los medios de comunicación. Continúa la lista: *«se desconoce que el matrimonio y la familia son un proyecto de Dios»* (DSD 217), *«la dolorosa realidad de familias incompletas, parejas en situación irregular y el creciente matrimonio civil sin celebración sacramental y uniones consensuales»* (ibid), *«situación de miseria y hambre*

por el desempleo, la carencia de vivienda digna, de servicios educativos y sanitarios, de salarios bajos; desde el abandono de ancianos y desde el número creciente de madres solteras» (DSD 218), «la cultura de la muerte»: campañas anti-vida, terrorismo demográfico, distribución masiva de anticonceptivos, esterilizaciones masivas, imperialismo anticonceptivo, masacre del aborto, contradicciones y falta de coherencia de los agentes de pastoral, «*desintegración familiar*» que conlleva el aumento de ‘niños de la calle’ y el ‘aberrante comercio de niños y niñas, tráfico de órganos y hasta niños utilizados para cultos satánicos’ (DSD 221).

En respuesta a la situación descrita y a los desafíos, Santo Domingo elabora unas «Líneas Pastorales»: «*Subrayar la prioridad y centralidad de la pastoral familiar en la Iglesia diocesana*», «*la pastoral familiar no puede limitarse a una actitud meramente protectora, debe ser previsor, audaz y positiva*», «*la pastoral familiar ha de cuidar la formación de los futuros esposos y el acompañamiento de los cónyuges*», «*Proclamar que Dios es el único Señor de la vida, que el hombre no es ni puede ser amo o árbitro de la vida humana*», «*lograr una pastoral orientada a las parejas en situaciones irregulares, especialmente las divorciadas y vueltos a casar civilmente*» (DSD 222 - 227).

e) *Ecclesia in America*: Podríamos decir que la Exhortación postsinodal hace una recapitulación y actualización del elenco de problemas, desafíos, líneas pastorales vistos en los documentos anteriores. Parte señalando «*los graves problemas que amenazan la dignidad de la persona humana, la familia, el matrimonio, la educación, la economía y las condiciones de trabajo, la calidad de la vida y la vida misma*» (EA 19). Señala el fenómeno de la «*urbanización*» como uno de los grandes desafíos porque, entre otras cosas, conlleva «*la pérdida de costumbres familiares*» (EA 21). También el

«comercio y consumo de drogas» son una seria amenaza, contribuyendo «a la destrucción de la vida familiar» (EA 24).

En el capítulo IV, 'Camino para la comunión', se presentan «*los desafíos para la familia cristiana*», mencionando, entre otros, «*el aumento de los divorcios, la difusión del aborto, del infanticidio y de la mentalidad contraceptiva*» (EA 46). Como respuesta, se requiere «*una amplia catequización sobre el ideal cristiano de la comunión conyugal y de la vida familiar, que incluya una espiritualidad de la paternidad y la maternidad*», «*prestar mayor atención pastoral al papel de los hombres como maridos y padres, así como a la responsabilidad que comparten con sus esposas respecto al matrimonio, la familia y la educación de los hijos*», sin omitir «*una seria preparación de los jóvenes antes del matrimonio, en la que se presente con claridad la doctrina católica, a nivel teológico, espiritual y antropológico sobre este sacramento*», además de que, habida cuenta el desarrollo demográfico del continente, «*deben incrementarse continuamente las iniciativas pastorales dirigidas a las familias*». Finalmente, mirando las cosas en positivo, para que la familia sea de verdad «*iglesia doméstica*», «*está llamada a ser el ámbito en que los padres transmiten la fe*», no «*puede faltar la práctica de la oración*» y «*se han de fomentar momentos de vida espiritual en común: la participación en la Eucaristía los días festivos, la práctica del sacramento de la Reconciliación, la oración cotidiana en familia y obras concretas de caridad*» (EA 46).

Es significativo que la Exhortación finalice con una oración por las familias, en la que se pide para las familias «*las virtudes que resplandecieron en la casa de Nazaret*» que «*permanezcan unidas*» que «*sean vivo testimonio de amor, de justicia y solidaridad*» que «*sean escuela de respeto, de perdón y mutua ayuda*» y que «*sean fuente de vocaciones al sacerdocio, a la vida con-*

sagrada y a las demás formas de intenso compromiso cristiano» (EA 76).

2. HACIA LA V CONFERENCIA:

El Documento de Participación para la VCG, recogiendo las respuestas de las Conferencias episcopales y de distintos ámbitos de participación y consulta, hace también su valoración de la familia.

En una mezcla de luces y sombras, señala: «*En los planes pastorales se da cada vez más lugar al cuidado de la pastoral de la familia, asediada en nuestros tiempos por graves desafíos, representados por las diversas ideologías y costumbres que minan los fundamentos mismos del matrimonio y de la familia cristiana, si bien, en términos generales, la pastoral familiar todavía no es una dimensión transversal de todos los esfuerzos pastorales. Sin embargo, se forman familias que son verdaderas ‘iglesias domésticas’ y ‘santuarios de la vida’. Comienzan a preocuparse por otras familias en dificultad o ya deshechas» (DP § 34, k).*

Más adelante señalará: «*Otras urgencias requieren también la presencia y acción de discípulos de Jesús en nuestro Continente: la defensa de la vida humana desde su concepción hasta su muerte natural; el fortalecimiento de la familia frente a las leyes que la amenazan o destruyen; las denuncias de las campañas antinatalistas» (DP § 87).*

Se considera la familia, “Iglesia doméstica” como el «*lugar en que vivimos y aprendemos, por vez primera, la gratuidad del amor y la alegría de la comunión» (DP § 71). Pero, «De hecho la relación del ser humano consigo, con la familia, con el mismo Dios, además con la naturaleza, la verdad, la información y la técnica, está cambiando profundamente, más allá de la evolución orgánica que conlleva el decurso de la historia» (DP § 95).*

«Tal vez por eso mismo, se comienza a promocionar una auténtica “ecología humana”. Percibimos que ella se hace del todo necesaria en la familia; más que nunca en esta hora en que muchas personas viven procurando tan sólo su propio bien y su autorrealización, sin desarrollar la gratitud de ser un don para los demás. La familia sufre los embates más fuertes de la historia. No se le reconoce su imprescindible valor para los individuos y para la vida social y religiosa; si bien “la familia es una escuela del más rico humanismo” (GS 52). Es más, tampoco se le reconoce como fruto del matrimonio» (DP § 99).

No cabe duda de que en todo esto tiene mucho que ver la visión y la misión de la mujer en el mundo moderno: *«Pero, al mismo tiempo que ella despliega el don más valioso que ha recibido, su maternidad, y la proyecta en forma espiritual para proteger y cuidar la vida, abrirle espacios y alimentar el mundo social, atentan contra su misión en el mundo y en la familia los intentos por conducirla al menosprecio de dicho don, a la mera competencia con el varón, al reclamo de leyes que le den el derecho sobre su cuerpo antes que el respeto por una nueva vida, a la disolución rápida del matrimonio y la familia, a la esterilización no terapéutica y a otras novedades, como grandes logros y derechos de “género”. Todo ello va en contra del aporte insustituible que la mujer hace a la sociedad y debilita la cultura de humanidad que depende vitalmente del despliegue generoso de su condición. Por otra parte, no podemos olvidar que ellas “asumen, juntamente con el hombre, la responsabilidad común por el destino de la humanidad» (DP § 101).*

Sin olvidar que, so capa de *«la justa superación de toda discriminación a personas de tendencia homo-sexual»*, se *«pretende homologar sus uniones al matrimonio, destruyendo la misma noción de matrimonio y familia» (DP § 107)*. En lo cual tiene mucho que ver la ‘globalización cultural’, ya que *«la globalización asimétrica de antivalores está provocando una verdadera revo-*

lución en el ámbito de la cultura» tendiendo «a alterar la identidad cultural de casi todos los pueblos. Mientras promueve el culto al propio yo, al dinero y al placer, atenta contra la solidaridad con los marginados, contra el respeto y el valor sagrado de la vida, contra el matrimonio, la familia y la heterosexualidad, contra la identidad y misión de la mujer, contra la diversidad cultural, y contra la auténtica concepción de la libertad, cuya vocación es aliarse con la verdad, la belleza y el bien» (DP § 121)

También los sistemas educativos, centrados más en la adquisición de conocimientos y habilidades que en la promoción de valores auténticamente humanos, «denotan un claro reduccionismo antropológico, ya que conciben la educación en función de la producción, la competitividad y el mercado. Por otra parte, con frecuencia propician la inclusión de factores contrarios a la vida, a la familia y a una sana sexualidad» (DP § 128).

A pesar de todo, existe un ‘substrato católico’ que «se expresa en el profundo sentido de familia que hay en nuestros pueblos, en el sentido de hospitalidad, de solidaridad en las desgracias y de justicia, como asimismo en el respeto a la vida; valores que durante nuestra historia han quedado asentados en instituciones legales y educativas» (DP § 143).

Se reconoce que «En los últimos años la Iglesia ha luchado coherentemente también por otros derechos humanos, tales como el derecho a la vida, a la familia, al trabajo, a la libertad de conciencia y de educación» (DP § 152). Sin embargo se constata que «La participación en la misa dominical, si bien en incontables parroquias llena los templos, en proporción al número de bautizados es muy bajo; también la celebración del domingo en muchos ambientes se ha desacralizado, con pérdida, además, de su carácter familiar. Disminuyen o aun desaparecen en grandes ciudades, en parroquias y familias las prácticas religiosas, como por ejemplo la bendición con el Santísimo o el rezo en común del rosario,

que manifestaban el significado cristiano del día del Señor» (DP § 156).

Como punto final se asume que «El norte de nuestros afanes como constructores de la familia y la sociedad tiene que estar definitivamente marcado por la cultura de la vida: por el respeto a la vida, por el gozo de transmitir la vida, por la gestación de familias que sean santuarios de la vida, por la plasmación de condiciones sociales y legislativas que permitan a todos, especialmente a los más afligidos, pobres y marginados, llevar una vida digna de su vocación humana, y creer en la realización de sus ansias de felicidad. La Iglesia ha participado profundamente en la gestación de estos pueblos. Ella sabe que Cristo le pide renovar o reasumir este compromiso dando lo mejor de sí, y gozar de la libertad que necesita para ello» (DP § 168).

A la espera del Documento de Síntesis, que recogerá las reacciones y aportaciones de todas las Iglesias del Continente, quiero terminar con la síntesis que el Cardenal Francisco Javier Errázuriz, Presidente del CELAM, hizo en el V° Encuentro Mundial de las Familias, a propósito de los desafíos que enfrenta la familia. Se refiere a 12 desafíos que debe enfrentar la pastoral familiar en nuestros países y los resume así:

«Algunos se refieren a deficiencias en el servicio pastoral, como por ejemplo, a carencias en la dimensión pedagógica de la pastoral familiar. Las demás conclusiones nombran otros desafíos que provienen sobre todo del profundo cambio en el ámbito de los valores que experimentan nuestros pueblos. Coinciden, en general, con los retos que ha tratado este Congreso. Latinoamérica y el Caribe no son islas ajenas a las corrientes culturales que agitan al mundo occidental. Mencionan como un factor muy relevante el creciente relativismo moral; unido al menosprecio de la institución familiar y matrimonial y de la maravillosa labor de la Iglesia en favor de la familia y del bien de la sociedad, particularmente de los más

pobres. Constatan el surgimiento de legislaciones y políticas públicas que atentan contra el matrimonio, la familia y la vida; la presentación, engañosamente atrayente, que hacen numerosos medios de comunicación social de “modelos” alternativos y de demoleadoras costumbres; y la corriente poderosa que arrastra hacia una vida individualista, como también a cierto intimismo religioso, contrarios a la dimensión social del Evangelio. A ellas se agregan algunos desafíos que previenen de nuestra propia situación social y económica. Me refiero, por ejemplo, a los efectos perniciosos en los países más débiles del actual modelo de globalización, que empobrecen a la familia y fomentan la inequidad. Hay que mencionar además las fuertes corrientes migratorias, que separan frecuentemente a uno de los cónyuges del otro y de los hijos, y así suelen preparar la infidelidad conyugal y la destrucción del hogar. Las conclusiones del encuentro mencionado constatan además otras realidades dolorosas como la violencia intra-familiar, el maltrato de menores, el trabajo infantil, la opción obligada por la calle, lejos del hogar, y aun la prostitución infantil; asimismo, la situación intolerable de incontables mujeres que se convierten en jefas de hogar sin la compañía de un marido, y que se debaten con frecuencia en la pobreza y la marginalidad».

*Enseñanzas pontificias
sobre la Familia*

S.E.R. Cardenal ALFONSO LÓPEZ TRUJILLO
Presidente del Pontificio Consejo para la Familia

INTRODUCCIÓN

Expreso mi gratitud en nombre del Pontificio Consejo para la Familia al querido Señor Cardenal Giovanni Battista Re, Prefecto de la Congregación para los Obispos y Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, por el tema elegido para esta Reunión que recoge los frutos del V Encuentro Mundial de las Familias en Valencia, presidido por Benedicto XVI, y asegura su difusión e impulso para América Latina.

La colaboración pronta y generosa de la CAL ha sido significativa en nuestras tareas. Es cercano el recuerdo del Encuentro de Presidentes de las Conferencias Episcopales de América en Santo Domingo en la cual tomamos el pulso sobre la acción pastoral de la Iglesia en nuestros pueblos en lo que a la familia y la vida se refiere, especialmente sobre los desafíos en los Parlamentos que se tornan más graves en no pocos países, en una preocupante bruma de los valores morales que han despertado una nueva vitalidad pastoral, brindando nuevo brío a la esperanza. Ante la proximidad de la V Conferencia en Aparecida, estos días cobran especial importancia.

Es formidable la enseñanza de los Sucesores de Pedro sobre la familia, particularmente de Pablo VI, Juan Pablo II, con la continuidad decisiva y penetrante de Benedicto XVI.

En relación con el Magisterio sobre la familia de Juan Pablo II llama la atención que una publicación de doce volúmenes de la Universidad de Navarra, 10 tomos están dedicados a lo escrito por Juan Pablo II.

Podemos hablar de un tríptico que representa

lo central del mensaje estructural sobre la familia y la vida:

- La Exhortación apostólica *Familiaris consortio*;
- La Carta a las Familias, *Gratissimam sane*;
- La Encíclica *Evangelium vitae*.

Son muchos los textos que se pueden presentar sobre la Exhortación apostólica *Familiaris consortio*. Hace unos días fue publicado en *L'Osservatore Romano* un artículo mío que espero subraye fielmente lo fundamental y característico de este documento, fruto del Sínodo sobre la Familia, y que da una válida respuesta, con plena vigencia, a los problemas de hace cinco lustros que, con una definida proyección evangelizadora, se refería a luces y sombras y al fenómeno de una hostilidad contra la familia y la vida. Las cuestiones de mayor relieve en la actualidad no tenían entonces una definida configuración, como las uniones *de facto*, que si son mencionadas, no coinciden con la puntualización sobre las mismas hoy.

Es de enorme utilidad, con base en el Magisterio Pontificio, la *Carta de los Derechos de la Familia*, de la Santa Sede, que fue solicitada, especialmente por los Padres Sinodales de América Latina y que no se ha visto que merezca modificación alguna.

Más que ofrecer diversos textos con los cuales hoy muchos estamos familiarizados, quisiera subrayar puntos que sirven de eje para el conjunto:

1. A LA RAÍZ DE LA VERDAD DEL HOMBRE

Una reflexión complementaria de fe y de razón, nos lleva a liberar una verdad hoy, de nuevo, como en la Carta a los Romanos (1,18) aprisionada y que en los tentáculos del secularismo puede ser vaciada de su contenido.

Está sobre el tapete lo que es el hombre, su misterio, su vocación, con base en la antropología bíblica, asumida plenamente por el Señor: el hombre y la mujer son «una sola carne» (*Gen 2,24*), en esencial apertura y relación con Dios, y en su vocación hacia una realización plena, sólo posible con una vocación trascendente que despunta en el encuentro personal y definitivo con el Señor.

El matrimonio y la familia *realizan* al hombre y la mujer, y abren todo un camino de progresiva personalización.

La familia es un bien para el hombre, para la sociedad y dejar que se entierre este valor es una amenaza letal a lo *humanum*, en la óptica conocida por Romano Guardini, y de diversas maneras recordada con insistencia por Benedicto XVI.

La prioridad de una verdad antropológica, también como gramática elemental e insustituible sobre el bien común, es algo sobre lo cual «no se puede negociar».

2. HAY QUE DESCUBRIR Y PROCLAMAR DE NUEVO ESTE «EVANGELIO»

La familia es una Buena Noticia, maravillosa, que proviene del diseño y designio de Dios.

Es una *institución natural*, que tiene su fuente en Dios y no en el arbitrio o ingenio humano y en el desarrollo cultural. Su fuente, como la vida misma, es sagrada.

La unión de un hombre y una mujer de amor y de toda la vida (*totius vitae*) tiene el mayor espesor social que hace de esta comunión la célula primordial de la sociedad, como una comunidad, como sujeto social, con una cierta «soberanía», que debe ser tutelada con el principio de la subsidiariedad.

No puede entenderse la sociedad sin la familia, y esta es « anterior y superior al Estado » (Aristóteles, *Ética a Nicómaco* VIII, 15-20).

La familia como institución natural, « patrimonio de la humanidad », y como matrimonio, en el misterio de la Alianza fue elevada por el Señor a la realidad sacramental. La verdad del matrimonio no es una « propiedad » religiosa pues a ella tiene acceso el hombre. Es algo que interesa al hombre y a la sociedad como tales, a creyentes y no creyentes.

El Evangelio de la familia y de la vida es indispensable para el futuro de la humanidad, para la misma evangelización y para el desarrollo pastoral de la Iglesia.

3. LA RIQUEZA DE LA PROFUNDIZACIÓN TEOLÓGICA A PARTIR DE LA REALIDAD DEL DON Y DEL PRINCIPIO DE TOTALIDAD DEL AMOR CONYUGAL (cf. GS, 49)

La vida humana y la verdad de la familia leídas en la fe como don de Dios, están a la base de la recíproca donación de los esposos.

Es don del amor de Dios: « *Aperta manu clave amoris, creaturae prodierunt* » (“ Abierta su mano con la llave del amor surgieron las criaturas ”) (S. Tomás de Aquino, Sent. 2, prol.).

Deus est creans et infundens bonitatem in rebus » (S. Tomás de Aquino, I q. 20 a. 1).

El autor de la Alianza en la cruz invita a los esposos al don, a darse, como Él se entrega por nosotros.

El principio de *totalidad*, como con cierta libertad lo llamo, se refiere precisamente al *don total*, recíproco de los esposos, en el amor conyugal, que enunciado por la *Humanae vitae* (No. 12), ha sido notablemente enriquecido y es hilo conductor de los compromisos y de las peculiaridades del matrimonio, más profundos, luminosos y exigentes en la realidad del matrimonio cristiano.

La totalidad de la donación es base de la fidelidad. Cuando no es una palabra retractable, sino un firme compromiso, no «condicionado» a diversas eventualidades, replanteamiento o nuevas opciones arbitrarias, no es entrega total sino el debilitamiento que lleva a una traición en el amor, ¿Puede realizarse la persona humana en una sistemática atmósfera de desconfianza?

La totalidad de la entrega debe reconocer y responder por esa fidelidad de *manera estable, hasta la muerte*.

La totalidad del amor conyugal debe estar abierta a la vida, en la procreación humana.

4. LA DIGNIDAD HUMANA, LA REALIDAD DE SU VOCACIÓN TRASCENDENTE, PARTEN DEL PRINCIPIO DE NO TRATAR COMO INSTRUMENTO O COSA A QUIEN ES UN FIN (cf. GS, 24)

Esto vale no sólo para la vida, sino para la realidad como comunión, en un respeto debito a personas humanas.

La banalización del amor y del sexo, en su significación humana, tiene su falla fundamental al no tratar como personas, con actitud de responsabilidad, a quienes tienen la más eminente dignidad como imágenes de Dios y a la luz de la fe por el sacramento del bautismo la realidad de hijos. Ser hijo es la forma más alta de ser imagen.

Hemos de tener una especial atención sobre los cursos de educación sexual, con la «antropología» que implican.

Hay que sostener en el nivel doctrinal y pastoral la más estrecha unidad entre familia y vida.

La familia es el santuario, la cuna de la vida, el lugar de un amor conyugal unitivo y procreativo en su significación.

Es clara su doctrina sobre la ilicitud de la contracepción.

La familia pasa por una confusión en la oscuridad que provoca la « crisis conceptual », y la ambigüedad del lenguaje ante fórmulas nada inocentes como « interrupción voluntaria del embarazo », « Pro Choice », y ante la tentación de « temer » el misterio.

Alerta a la humanidad contra la violación del derecho a la vida apelando a « definiciones » acomodadas sobre la vida humana, el total respeto que merece, desde la concepción hasta la muerte natural, y caprichosas definiciones sobre la familia.

Un grave fenómeno de « modernidad » y « democracia » con el positivismo jurídico, que convierte el *delito en derecho*, y pervierte el sentido de la vida familiar, con falsos conceptos de « familia », de « matrimonio », « privatización » y de nuevos derechos humanos.

5. MAGISTERIO DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

En plena sintonía y continuidad, y en un esfuerzo de profundización, el tema de la familia y de la vida es algo central ante el secularismo, el cientismo y una ciencia que no conoce límites e impone un dominio que humilla al hombre.

Son muy ricas sus intervenciones, como:

– el Discurso sobre la familia en la Ceremonia de Apertura de la Asamblea Eclesial de la Diócesis de Roma (6 de junio de 2005);

– el Discurso al Encuentro festivo y testimonial en Valencia para el V Encuentro Mundial de las Familias (8 de julio de 2006) y la Homilía en la Ciudad de las Artes y las Ciencias (9 de julio de 2006);

– su Discurso a los Presidentes de las Comisiones Episcopales para la Familia y la Vida de América Latina (3 de diciembre de 2005);

– de gran valor, precisión y vigor es su Discurso en Verona, con ocasión de la IV Asamblea Eclesial Nacional Italiana (19 de octubre de 2006).

El reconocimiento del matrimonio y la familia en los últimos meses ha constituido una proclamación y una defensa contra las uniones de hecho (PACS), o formas alternativas.

La Encíclica *Deus caritas est* presenta la rica puntualización de que es realmente un amor oblativo que tiene en el matrimonio su único lugar adecuado.

***La Familia Cristiana transmite la fe:
Cuando los padres enseñan
a los hijos a rezar***

S.E.R. Cardenal GERALDO MAJELLA AGNELO
Arzobispo de São Salvador da Bahia

INTRODUÇÃO: EDUCAR À FÉ AS NOVAS GERAÇÕES

As gerações de adultos apresentam, em todo o mundo, a dificuldade ou a incapacidade de transmitir os próprios valores às novas gerações, mas o fenômeno acentua-se de modo especial na América Latina. A cultura contemporânea é de tal maneira intensamente projetada para o futuro, que os pais muitas vezes são considerados parte do passado, que deve ser superado, para tornar-se modernos. Prevalece, dessa maneira, a idéia de que tudo o que um jovem deve saber para ter acesso ao mercado de trabalho e para ser incluído na sociedade, deverá aprendê-lo fora de casa.

Na América Latina, onde muitas vezes a geração adulta teve uma baixa escolaridade e tem dificuldades para familiarizar-se com os modernos meios tecnológicos, que os jovens dominam facilmente, os pais consideram-se ultrapassados pelos filhos, inadequados à tarefa educativa e acabam por renunciar à sua responsabilidade de introduzi-los na compreensão da realidade e de equipá-los com critérios e pontos ideais de referência.

Esta carência educativa refere-se a critérios de juízo, aos ideais e aos valores que orientaram o comportamento das gerações mais velhas e envolvem também a fé cristã, as práticas religiosas, as crenças mais íntimas que, mesmo significativas para os membros adultos da família, passam a ser ignoradas ou recusadas pelas novas gerações.

Os meios de comunicação convergem para a construção desta sensibilidade segundo a qual as novas gerações aprendem novas tecnologias, novos valores, aspirando a uma realização.

O V Encontro Mundial das Famílias realizado em Valência em julho de 2006, enfrentou o tema da «transmissão da fé em família», exatamente para continuar a procurar respostas adequadas a este que é um grande desafio para a Igreja. O tema havia já sido abordado pelo Santo Padre Bento XVI por ocasião da abertura do Congresso Eclesial da Diocese de Roma sobre Família e Comunidade Cristã, em 2006.

Por que as famílias, atualmente, encontram dificuldades para educar os filhos e introduzi-los a reconhecer e a encontrar Jesus Cristo, Filho de Deus feito homem, vivo e presente, como aquele que responde plenamente ao desejo de significado, de realização humana, de felicidade, melhor que qualquer outro caminho? O que é fundamental para o Concílio Vaticano II (*Gravissimum Educationis*) e foi relembrado pelo Papa de saudosa memória, João Paulo II, na Exortação Apostólica *Familiaris Consortio* (n. 36-42)?

CONSEQÜÊNCIAS DAS MUDANÇAS NA FAMÍLIA

Nas últimas décadas aconteceram grandes mudanças na sociedade que especialmente na América Latina, adquiriram um ritmo vertiginoso. A família provavelmente é a instituição social e a realidade eclesial que mais fortemente sofre as conseqüências dessas mudanças.

Os produtos das novas tecnologias aplicados à contracepção mudaram o modo de compreender e de viver a sexualidade, agora separada da procriação e portanto reduzida a um jogo sem conseqüências. Desde Adão e Eva até poucas décadas atrás, com efeito, um homem e uma mulher, quando se envolviam numa experiência de amor e aspiravam à plenitude daquele relacionamento, constituíam un vínculo afetivo caracterizado por uma recíproca responsabilidade, que se

consolidava com a celebração do matrimônio, dando origem, dessa maneira, a uma nova família, destinada a durar no tempo. A sexualidade exprimia o amor e estava aberta para a procriação.

Por outro lado, as tecnologias aplicadas à fecundação tornam possível a geração de um filho não mais como fruto do relacionamento de intimidade entre um homem e uma mulher, mas como produto do trabalho que técnicos especializados desenvolvem num laboratório. Dessa maneira, o entrelaçamento de amor, sexualidade e procriação, que estava na base do matrimônio e da família, foi rompido.

A inserção da mulher no mundo do trabalho, em parte pelo desejo de realizar-se profissionalmente e em parte pela necessidade de prover o necessário para o sustento, de fato, reduziu a centralidade da família, diminuindo o tempo dedicado à convivência familiar e à educação dos filhos.

Além disso, a mentalidade própria do mercado que calcula a utilidade e a conveniência mesmo nos relacionamentos afetivos, penetrou profundamente na convivência familiar. Nesse sentido, tornou-se importante uma certa paridade das contas entre o dar e o receber, inclusive nos relacionamentos da intimidade, diminuindo o espaço da gratuidade. A exigência de satisfação no presente pôs em questão o ideal do sacrifício individual para o bem da família.

No Brasil, mas nos outros países da América Latina a situação é muito semelhante, mais de 30% das famílias são constituídas por um só genitor (mono-parentais), quase sempre uma mulher, com eventuais filhos e outros membros. Apesar de alguns considerarem esta situação como uma vitória da autonomia feminina, a realidade é que a mulher vê-se obrigada a uma dupla jornada de trabalho e, aquela que devia ser a época da sua libertação, aparece sempre mais como uma vida de sacrifícios, muitas vezes no limite da capacidade humana.

A fim de que cada vez mais famílias vivam o amor humano como dom sincero de si ao outro, como união exclusiva e indissolúvel e acolham a tarefa de educar os filhos à fé, é necessário usar como método não a repetição dos princípios, dos deveres e das normas que a sabedoria cristã acumulou ao longo dos séculos de sua história, mas que aparecem bastante estranhos à mentalidade moderna.

É mais eficaz provocar a liberdade das pessoas, por meio de propostas e de testemunhos de vida que correspondam ao desejo de felicidade e de realização, que sejam percebidos como mais atraentes porque respondem melhor ao desejo de viver com significado as diversas circunstâncias da vida familiar. É necessário que a Igreja se torne capaz de fazer reviver o fascínio que Jesus exercitava pela oferta de algo que nem a riqueza como a de Zaqueu e nem muitos maridos como os da Samaritana poderiam dar.

ALGUNAS INDICAÇÕES DE MÉTODO

Uma inteira geração de adultos parece que encontra dificuldades para fazer crescer uma geração de jovens. É como se a geração de adultos vivesse uma experiência tão frágil e incerta que parece não ter nada a comunicar. E assim aquela sabedoria que também as pessoas mais simples tinham para explicar aos filhos o significado da vida e da morte, do bem e do mal, da alegria e da dor, parece tenha sido perdida pela geração adulta que, em lugar de certezas, comunica perplexidade e confusão.

A primeira educação acontece por osmose, desde quando a criança está ainda no berço, quando começa a perceber se seu pai ou sua mãe estão satisfeitos de estarem neste mundo, se estão contentes ou não de estarem juntos, se estão alegres com a realidade que vivem,

se têm uma razão para esperar um destino bom para si mesmos e para o filho.

Um trecho do Deuteronômio no capítulo VI é elucidativo: «Quando no futuro teu filho te perguntar: “o que são estas leis e estes preceitos que o Senhor nosso Deus vos deu?”» O que é o mesmo que o menino perguntasse a seu pai: «Quem disse que é necessário falar a verdade, se falar a verdade pode trazer um dano, enquanto mentir pode resultar em vantagem? Quem disse que devemos trabalhar e não ser um parasita? Por que não se pode roubar? Ou então, por que não podemos ter relações pré-matrimoniais se todos fazem assim?».

O Deuteronômio dá uma resposta excepcional: «O que significam estas normas e estas leis que Deus te deu? Tu responderá a teu filho assim: ‘Éramos escravos de Faraó no Egito e de lá nos tirou o Senhor Jahvé com mão forte e poderosa e nos deu o País onde corre leite e mel que tinha prometido aos nossos pais, de modo que fossemos felizes e nos conservasse em vida, assim como nós somos hoje» (*Dt* 6, 20-24).

A educação não passa através da lista de regras, mas através do relato de um acontecimento vivido pela família como salvação, da qual a família ainda faz experiência e comunica aos filhos a certeza de um caminho que tem como fundamento a felicidade vivida no presente.

A nova geração necessita receber regras para a vida, indicações oferecidas com autoridade, que funcionam como as margens de um rio. A experiência humana flui com uma certa liberdade dentro do leito do rio, sem ultrapassar as margens. Mas o importante não são as margens e sim a experiência de vida, cheia de significado, de beleza, fonte de satisfação e de esperança.

Em certos momentos, a criança olha para o adulto e talvez não verbaliza nenhuma pergunta, mas procura compreender pelo rosto do pai, pelo seu olhar, pelo

modo como trata a esposa e pelo modo como fala do trabalho e dos amigos, se vale a pena estar neste mundo, porque vale a pena levantar cedo de manhã, estudar, aceitar sacrifícios.

O essencial da educação consiste no testemunho de um grande bem encontrado para si, que é comunicado aos filhos, testemunho de um caminho compartilhado entre marido e mulher e que é fonte de bem, de realização, de significado. Desse modo, os pais podem comunicar a própria experiência aos filhos, provocando a sua liberdade, para que eles também procurem e encontrem o bem maior da vida, aquilo que dá razão de todos os sacrifícios e de todas as esperanças, podendo verificar a verdade daquilo que lhes é proposto.

Se todos procuram o melhor para a própria vida, os pais cristãos devem ser ajudados a viver e a dizer aos seus filhos: «o melhor da vida é esta Presença de Jesus Cristo, que encontramos muitos anos atrás e que até o momento não desiludiu a nossa esperança, porque é fonte de paz, de certeza, de amizade, de perdão entre nós, de abertura ao sofrimento deste mundo, em suma, uma riqueza incomparável. Venham vocês também por este caminho, sigam vocês também aquilo que nós procuramos seguir! ». Se, pelo contrário, os pais são incertos a respeito de sua própria experiência, duvidosos quanto à fé, perplexos diante da tradição da Igreja que, possivelmente julgam com os mesmos critérios dos meios de comunicação, então serão incapazes de indicar um caminho para os filhos e deixarão vazio um espaço que o mercado e o poder se apressarão em preencher com suas sugestões. Quando o adulto não comunica uma percepção positiva da vida, fundada sobre a experiência que vive com sua família, deixa o filho num pântano ou nas areias movediças desta cultura relativista e niilista e omite indicar onde estão as pedras sobre as quais pôr os pés para um caminho que conduza para fora do pântano.

Esta positividade diante da vida não basta para que exista uma verdadeira educação à fé, constitui porém o terreno favorável, indispensável para que essa educação possa dar fruto.

Muitas famílias delegam a educação às escolas, não somente a educação das diversas disciplinas escolásticas, mas também a educação religiosa. Isto acontece especialmente na América Latina onde as melhores escolas são católicas. Então, a expectativa é que elas cubram todas as necessidades da criança.

Mas, mesmo se o tempo que um pai ou uma mãe têm para dedicar ao seu filho seja reduzido, por causa de seu trabalho, cabe a eles transmitir as coisas mais importantes da vida. Tem uma incidência muito maior o influxo de poucas palavras ditas por um pai do que o influxo daquilo que a professora pode dizer à criança a respeito do Mistério de Deus e da Presença de Jesus.

Pensemos ao impacto que pode ter na criança o fato de que o pai o toma nos braços e, levando-o a uma Igreja, lhe apresenta Jesús e lhe diz: «este é Jesus, está na cruz para nos dizer o quanto os ama. Mas ressuscitou e agora vive, Ele está aqui». E, talvez, lhe mostra a luz do Sacrário. E depois faz o sinal da cruz e, em casa, a mãe repete com ele as palavras do Pai Nosso e as do Santo Anjo. Ainda mais importante para a criança é ver os pais rezarem. Ver os próprios pais rezarem, tomando parte daquela oração, ou permanecendo distraído com um brinquedo, ou recusando-se de rezar porque está bravo, são momentos preciosos para enraizar na criança a certeza de um relacionamento com Deus, com Jesus, que é decisivo para a vida e que não depende do estado de ânimo.

Lembro que quando foi perguntado ao Santo Padre João Paulo II se meninas podiam servir no altar como coroinhas durante a Santa Missa, ele respondeu positivamente, dando como razão a grandeza das mulheres que durante os 70 anos do regime soviético

transmitiram a fé cristã a seus filhos. Ele dizia: «sem o empenho quase heróico daquelas mães, muitas sementes de vida cristã, que hoje estão germinando nas repúblicas da ex União Soviética, não teriam sido plantadas».

UMA EXPERIÊNCIA SIGNIFICATIVA

Sabemos que não é fácil, para um jovem casal, dar conta, sozinho, desta educação religiosa, não sabendo, muitas vezes, como proceder, ou correndo o perigo de permanecer num nível superficial ou formal, ou decaindo no moralismo do que se pode e do que não se pode fazer. Por isso, desejo contar uma experiência que está em andamento, já faz quatro anos, na minha diocese de Salvador, realizada por um grupo de cerca de trinta famílias, membros de uma comunidade cristã. Eles decidiram ocupar-se diretamente da educação religiosa de seus filhos, quando se deram conta que o ensino das escolas, mesmo das católicas, era insuficiente e inadequado.

Alguns casais do grupo começaram a organizar um encontro por mês, convidando todas as crianças entre 1 e 7 anos, planejando atividades, cantos, exercícios apropriados para cada faixa de idade. Também os pais foram convidados a participar destas tardes, feitas de um momento de oração, de alguns cantos e de outras atividades educativas específicas para as crianças. Por exemplo, quando queriam que as crianças tivessem a intuição da grandeza de Deus criador, foram até um ponto privilegiado da cidade para contemplar um bellissimo pôr-do-sol sobre o mar, sobre a ilha de Itaparica. Todos admiravam a beleza das cores e as formas das poucas nuvens e as mudanças de tonalidades, até o sol desaparecer. Viram, então, como é bonito o pôr-do-sol e puderam concluir: como é grande

Deus que realiza coisas maravilhosas para a nossa alegria.

Com o passar do tempo, as crianças tornaram-se amigas entre si, multiplicando os momentos para estarem juntos nos fins de semana, participando com atenção na Missa aos Domingos. Dois gêmeos, quando tinham pouco mais de três anos, tendo aprendido num dos encontros, que é bom rezar no início do dia, sobretudo quando estamos começando uma atividade importante, estando na creche na semana seguinte, disseram à professora: professora, não deveríamos rezar no início do dia? A professora, um pouco constrangida, disse: parece-me uma boa idéia. Então, as crianças pediram que todos se ajoelhassem e fizeram uma oração bem simples e, em seguida, o Pai Nosso.

Um pai, que tem um temperamento criativo, quase rebelde, contou que mais de uma vez o seu primeiro filho (tem quatro) chamou sua atenção para tomar mais cuidado com o que diz e com o que faz, porque o percebia em contradição com o que juntos tinham ouvido, participando dos encontros mensais.

O grupo reuniu as aulas, os cantos, os exercícios propostos às crianças e esperam publicar um livro como um serviço a quantos desejam tomar nas próprias mãos a educação religiosa do filhos. Agora começam a participar de uma Associação de Famílias para difundir a sua experiência que julgam como extremamente positiva.

Queria concluir, dizendo que quando os pais vivem a certeza de que a fé em Jesus Cristo, ao qual têm acesso graças à Igreja, é um grande bem em suas vidas, é muito provável que assumam a responsabilidade de educar os filhos na mesma fé. É necessário, então, que a Pastoral Familiar e toda a obra de evangelização desenvolvam esta certeza, esta experiência de um excedente de humanidade, de sabedoria, de entusiasmo, de positividade diante das diversas circunstâncias da vida,

que a Presença de Jesus Cristo vitorioso sobre a morte é capaz de suscitar. Esta, provavelmente, é a verdadeira necessidade.

Não parece ser suficiente o chamado de atenção aos deveres dos pais se faltar esta experiência de redenção em ato, motivo de gratidão e de apego a Jesus e à Igreja, fonte de esperança e de missão.

***Cuando introducen a los hijos
en la vida de la Iglesia***

S.E.R. Mons. FERNANDO SÁENZ LACALLE
Arzobispo de San Salvador

Agradezco la invitación para dirigirme a esta asamblea sobre el tema «Los padres y la introducción de sus hijos en la vida de la Iglesia a través de los sacramentos de la Eucaristía, la Penitencia y la Confirmación». El tema es muy importante y todo esfuerzo que se haga en este sentido será poco.

Recordamos que por medio de los sacramentos «se ejerce la obra de nuestra redención» como afirmó el Concilio Vaticano II (Constitución sobre la Sagrada Liturgia, 2). No solamente recibimos la gracia sino que también expresamos nuestra fe y manifestamos «a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia» (Ibis.).

Obviamente estas dos realidades, la gracia que penetra en el alma y la expresión de fe, tienen que ver con la vida familiar. Participar en el banquete eucarístico transforma a la persona y tiene repercusiones en la familia. De igual manera, el sacramento de la penitencia supone la reconciliación con Dios y con la Iglesia. Es una fuente de beneficios para la iglesia doméstica el que un miembro reciba la misericordia de Dios de una manera tan esencial. La presencia en la familia de un confirmado, que debe ser apóstol, supone una gran riqueza.

Sin embargo tenemos la triste experiencia de que la vida sacramental de los hijos tiene poco impacto en la vida de la familia. «La familia transmite la fe cuando introduce a sus hijos en la vida de la Iglesia» que es el título de esta intervención, presupone que la misma familia tiene fe y la vive para transmitirla.

La «introducción» en la vida de la Iglesia que implica los tres sacramentos representa una gran oportunidad de «re-introducir» a los padres de los niños y

de los jóvenes en la vida de la Iglesia. Los cursos de preparación pueden servir para re-evangelizar a los padres y «re-iniciarlos». Por eso la atención que deberíamos dar a los padres de familia en la preparación para los sacramentos de Primera Comunión, Confesión y Confirmación de los hijos, es muy importante.

Hay un problema que aprecio en San Salvador. A veces los papás están integrados a la vida de la parroquia, y esto perjudica la vida familiar. Por años he dicho a los laicos de los movimientos, ¿dónde están sus hijos? No están en los seminarios ni en los conventos. Pienso que un hiperactivismo en apostolado de los padres puede traer una consecuencia nefasta: los hijos resienten la parroquia y por eso rechazan la fe. ¡Cuántos hijos de papás muy entregados no asisten a la misa!

La integridad espiritual de la familia es un tema clave. Por ello, quisiera compartir con ustedes un ejemplo tomado de la literatura europea. Pido su paciencia mientras leo un cuento a esta distinguida asamblea. Es el famoso relato del flautista de Hamelin escrito por los hermanos Grimm que forma parte del legado cultural del mundo de occidente.

«En el año 1284 se presentó en Hamelin un hombre extraño. Llevaba un vestido muy colorido y se presentaba como un cazador de ratas asegurando que podía liberar a la ciudad de todos los ratones y ratas a cambio de la debida remuneración. Llegó a un acuerdo con los ciudadanos y el hombre extraño sacó una flauta de su bolsillo y tocó una melodía. Inmediatamente vinieron los ratones de todas las casas y se reunieron alrededor de él. Cuando ya no quedaba ningún roedor en las casas, salió de la ciudad, se dirigió hacia el río Weser y se metió en el agua. La multitud de las ratas y ratones que le seguían cayó en el río y se ahogó. Los ciudadanos, viéndose liberados de la plaga se arrepintieron de la recompensa prometida y no la pagaron. El flautista se marchó con gran ren-

cor contra la ciudad. El 26 de junio volvió a Hamelin disfrazado de cazador con un aspecto extraño y un sombrero rojo. Hizo sonar otra vez la flauta en los callejones de la ciudad mientras todo el mundo estaba reunido en la Iglesia. Esta vez no fueron los ratones y ratas los que acudieron a su llamada sino los niños y las niñas, de cuatro años o más. El flautista tocando su melodía les condujo por la puerta del este hacia el monte y desapareció con ellos para siempre. Sólo dos niños volvieron por haberse retrasado. Uno de ellos, siendo ciego, no podía mostrar el camino, y el otro que era mudo no podía dar mayores datos. Un niño había regresado para buscar su chaqueta. Ese se escapó del infortunio. Algunos dicen que los niños fueron conducidos hacia una caverna que tenía otra salida en Transilvania. En total fueron 130 los niños que se perdieron ».

Supongo que se han fijado en un detalle de esta historia que me llamó la atención: La segunda venida del flautista ocurrió cuando « todo mundo estaba en la Iglesia ». Es decir, todos los adultos. Los papás no se dieron cuenta de la desaparición de sus hijos.

La imagen de los hijos en la calle siguiendo al flautista y los papás en la Iglesia me parece una adecuada metáfora de un aspecto de nuestro gran reto de transmitir la fe a las nuevas generaciones. El mayor fallo de la catequesis está en la poca evangelización de los hijos por parte de los padres de familia, pero llama la atención que, a veces, familias buenas, con papás activos en sus parroquias, parecen incapaces de comunicar la vida sobrenatural a sus hijos. Mientras los padres están en la Iglesia, sus hijos siguen escuchando la música engañadora del mundo.

Los hermanos Grimm escribieron el cuento de Hamelin sin relacionarlo con el tema de la transmisión de la fe en la familia. Nosotros, sin embargo, al pensar en la música que encantó a los niños y los separó de

sus familias y de su pueblo lo relacionamos con la televisión, la radio y el internet que cautivan a las generaciones y las alejan de las raíces espirituales de su familia. El exilio de los niños de Hamelin fue definitivo: nunca regresaron a su tierra natal. Tenemos que preguntarnos cuántos de los hijos de la Iglesia regresaron a su seno después de seguir el sendero del flautista de nuestros tiempos.

Cada día tenemos más señales del tremendo impacto de la globalización, de una civilización de consumo y de la idolatría del eros. Los Sociólogos sugieren que la mezcla de estilos y patrones culturales, característica de la globalización, podría denominarse «hibridación». Los jóvenes viven en El Salvador, o en otro país de Latinoamérica, pero su imaginación está ubicada en Hollywood o en el ciberespacio.

¿Qué podemos hacer en contra de este Tsunami cultural? Pienso que, en primer lugar, tenemos que valorar la magnitud del problema. Vivimos en una cultura de confusión y necesitamos establecer islas de orden en un mar encrespado. Necesitamos vigilar lo que escuchan y ven los jóvenes y niños católicos. Tenemos que vacunarnos contra los gérmenes letales de una cultura loca, necesitamos sanear el ambiente insalubre en que viven. No se puede vivir en el fango sin correr el peligro de enfermarse.

San Pablo conocía muy bien la comunidad de Corinto y por eso fue capaz de ayudar a sus ciudadanos a superarla. Nosotros no podemos hacernos los distraídos ante las contradicciones de la cultura ya instalada. La evangelización y la catequesis necesitan inculturarse. En cada cultura hay elementos que son «Semina Verbi» y pueden ser asumidos para ayudar en el proceso de asimilar el cristianismo. Pero hay otros elementos venenosos que no podemos tolerar. En ocasiones es imprescindible el combate. Los cristianos de hoy necesitan una inoculación contra el ambiente dañi-

no. Los padres de familia no pueden encerrarse en la iglesia y dejar que sus hijos sean víctimas del flautista.

El primer paso para solucionar un problema es reconocer que existe. Respecto a la cultura imperante necesitamos estar vigilantes: «*Si el mundo quiere vaciar la cloaca en la fuente para que el agua no nazca pura*» —en las palabras del poeta inglés Alfredo Lord Tennyson— cada familia tiene que tomar medidas eficaces. En primer lugar, establecer una convivencia familiar en que los papás sepan qué les pasa a sus hijos.

El Papa Juan Pablo II, el Grande, señaló en *Catequesi Tradendae* 68: «*La acción catequética (...) será más señalada cuando al ritmo de los acontecimientos familiares —tales como la recepción de los sacramentos, la celebración de grandes fiestas litúrgicas, el nacimiento de un hijo o la ocasión de un luto-[los papás procuran] explicitar en familia el contenido cristiano o religioso de esos acontecimientos*». Más aún, el Santo Padre añadió: «*los padres han de esforzarse en seguir y reanudar en el ámbito familiar la formación más metódica recibida en otro tiempo*» (CT 68).

La espiritualidad de la familia tiene que ser integrada en su convivencia normal. Un santo sacerdote con quien tuve el privilegio de vivir bajo el mismo techo lo expresó así:

«*Los casados están llamados a santificar su matrimonio y a santificarse en esa unión; cometerían por eso un grave error, si edificaran su conducta espiritual a espaldas y al margen de su hogar. La vida familiar, las relaciones conyugales, el cuidado y la educación de los hijos, el esfuerzo por sacar económicamente adelante a la familia y por asegurarla y mejorarla, el trato con las otras personas que constituyen la comunidad social, todo eso son situaciones humanas y corrientes que los esposos cristianos deben sobrenaturalizar*» (S. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, 23).

El sentido de lo sobrenatural no es algo que se en-

seña dictando y copiando apuntes en un cuaderno. Se aprende con el ejemplo que motiva la convivencia en un ambiente de respeto a Dios que permite la percepción de la dimensión menos apreciada de la vida: lo trascendente. Si los Padres viven conscientemente *sub specie aeternitatis*, los hijos van a apreciar la fe.

En teología litúrgica, se repite la frase, «*lex orandi, lex credendi*». La oración de la familia determinará la profundidad de la fe. La oración de la Iglesia doméstica es la clave para el desarrollo de una nueva generación de discípulos y misioneros. Cuando uno ha orado, cree. Si los niños de Hamelin hubieran estado con sus papás en la Iglesia, no habrían seguido al flautista.

Es costumbre en nuestros países tener una fiesta familiar cuando los hijos reciben los sacramentos. La gran cuestión es cómo seguir después con el espíritu de esa fiesta. Cómo reflejar el gozo familiar que acompaña la recepción ferviente y frecuente de los sacramentos por parte de los hijos. Esto podría expresarse más claramente si se guardase mejor el día del Señor. Conviene que la asistencia a la misa sea en familia. Y todo el día del Señor debe ser un tiempo especial de convivencia familiar. Así la gracia construye sobre la naturaleza, una familia unida en el Señor, está unida humamente.

Si la vida familiar es íntima, también lo será la sacramental. Que repercuta la «celebración» religiosa en la vida familiar. Conozco a una familia de un hermano sacerdote que celebra con una buena cena cuando toda la familia ha acudido a la confesión. El nuevo apóstol que acaba de recibir la confirmación puede avanzar en su deber si la familia lo apoya y se interesa por su «apostolado». Como pastores, tenemos que promover la búsqueda de expresiones creativas en el seno de nuestras familias, nuestras «iglesias domésticas».

Todo esto no es cuestión de fórmulas fáciles. La solución está en los múltiples detalles de la vida fami-

liar en la se palpa la presencia del Señor. Un gran arquitecto expresó, «Dios está en los detalles», una frase que se ha hecho celebre. Dios debe estar en la convivencia continua entre esposos, padres e hijos, hermanos y hermanas, y toda la familia que se extiende a los abuelos, tíos y primos.

El cultivo de la vida interior de cada uno de los miembros depende del ambiente que facilita y promueve lo espiritual en medio de las actividades de la vida. Pidamos al Señor que podamos comunicar la importancia de la unidad familiar y de la fe a todas nuestras familias. Es un reto enorme. La familia contemporánea es frágil y está expuesta a un ambiente adverso, pero Dios es grande.

*Cuando iluminan la vida cristiana con la
luz de la fe mediante el Catecismo de la
Iglesia Católica, la lectura de la
Sagrada Escritura, la Vida de los Santos*

S.E.R. Cardenal DARÍO CASTRILLÓN HOYOS
Prefecto Emérito de la Congregación para el Clero

INTRODUCCIÓN

Dios, en su sabiduría infinita, quiso que los seres humanos experimentásemos primero el amor de nuestros padres y luego, con el uso de la razón, aprendiéramos que Dios es Padre, un Padre¹ que nos ama con amor materno.² Este es el centro de toda educación en la fe: mostrar el amor de un Padre que sale al encuentro de sus hijos para alcanzarles la salvación. Por eso, la familia es como el hábitat natural en el que mejor se puede transmitir la fe.

Transmitir la fe es, sobre todo, transmitir una **experiencia personal de Cristo**, pues «el cristianismo no es un simple libro de cultura o una ideología, tampoco es un mero sistema de valores o de principios, por más elevados que sean. El cristianismo es una persona, una presencia, un rostro: Jesús, que da sentido y plenitud a la vida del hombre».³ «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva».⁴ «La naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo».⁵

«La fe es la **respuesta** del hombre a Dios que se

¹ Cf. *Mt* 5,16; 5,45; 5,47; 6,1; 6,4; 6,6 y ss., etc.

² Cf. *Is* 49,15. Uno de los grandes atributos de Dios, el *rahamin*, la misericordia, toma su raíz de la palabra hebrea «útero» y designa el amor de una madre por su recién nacido.

³ JUAN PABLO II, *Discurso a los jóvenes*, Palacio de hielo de Berna, Suiza, 5 de junio de 2004.

⁴ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, 1.

⁵ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, 28.

revela y se entrega a él, dando al mismo tiempo una luz sobreabundante al hombre que busca el sentido último de su vida». ⁶ Por ello, transmitir la fe es guiar al descubrimiento del amor de Dios y a la correspondencia generosa a ese amor. Transmitir la fe es entregar un tesoro ⁷ que un día hemos descubierto y compartirlo por amor. La fe es una respuesta que comienza con el asentimiento de todo el ser a Dios, a una revelación de Dios que se nos transmite en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, interpretados auténticamente por el Magisterio de la Iglesia en nombre de Jesucristo. ⁸ El amor guía hacia la fe y la fe lleva al amor. Nadie ama lo que no conoce y sólo se puede conocer en plenitud la fe desde la experiencia del amor.

La fe cristiana se concibe, primariamente, a la luz de la **gracia**, participación en la vida de Dios, ⁹ disposición estable y sobrenatural que perfecciona al alma para hacerla capaz de vivir con Dios, de obrar por su amor. ¹⁰ Por ello, así como se dice que «la preparación del hombre para acoger la gracia es ya una obra de la gracia», ¹¹ se puede decir que la preparación para acoger la fe es también obra de la gracia, y en ese sentido es exacto afirmar que el niño recién bautizado **tiene ya la fe**, aunque **todavía no es un creyente**, de modo análogo a como se puede decir que un recién nacido **tiene inteligencia**, aunque **todavía no es inteligente**.

La fe es un **conocimiento personal** mediante el cual, bajo el impulso de la gracia, se acoge la revelación de Dios en Jesucristo. El acoger la revelación de Dios en la fe es una gracia que Dios da al hombre para

⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 26.

⁷ Cf. *Mt* 13,44.

⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 10.

⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1997.

¹⁰ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2000.

¹¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2001.

que pueda entrar en su intimidad¹² ya que, sólo movidos por la gracia del Espíritu Santo y atraídos por el Padre, creemos y confesamos que Jesús de Nazaret es el Cristo, el Hijo de Dios vivo.¹³ Somos herederos de la fe de los apóstoles en la resurrección; una fe que nació —bajo la acción de la gracia divina— de la experiencia directa de la realidad de Jesús resucitado.¹⁴

Nadie puede acoger la palabra de Jesús como Palabra de Dios si el Espíritu no actúa en él. La dimensión de la gracia tiene una preeminencia substancial para la comprensión de la fe, porque toca en el mismo momento una doble realidad: el **contenido** de lo que la fe acepta y el acto que realiza el sujeto en el momento de creer.

La fe está siempre relacionada con un **contenido** y determinada por él. La revelación histórica de Jesucristo es el **contenido** formal de la fe; en efecto, aquí es donde la objetividad de la fe encuentra su punto culminante en cuanto que acepta que en la historicidad del lenguaje humano se encarna la verdad de Dios sobre Dios y sobre el hombre. La dimensión cognoscitiva de la fe parte del acontecimiento histórico del misterio pascual de Jesús de Nazaret. Así, la primera profesión de fe que formula la Iglesia se concentra en torno al acontecimiento de la pasión, muerte y resurrección del Señor¹⁵ y hace de este anuncio la realidad misma de la fe hasta el punto de que, si él no existiera, sería vana e inútil la predicación apostólica.¹⁶ Esta dimensión de la fe supone que el acontecimiento en que se cree es verdadero, Por consiguiente, sólo a través de la certeza de la verdad del **contenido** de la fe se puede pensar que se realiza un acto de fe verdaderamente personal.

¹² Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 35.

¹³ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 424.

¹⁴ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 644.

¹⁵ Cf. *1 Cor* 15,3-5.

¹⁶ Cf. *1 Cor* 15,2.14.

La **objetividad de la fe** es garantía para el creyente tanto de la certeza de lo que cree como de la falta de disponibilidad de su **contenido** para reducirse a la interpretación individual. El **contenido** de la fe y su coherencia con la revelación son patrimonio del carisma y del ministerio del colegio apostólico y del sucesor de Pedro. Aquí es donde encuentran su lugar el Catecismo de la Iglesia Católica, como resumen de la doctrina cristiana avalado por el Magisterio, la Sagrada Escritura, palabra de Dios, y la vida de los santos, testimonios que muestran cómo vivir en plenitud la vocación al amor. Son tres caminos para conocer la revelación y acción de Dios en los seres humanos.

1. EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Para un católico, el Catecismo de la Iglesia es un continuo punto de referencia en el conocimiento del **contenido** de la fe, pues presenta con fidelidad y de modo orgánico la doctrina de la Sagrada Escritura, de la Tradición viva de la Iglesia, del Magisterio auténtico, así como de la herencia espiritual de los Padres, y de los santos y santas de la Iglesia, para dar a conocer mejor los misterios cristianos y afianzar la fe del pueblo de Dios. También, toma en cuenta las declaraciones doctrinales que en el decurso de los tiempos el Espíritu Santo ha inspirado a la Iglesia¹⁷ y ayuda también a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que en otras épocas no se habían planteado aún.¹⁸ «Así pues, el Catecismo ha de presentar lo nuevo y lo viejo,¹⁹ dado que la fe es siempre la misma y, a la vez, es fuente de luces siempre nuevas».²⁰

¹⁷ Cf. JUAN PABLO II, Constitución Apostólica *Fidei Depositum*, 3.

¹⁸ Cf. JUAN PABLO II, Constitución Apostólica *Fidei Depositum*, 3.

¹⁹ Cf. *Mt* 13,52.

²⁰ JUAN PABLO II, Constitución Apostólica *Fidei Depositum*, 3.

Por ello, es muy difícil transmitir el **contenido** de la fe sin contar con la referencia al Catecismo de la Iglesia Católica. Es verdad que el catecismo no está escrito y pensado como instrumento didáctico para los padres de familia, pero no por ello deja de ser un « texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica ».²¹

El Catecismo de la Iglesia Católica, con su estructura lógica, con sus índices completos, con sus explicaciones breves, pero completas, es un gran auxilio para los padres de familia que quieren explicar la fe a sus hijos y responder a todas sus preguntas. De todos modos, no basta acercarse al catecismo de modo superficial; hay que leerlo con profundidad, volver una y otra vez sobre los temas ya vistos, acudir a las referencias marginales, buscar comprender y profundizar, pero sobre todo, vivir, hacer vida e incorporar al nivel de los principios y las convicciones lo que no debe verse sólo como un conjunto de ideas más o menos asimilable, sino como la revelación misma de Dios entregada a su Iglesia; como el depósito de la fe; como la suma de la enseñanza divina a los hombres y de la reflexión de estos guiada por el Espíritu Santo.

El Catecismo de la Iglesia Católica no es el vademécum de una ideología, ni siquiera la exposición orgánica de una doctrina. Al referirse al Catecismo, siempre nos referimos al **contenido** objetivo de la fe y la fe no es un acto más en la vida de la persona humana, sino la finalización de la propia existencia a la luz de la revelación histórica que se realizó en Jesucristo. Esta dimensión que aleja plenamente la fe de toda comparación con una ideología, implica acercarse siempre al texto del Catecismo con la conciencia clara de que en él nos encontramos ante la explicación autorizada de los **contenidos** de la revelación. Dios que se

²¹ JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Fidei Depositum*, 4.

revela en Jesucristo realiza el acto definitivo de su manifestación hasta tal punto que el creyente no puede ya esperar ninguna otra revelación.²² Dios, al revelarse, se da por entero a la humanidad y el Catecismo es la cristalización del esfuerzo humano por transmitir y desentrañar esa revelación con la guía del Espíritu Santo, en la Iglesia.

2. LA SAGRADA ESCRITURA

La Sagrada Escritura es un lugar privilegiado para el **encuentro con Dios**. Como decía San Hipólito: «Hay un único Dios, hermanos, que sólo puede ser conocido a través de las Escrituras santas. Por ello debemos esforzarnos por penetrar en todas las cosas que nos anuncian las divinas Escrituras y procurar profundizar en lo que nos enseñan. Debemos conocer al Padre como él desea ser conocido, debemos glorificar al Hijo como el Padre desea que lo glorifiquemos, debemos recibir al Espíritu Santo como el Padre desea dárnoslo. En todo debemos proceder no según nuestro arbitrio ni según nuestros propios sentimientos ni haciendo violencia a los deseos de Dios, sino según los caminos que el mismo Señor nos ha dado a conocer en las santas Escrituras».²³

En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza,²⁴ porque en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios.²⁵ «En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al

²² Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 4.

²³ SAN HIPÓLITO, PRESBITERO, *Tratado contra la herejía de Noeto*, cap. 9; PG 10, 815.

²⁴ CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 24.

²⁵ Cf. 1 Ts 2,13.

encuentro de sus hijos para conversar con ellos».²⁶ La Escritura es el Sinaí donde el creyente de hoy se encuentra con Dios y escucha su mensaje. En este encuentro, el creyente no está solo, sino que cuenta con toda la Iglesia de la que él forma parte, que lo acompaña y guía como **Madre** y **Maestra**.

La Sagrada Escritura muestra claramente la relación entre **revelación** y **salvación**; el lenguaje de la revelación es un lenguaje salvífico, un lenguaje de amor de Dios dirigido al hombre: Dios se da a conocer al ser humano para salvarlo. Cristo se presenta como el Salvador y pide el asentimiento a Él para poder alcanzar esa salvación que Él ofrece: «La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación».²⁷ Jesucristo, el Verbo hecho carne, hombre enviado a los hombres,²⁸ *habla palabras de Dios*²⁹ y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió.³⁰

Para transmitir la fe, es preciso leer la Sagrada Escritura **en la Iglesia**, y contar con la guía segura del Magisterio de la Iglesia, sin perder de vista que las interpretaciones personales pueden alejar del verdadero **contenido** de la revelación.

3. LA VIDA DE LOS SANTOS

Los que han dedicado su vida a la educación, saben que la mejor enseñanza se da a través del testimonio, de **modelos** de comportamiento. Para transmitir la

²⁶ CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 21.

²⁷ CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 2.

²⁸ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 4.

²⁹ Cf. *Jn* 3,34.

³⁰ Cf. *Jn* 5,36; 17,4.

fe, se necesitan testigos de la experiencia de Cristo.³¹ **Mostrar la belleza de la vida en Cristo** es seguramente el argumento más convincente y más motivador para transmitir lo que significa ser cristiano, discípulo de Cristo; y el santo es la persona que muestra esta experiencia vivida de un modo excelente. Los santos son verdaderos testigos de la fe y «el testigo no es un simple maestro que enseña lo aprendido, sino que es alguien que vive y actúa conforme a una profunda experiencia de lo que cree».³² Pedagógicamente, el testimonio de los santos es uno de los mejores recursos con los que contamos para mostrar la belleza de la fe sobre todo a los jóvenes.

Los santos son siempre hombres y mujeres que han sabido superar el conformismo y la mediocridad para vivir íntegramente su cristianismo **por amor y en el amor**. ANTONIO GRAMSCI decía que «Todos tienen la vaga intuición de que haciendo del catolicismo una norma de vida se equivocan, tan cierto como que nadie se aferra al catolicismo como norma de vida, aún declarándose católico. Un católico integral, es decir, que aplicase en cada acto de la vida las normas católicas, parecería un monstruo...».³³ Los santos, con su vida, deshacen ese argumento y nos muestran que es posible edificar la vida en plena coherencia con la fe católica. Los santos invitan y motivan a vivir la fe. Transmiten la fe hecha vida, y transmiten, junto a la fe, el ideal de pensar en grande, de no contentarse con ser un católico que “cumple”. Los santos son modelos que inspiran valentía para ser atrevidos y remar contra toda corriente.

³¹ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje escrito entregado a los seminaristas de España*, Valencia, España, 8 de noviembre de 1982.

³² JUAN PABLO II, *Discurso a los religiosos y miembros de los institutos seculares*, Madrid, España, 2 de noviembre de 1982.

³³ ANTONIO GRAMSCI, *Quaderni del carcere*, Einaudi, Torino 1975, p. 1344.

Vivir de acuerdo con la fe no es para conformistas. Los católicos sabemos que estamos en el mundo, pero no somos del mundo.³⁴ Por eso, a lo largo de los siglos, la actitud del mundo respecto a la Iglesia y a sus hijos es la de la **eliminación** o la de la **asimilación**: o se la ve como un obstáculo que combatir o como un instrumento del cual servirse. Eso ha sucedido en todos los tiempos. El Evangelio lo anunció con claridad.³⁵ Los santos son los hijos de la Iglesia que, en medio de estos avatares de la historia, han seguido la guía segura de la obediencia por amor, imitando a Cristo que por nosotros se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz,³⁶ son los **hombres y mujeres que han edificado su vida desde la fe para decirnos a nosotros que es posible hacerlo y enseñarnos con su ejemplo cómo se hace**. Transmitir la fe a través del testimonio de los santos es transmitir una fe verdaderamente encarnada, hecha vida.

CONCLUSIÓN

Hay, además, un medio privilegiado para transmitir la fe: la **liturgia de la Iglesia**. En la liturgia, recta-

³⁴ Cf. *Jn* 15,19.

³⁵ Cf. *Jn* 15,18.

³⁶ « Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre. Así pues, queridos míos, de la misma manera que habéis obedecido siempre, no sólo cuando estaba presente sino mucho más ahora que estoy ausente, trabajad con temor y temblor por vuestra salvación, pues Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece » (*Fil* 2,5-13).

mente celebrada, los niños aprenden la grandeza del misterio de Dios y la actitud cultural de los discípulos de Cristo. Una recta catequesis no debe descuidar la iniciación en la liturgia como elemento fundamental de la vida cristiana. En la liturgia se produce el verdadero encuentro con Dios, presente en el Pan Eucarístico.

No puede existir una auténtica educación en la fe sin la presencia de la Eucaristía, de la que brota la vida de la Iglesia, pues la Eucaristía es «fuente y cima de toda vida cristiana».³⁷ «La Liturgia, por cuyo medio se ejerce la obra de nuestra Redención, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia».³⁸ «De la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin».³⁹

De nada serviría el acercamiento a Cristo a través de la asimilación de la doctrina del Catecismo, de la meditación y lectura de la Sagrada Escritura o de la imitación de las virtudes de los santos, sin la vivencia consciente y activa de la Eucaristía, «fuente y cima de toda evangelización»,⁴⁰ fuente y cima de toda transmisión de la fe.

³⁷ CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, 11.

³⁸ CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, 2.

³⁹ CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium*, 10.

⁴⁰ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, 5.

*El testimonio de fe de los padres:
importancia del ejemplo*

S.E.R. Cardenal NICOLÁS DE JESÚS LÓPEZ RODRÍGUEZ
Arzobispo de Santo Domingo

Cuando hablamos de la responsabilidad de los padres de transmitir la fe a los hijos, no podemos dejar de recordar el capítulo 6 del Deuteronomio, en que aparecen los mandatos y decretos del Señor, que Moisés comunica al pueblo de Israel después de salir de Egipto.

«*Escucha Israel*», esta expresión introduce la fórmula y da el nombre a la principal oración judía de todos los tiempos, la Shemá, integrada por este capítulo y otros del mismo Deuteronomio y del libro de los Números.

El primer acto es la profesión de fe y la afirmación monoteísta «*el Señor nuestro Dios, es solamente uno*», al que sigue el precepto «*amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas*».

Dios es el Padre que da el ser y educa a su pueblo, como hace un padre con su hijo (*Deut* 8,5; 14,1), y el pueblo debe responder como el hijo ante su padre.

Pero hay algo importante además del amor al Señor, el precepto hay que grabarlo en la memoria, repetirlo, anunciarlo en todo momento a los hijos, llevarlo en el propio cuerpo, en la muñeca de la mano y en la frente como un signo.

Esas formas externas de actualización ayudarán a tenerlo presente a toda hora y así llenar con la fe y el amor la propia existencia. Naturalmente esos actos externos no tendrían sentido, si no fueran ya expresión de una actitud interna de la persona.

La transmisión de la memoria de generación en generación reafirma la identidad y mantiene la continuidad de la auto-comprensión.

Los hijos que la hacen propia dan, en nombre de Dios, la razón a sus predecesores.

La Iglesia siempre apela al testimonio de la Sagrada Escritura en temas de capital importancia como es la familia. Así lo hizo el Santo Padre Benedicto XVI en el Encuentro Festivo y Testimonial con motivo de la clausura del V Encuentro Mundial de las Familias en Valencia.

Al comentar en la homilía el pasaje citado del Deuteronomio el Papa dijo que *«el lenguaje de la fe se aprende en los hogares donde esta fe crece y se fortalece a través de la oración y de la práctica cristiana... Hemos escuchado la oración repetida constantemente por el pueblo elegido... y que Jesús escucharía y repetiría en su hogar de Nazaret»*.

Al preparar esta sencilla reflexión he querido conversar con varias parejas de matrimonios que tienen hijos de diversas edades, niños, adolescentes, jóvenes y adultos, que a su vez han formado otras familias.

Qué interesante es constatar la unanimidad con que todos afirman la necesidad del testimonio para transmitir la fe a los propios hijos.

Me llamó la atención la sinceridad con que hablan estas parejas sobre las dificultades que confrontan los hijos al llegar a la adolescencia y mucho más en la juventud, cuando experimentan el contraste entre lo que reciben en su familia y lo que ven en la universidad y en la sociedad en general, es un momento difícil para ellos.

Sin embargo, cuando en la familia hay un clima de confianza y los padres tienen conciencia de esos problemas, ellos son los primeros en provocar el diálogo para afrontarlos.

Y ponían casos concretos, por ejemplo, en el ambiente relativista en que vivimos, esos padres en diálogo franco con sus hijos proclaman el valor absoluto de la fe que ellos profesan y que otros desconocen y obviamente no practican.

Pero para que esa afirmación sea válida y conven-

za, esos padres, que son cristianos muy auténticos, tienen el aval del testimonio y, como los hijos los conocen desde pequeños, saben que no es una proclamación vaga y gratuita, sino que tienen autoridad para hacerla.

Otra pareja me decía que, frente al odio que se respira por doquier, ellos se esmeran en perdonarse mutuamente delante de sus hijos, así éstos aprenden la importancia del amor cristiano, y, aunque haya diferencias entre ellos, aprenden a quererse y a perdonarse.

A este propósito, en la homilía del Santo Padre ya citada, encontré esta hermosa afirmación: *«Ojalá que los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia o distanciamiento, pues el amor entre el padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero»*.

Otro matrimonio daba testimonio con admirable sencillez de cómo el Espíritu Santo les ayuda y les asiste en los momentos más difíciles para orientar a sus hijos. Se trata de una pareja profundamente cristiana y que ha recibido del Señor el don de la fe y la capacidad para vivirla. Ellos insisten en que se les haría imposible dar ese testimonio y menos responder a los cuestionamientos que sus hijos les presentan, muchas veces con serias dificultades, sin esa gracia del Espíritu Santo que ellos invocan continuamente sobre su familia.

Una pareja, que agradece que la Pontificia Comisión para América Latina aborde este tema de la transmisión de la fe a los hijos, me expresaba que el secreto de haber logrado que sus hijos se mantengan muy fieles a su fe ha sido que la familia entera ha estado vinculada estrechamente a su parroquia, en la que todos colaboran en muy diversas actividades. Conozco muy bien a esta familia y me consta de la verdad de esta afirmación. Naturalmente que los padres son personas extraordinarias, muy queridas, respetadas y admiradas por sus hijos.

Me llamó la atención otro matrimonio que hablaba de la honestidad con que deben ellos actuar al inculcar la fe que profesan, no es algo superficial, sino que han conseguido poner a Jesucristo y los valores del evangelio en el centro de su vida y de su familia, hablan con increíble naturalidad de cómo se siente la presencia del Señor en su hogar, e incluso cuando algo sale mal o los hijos cuestionan determinadas situaciones los invitan a orar para pedir a Dios una respuesta, que según ellos nunca dejan de recibir.

Varias parejas de fidelísima vida cristiana me han asegurado que el valor de la oración familiar es insustituible, han logrado, sin que falten dificultades, que los hijos no abandonen su fe, ellos procuran en ese clima de oración escucharles con mucha paciencia, explicarles lo que les resulta extraño o inaceptable, y yo he quedado convencido de que ese testimonio es lo que en definitiva les convence.

Además de escuchar a los padres me interesé en conversar con los hijos, sobre todo los jóvenes. Ellos confirman lo que sus padres han dicho.

Cuando les interrogaba sobre el tema de la fe me decían que, a través de su familia, han descubierto que su fe no es sólo la fe de sus padres sino también de la comunidad a la que pertenecen y que es esa comunidad la que, junto con sus padres, los está educando.

Por eso ellos pueden defender en la universidad, sobre todo ante ciertos profesores, y en otros ambientes, las verdades y valores que les han inculcado y de los cuales no se avergüenzan. Impresiona escuchar la seguridad con que hablan de su fe y cómo tratan de convencer a otros jóvenes que no han tenido la oportunidad de ellos de nacer en un hogar cristiano. Aquí se puede apreciar el valor del testimonio paterno y comunitario.

Les pregunté también sobre el tema vocacional y con gran libertad varios me respondieron que en algún

momento se cuestionaron si el Señor los llamaba a la vida sacerdotal o consagrada, pero se dieron cuenta que ese no era su camino, sin embargo conocían otros jóvenes y muchachas, sus compañeros y amigos, que son muy felices como seminaristas o como religiosas en período de formación.

Pero me decían que su plan era formar un hogar igual que el que sus padres les ofrecieron a ellos.

Permítanme presentar ante este respetable auditorio mi experiencia personal. Provengo de una numerosa familia de dieciséis hermanos, ocho hombres y ocho mujeres.

Nunca me he cansado de repetir que para todos nosotros la principal escuela y universidad que frecuentamos fue el hogar en que nacimos y la familia que el Señor nos regaló.

Tuvimos la gracia de ver a nuestros padres, ambos cristianos convencidos, profesarse amor y fidelidad durante cincuenta años, luchar por levantar a su familia incluso con las dificultades de la adversidad política de una férrea dictadura, testimoniándonos con una vida de sencillez y entereza los grandes valores cristianos de la fe, la solidaridad, el respeto a los demás, el cumplimiento del deber, la austeridad y, por supuesto, la práctica religiosa. Esa ha sido para sus hijos e hijas la mayor bendición y la mejor herencia que nos legaron.

He tenido oportunidad como sacerdote de trabajar mucho con la familia y por la familia, y estoy absolutamente convencido de que el gran desafío que tenemos como Iglesia en el mundo y particularmente en nuestra amada América Latina para el Tercer Milenio es la promoción y defensa de la familia.

Se ha dicho y es cierto que hay una verdadera confabulación cultural, legislativa, social y mediática que pretende destruir la familia y todo lo que ella históricamente ha significado.

Como responsables de nuestras Iglesias particula-

res no podemos ser indiferentes ni cruzarnos de brazos ante los problemas que preocupan a nuestros pueblos y en especial a las familias, porque está en juego la suerte de los mismos y de toda la humanidad.

Quiera Dios que nuestra próxima Conferencia General que celebraremos en Aparecida, con el lema señalado por el Santo Padre, «*Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida*», nos ayude a tomar conciencia de nuestra responsabilidad con relación a la fe de América Latina y nos inspire los medios y recursos con que debemos defender ese preciado patrimonio que nos han dejado las generaciones que nos precedieron.

***La Educación Cristiana como medio
para la formación integral de la
persona y para la construcción de un
futuro con bases sólidas***

S.E.R. Cardenal CLÁUDIO HUMMES
Prefecto de la Congregación para el Clero

Partiendo siempre del tema de la familia, en esta tarde queremos tratar de los desafíos acerca de la educación cristiana, pero especialmente en aquello que trata sobre la relación con la Escuela, la Parroquia y los Movimientos Familiares. Dentro de ese contexto general, se me ha encargado hablar de un sub tema: «*La educación cristiana como medio para la formación integral de la persona y para la construcción de un futuro con bases sólidas*». Así pues, ocupando la familia el tema principal de nuestra Plenaria, permítanme comenzar con mi testimonio personal.

Nací en el seno de una familia católica profundamente religiosa, en el mundo rural al sur del Brasil. De este modo tuve la grande gracia de recibir una intensa y a la vez profunda educación religiosa. Hoy doy infinitas gracias a Dios por haberme hecho nacer en esa familia católica y religiosa. Éramos una familia numerosa: mis padres tuvieron catorce hijos, dos de los cuales murieron al nacer. Así pues, criaron doce hijos. Yo soy el primero entre los varones, pero tuve dos hermanas mayores, que ya fallecieron. Mis padres murieron ya y actualmente vivimos todavía nueve hermanos.

La vida cotidiana en nuestra familia era una vida de mucho trabajo, pero, sobre todo, era acompañada con la oración en familia y con la mutua convivencia familiar. Todos los días, las tres comidas, por la mañana, a mediodía y por la noche, eran hechas en casa, todos juntos alrededor de la mesa. Era también el momento de la oración, en el desayuno, almuerzo y cena rezábamos el *Angelus*, el Credo, los Actos de fe, esperanza y caridad y el Acto de contrición. Por las noches, antes de acostarnos, cada uno rezaba la «Oración de la noche» arrodillado delante de la cama; en especial, la

oración al Ángel de la guardia. En cierta ocasión tuvimos las «misiones populares» en la Parroquia y un misionero predicó e insistió fuertemente sobre la devoción diaria al rezo del Santo Rosario: En mi familia y durante muchos años se rezó cotidianamente el Santo Rosario después de cenar, mientras las mujeres lavaban los platos. Era mi padre quien presidía el Rosario: Él rezaba la primera parte del Padrenuestro y del Ave María y toda la familia respondía. Los domingos íbamos siempre a la iglesia. Es más, cuando por diversas razones no podíamos ir al templo, nos reuníamos en casa en una especie de oratorio doméstico para rezar el Rosario y otras oraciones: Era mi madre quien presidía cuando ni ella misma no había podido ir a la iglesia. Con gran frecuencia todos íbamos a confesarnos y a participar de la Comunión sacramental. Nosotros veíamos y nos dábamos cuenta de cómo nuestros padres iban a confesarse y a comulgar con gran frecuencia y, consecuentemente, nos animaban a hacer otro tanto.

A partir de los siete años todos los hermanos fuimos inscritos a la escuela primaria y al Catecismo. Durante el tiempo escolar, un maestro daba clases de catecismo, pero cuando el párroco venía a celebrar la Misa en nuestra comunidad, entonces él mismo reunía a los niños y nos daba catecismo. Los padres eran un gran apoyo en la vida escolar, estimulaban y ayudaban en la labor de aprendizaje. Hacían lo mismo con el catecismo. El texto del Catecismo era formulado en preguntas y respuestas. Se debía aprender de memoria las respuestas. Era mi padre quien, en muchas ocasiones, cogía el Catecismo y nos hacía las preguntas, esperando de cada uno de nosotros la respuesta exacta.

Entre los pequeños alumnos de la escuela se escogían algunos para el servicio del altar como monaguillos. Yo lo fui desde los siete años. Más tarde, a los diez, ingresé en el Seminario menor para poder llegar a ser padre franciscano.

En aquellos tiempos, nuestros padres no conocían la ciencia actual de la educación y de la pedagogía. Hoy sabemos que, precisamente hacia los seis años de edad, es cuando quedan grabados en el espíritu y en el corazón del niño los valores, como también, infelizmente, los anti valores. Aquello que se plantó en los primeros seis años de la vida de un niño permanece siempre en su interior y le estimula a seguir aquel camino, a pesar de tener siempre la libertad de obrar en contrario: Estas son las bases más sólidas para la construcción del futuro.

Como es obvio, la situación de las familias ha cambiado mucho en la actualidad. De manera especial en el ambiente urbano, que es eminentemente pluralista y secularizado. Como norma, las familias que viven en ciudad tienen pocos hijos y, además, encuentran grandes dificultades para poder educarlos a causa de factores externos sociales, que inciden e influyen en gran manera en la vida familiar, ya sea a través de los mass media, como también y en sentido no indiferente, en la participación de los niños y de los jóvenes en los ámbitos de la vida escolar y social.

La Iglesia es educadora por vocación. Jesucristo le dio el imperativo de enseñar a todos los pueblos la Verdad (que no es más que El mismo y su mensaje). Por fe sabemos que esta es una de las verdades fundamentales. Cuando se carece de ella, la formación y la educación de la persona humana adolece de profundos perjuicios y resulta incompleta, viciada por errores y desviaciones, que dificultan al ser humano en el descubrimiento del verdadero sentido de su existencia sobre la tierra y de su destino. De ahí nace el porqué de la importancia de la educación religiosa, que debe ser integrada en el contexto de la educación integral de la niñez y de la juventud. Ahora bien, como dije antes, es la familia —sobre todo en la primera infancia— el lugar principal e idóneo para sembrar en el espíritu

y en el corazón de la persona humana las verdades fundamentales y los valores morales esenciales, que van a ser los principios rectores en la vida de cada individuo.

De todo ello nace una lógica conclusión: Las verdades y los valores morales cristianos deben transmitirse a los hijos ya en el seno de la familia, mediante la palabra y el ejemplo. De hecho, es bien sabido que el ejemplo de los padres es determinante, pero exige que ese ejemplo sea expresado también con palabras. Es por ello que la palabra de los padres es siempre necesaria, produciendo sus mejores frutos cuando viene expresada con un diálogo amoroso y, a la vez, exigente.

En nuestro hoy, la Iglesia tiene plena conciencia de su deber de destacar y subrayar el papel educador de la familia, porque actualmente en muchos casos las familias están ausentes de la educación de los hijos. También la Iglesia sabe que esa actividad educadora no puede cerrarse en el ámbito de la vida familiar. De hecho, en la predicha misión de la familia, ésta necesita la ayuda de la Iglesia y, en modo especial, en la Catequesis, como también precisa la ayuda de la escuela y de la sociedad en general, como igualmente el auxilio de otras familias y éstas podrán ejercer mejor esta labor si asociadas o formando parte de Movimientos familiares.

Si por una parte hoy en día se multiplican las dificultades para poder impartir la educación a las jóvenes generaciones, por otra parte y como subraya el Concilio Vaticano II, «Los hombres poseen actualmente una conciencia más madura de su dignidad y de sus responsabilidades» (*Gravissimum Educationis Momentum. Proemio*) y por esta razón buscan con mayor ahínco la educación, la valoran más y la exigen como un derecho fundamental. Al mismo tiempo, «los maravillosos progresos de la técnica y de la búsqueda científica y los nuevos medios de comunicación social

dan la posibilidad (...) de aproximarse más fácilmente al patrimonio cultural y espiritual de la humanidad» (*idem*). Así dice el Concilio: «Todos los seres humanos de cualquier raza, condición o ideología, en virtud de su dignidad de persona humana, tienen el derecho inalienable a la educación (...). La verdadera educación debe promover la formación de la persona humana, sea en vista a su fin último, sea para el bien de los varios grupos de los cuales el hombre es miembro y en los cuales, cuando llegue a ser adulto, tendrá una misión a desarrollar» (*n. 1*) «Los padres tienen el gravísimo deber de educar a la prole; son, por eso, los primeros y principales educadores» (*n. 3*), así propone el Concilio y luego añade: «La familia es por eso la primera escuela de las virtudes sociales de las que todas las sociedades tienen necesidad. Sobre todo, en la familia cristiana (...) los hijos, desde la más tierna edad, deben aprender a conocer a Dios, a amarlo y a venerarlo, como también amar al prójimo (...); también allí hacen la primera experiencia de la sociedad humana y de la Iglesia. En fin, siempre por medio de la familia, los hijos serán introducidos en la comunidad de los hombres y en el Pueblo de Dios» (*n. 3*).

Estas han sido unas pocas consideraciones escogidas para trasmitirlas a los excelentísimos e ilustrísimos Participantes, desde este momento de nuestra Plenaria.

Familia y Parroquia

S.E.R. Cardenal JORGE MARIO BERGOGLIO
Arzobispo de Buenos Aires

Como nos dice Puebla, la parroquia y la familia son «centros evangelizadores de comunión y participación».¹

«Veamos cómo el don maravilloso de la vida nueva se realiza de modo excelente en cada Iglesia particular y también, de manera creciente en la familia, en pequeñas comunidades y en las parroquias. Desde estos **centros de evangelización**, el Pueblo de Dios en la Historia, por el dinamismo del Espíritu y la participación de los cristianos, va creciendo en gracia y santidad. En su seno surgen carismas y servicios».²

En la familia y en la parroquia la persona está en el centro de la vida, de la cultura y de la fe, y lo está, precisamente, en su dimensión comunitaria. Contra los «centros del poder»³ ideológicos, financieros y políticos, nosotros ponemos la esperanza en estos centros del amor, evangelizadores, calidos y solidarios, participativos.

En esta centralidad nos queremos detener. La de ambas instituciones es la centralidad de un espacio siempre abierto a la gracia, un espacio natural y cultural, que en nuestra tierra latinoamericana ha tenido y tiene una particular interrelación. El espacio familiar de la casa y el espacio eclesial de la parroquia han estado estrechamente unidos desde los comienzos de la Evangelización, y aún antes,⁴ y son un espacio común

¹ Cfr. PUEBLA, Parte Tercera: *La evangelización en América Latina*, cap. I. Centros de comunión y participación, 567 ss.

² PUEBLA 565.

³ Cfr. MEDELLÍN 10, PUEBLA 501, 550.

⁴ JUAN PABLO II en su *Mensaje a los indígenas*, 12.10.92, 1, destacaba la valoración de la familia como algo ya muy presente en la vida de nuestros pueblos indígenas (cfr. SANTO DOMINGO 17).

abierto a la gracia, opuestos a las tendencias centrífugas, aislantes y de relaciones fracturadas, propias de la cultura adveniente.⁵ Por eso hablar de esta «centralidad» de la parroquia y de la familia no es hablar de manera formal, con criterios meramente descriptivos y abstractos que ponen a un mismo nivel centros y más centros de comunión y participación. La centralidad de la parroquia y de la familia es vital para la evangelización de nuestra cultura —eminentemente «circular»— y para la inculturación del evangelio, que cuando está bien centrado, en lo suyo específico, es capaz de iluminar y fecundar hasta los confines más periféricos del mundo y de la cultura.

CENTRALIDAD DE LA FAMILIA

La familia es el centro natural de la vida humana, que no es «individual» sino personal-social. Es falsa toda oposición entre persona y sociedad. No existen la una sin la otra. Puede haber oposición entre intereses individuales y sociales o entre intereses «globales» y personales. Pero no entre dos dimensiones que son constitutivas del ser humano: lo personal y lo «familiar-comunitario-social». Por eso la Iglesia medita sobre la familia —base de la vida personal y social—, la promueve en sus valores más hondos y la defiende cuando es atacada o minusvalorada. Por eso la Iglesia trata de mostrar a la mentalidad moderna que **la familia fundada en el matrimonio tiene dos valores esenciales** para toda sociedad y para toda cultura: **la estabilidad y la fecundidad**.⁶ Muchos en las sociedades mo-

⁵ «El influjo del ambiente secularizado ha producido, a veces, tendencias centrífugas respecto de la comunidad y pérdida del auténtico sentido eclesial» (PUEBLA 627).

⁶ Cfr. CARLO MARÍA MARTINI, *Famiglia e politica*, Discorso per la vigilia di s. Ambrogio, 6-12-2000.

dernas tienden a considerar y a defender los derechos del individuo, lo cual es muy bueno. Pero no por eso se debe olvidar la importancia que tienen para toda sociedad —cristiana o no— los roles básicos que se dan sólo en la familia fundada en el matrimonio. Roles de paternidad, maternidad, filiación y hermandad que están en la base de cualquier sociedad y sin los cuales toda sociedad va perdiendo consistencia y se va volviendo anárquica.

Puebla nos habla de la familia como el centro en que «*encuentran su pleno desarrollo*» esas «*cuatro relaciones fundamentales de la persona: paternidad, filiación, hermandad, nupcialidad*». Y, citando a Gaudium et Spes, dice que «*Estas mismas relaciones componen la vida de la Iglesia: experiencia de Dios como Padre, experiencia de Cristo como hermano, experiencia de hijos en, con y por el Hijo, experiencia de Cristo como Esposo de la Iglesia*». Así «*la vida en familia reproduce estas cuatro experiencias fundamentales y las participa en pequeño; son cuatro rostros del amor humano (GS 49)*».⁷

La razón teológica profunda de este «ser familiar» radica en que «*la familia es imagen de un Dios que «en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia*»,⁸ como expresaba Juan Pablo II en una de sus homilías en Puebla. Y por eso la ley de la familia, «*la ley del amor conyugal, es **comunión y participación***,⁹ no

⁷ PUEBLA 583.

⁸ JUAN PABLO II, *Homilía en Puebla 2: AAS 71 p. 184.*

⁹ «En la Eucaristía la familia encuentra su plenitud de **comunión y participación**. Se prepara por el deseo y la búsqueda del Reino, purificando el alma de todo lo que aparta de Dios. En actitud oferente, ejerce el sacerdocio común y participa de la Eucaristía para prolongarla en la vida por el diálogo en que comparte la palabra, las inquietudes, los planes, profundizando así, la comunión familiar. Vivir la Eucaristía es reconocer y compartir los dones que por Cristo recibimos del Espíritu Santo. Es aceptar la acogida que nos brindan los demás y dejarlos entrar en nosotros mismos. Vuelve a surgir el espíritu de la Alianza: es dejar que Dios entre en nuestra

dominación». ¹⁰ La revelación del Dios Trino y Uno que nos anuncia Jesucristo, encuentra en las familias de cada pueblo su mejor interlocutor. ¿Por qué? Porque la familia es el ámbito estable y fecundo de gratuidad y amor donde la Palabra puede ser acogida y rumiada poco a poco y crecer como una semilla que se vuelve árbol grande. ¿Por qué? Porque los roles que interactúan en la familia y que son esenciales para la vida personal y social, son también esenciales en Dios mismo: la vida familiar permite recibir la revelación del amor familiar de Dios de manera inteligible: es la fe que se nos mezcla con la leche materna. ¹¹ Por algo el camino que eligió el mismo Señor para revelarse y salvarnos fue poner su morada en medio de la historia de los hombres en ese centro de comunión y participación, en esa primera Iglesia, que fue la Sagrada Familia de Nazareth.

Poder vivir la integralidad de estas relaciones bási-

vida y se sirva de ella según su voluntad. Aparece, entonces, en el **centro** de la vida familiar la imagen fuerte y suave de Cristo, muerto y resucitado» (PUEBLA 588).

¹⁰ PUEBLA 582.

¹¹ «En el plan de Dios Creador y Redentor la familia descubre no sólo su identidad sino también su misión: **custodiar, revelar y comunicar el amor y la vida**, a través de cuatro cometidos fundamentales (cf. FC 17): *a*) La misión de la familia es vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas que se caracteriza por la unidad y la indisolubilidad. La familia es el lugar privilegiado para la realización personal junto con los seres amados. *b*) Ser “como el santuario de la vida” (CA 39), servidora de la vida, ya que el derecho a la vida es la base de todos los derechos humanos. Este servicio no se reduce a la sola procreación, sino que es ayuda eficaz para transmitir y educar en valores auténticamente humanos y cristianos. *c*) Ser “célula primera y vital de la sociedad” (FC 42). Por su naturaleza y vocación la familia debe ser promotora del desarrollo, protagonista de una auténtica política familiar. *d*) Ser “Iglesia doméstica” que acoge, vive, **celebra y anuncia la Palabra de Dios**, es santuario donde se edifica la santidad y desde donde la Iglesia y el mundo pueden ser santificados (cf. FC 55).

cas centra el corazón de la persona y le permite expandirse hacia el exterior de manera sana y creativa. No es posible formar pueblo, sentirse prójimo de todos, tener en cuenta a los más alejados y excluidos, abrirse a la trascendencia, si en el corazón de uno están fracturadas estas relaciones básicas. Desde esta centralidad amorosa de la familia puede el hombre crecer y amar abriéndose a todas las periferias,¹² no solo a las sociales sino también a las de su propia existencia, allí donde comienza la adoración del Dios siempre más grande.

CENTRALIDAD DE LA PARROQUIA

Cuando Puebla destaca «el gran sentido de familia» que tienen nuestros pueblos,¹³ o cuando Santo Domingo nos dice que «La parroquia, comunidad de comunidades y movimientos, acoge las angustias y esperanzas de los hombres, anima y orienta la comunión, participación y misión», y que «La parroquia no es

¹² «Podemos visitar en toda América Latina “casas donde no falta el pan y el bienestar pero falta quizás concordia y alegría; casas donde las familias viven más bien modestamente y en la inseguridad del mañana, ayudándose mutuamente a llevar una existencia difícil pero digna; pobres habitaciones en las **periferias** de vuestras ciudades, donde hay mucho sufrimiento escondido aunque en medio de ellas existe la sencilla alegría de los pobres; humildes chozas de campesinos, de indígenas, de emigrantes, etc.” (JUAN PABLO II, Homilía Puebla, 4. AAS LXXI p. 186). Concluiremos subrayando que los mismos hechos que acusan la desintegración de la familia, “terminan por poner de manifiesto, de diversos modos, la auténtica índole de esa institución” (GS 47), “que no fue abolida ni por la pena del pecado original ni por el castigo del diluvio” (Liturgia del Matrimonio), pero que sigue padeciendo por la dureza del corazón humano (cf. Mt. 19,8)” (PUEBLA 581).

¹³ «En el gran sentido de familia que tienen nuestros pueblos, los Padres de la Conferencia de Medellín vieron un rasgo primordial de la cultura latinoamericana». Cf. JUAN PABLO II, *Homilía en Puebla 2*: AAS 71 p. 184 (PUEBLA 570).

principalmente una estructura, un territorio, un edificio», ella es «la familia de Dios, como una fraternidad animada por el Espíritu de unidad»,¹⁴ no están hablando de una familia y una parroquia abstractas, sino de la familia y la parroquia latinoamericanas en las que está sembrada la fe en Jesucristo y desde estos centros sigue iluminando y dando vida.

La centralidad de la parroquia, como lugar privilegiado de comunión y participación,¹⁵ tiene, en América Latina, una característica histórica especialísima. La vida social misma de nuestro continente se fue gestando «parroquialmente». Con la parroquia que centra la ciudad recién fundada o conquistada y con la parroquia que crea la ciudad misma allí donde no había centro alguno. Cuando San Roque González de Santa Cruz se adentra en la selva misionera para ir congregando a las tribus dispersas de indios cuenta lo siguiente: «lo que fue de mucha admiración es que los Indios levantaron una cruz delante de la iglesia (pequeñísima choza de barro que hicieron los misioneros con sus manos); y habiéndoles dicho la razón por que los cristianos la adoramos, nosotros y ellos la adoramos todos de rodillas; y aunque es la última que hay en estas partes, espero en nuestro Señor que ha de ser principio de que se levanten otras muchas».¹⁶

La gestación política y económica de América Latina fue dramática y tuvo sus luces y sombras, como

¹⁴ SANTO DOMINGO 58.

¹⁵ «Además de la familia cristiana, **primer centro de evangelización**, el hombre vive su vocación fraterna en el seno de la Iglesia Particular, en comunidades que hacen presente y operante el designio salvífico del Señor, vivido en comunión y participación. Así, dentro de la Iglesia Particular, hay que considerar las **parroquias**, las Comunidades Eclesiales de Base y otros grupos eclesiales (PUEBLA 617).

¹⁶ Cartas annuas del P. Roque González 1615 (s.d.), Edic. en *Documentos para la historia Argentina*, vol. 20, Buenos Aires, 1929, p. 25.

dice Puebla.¹⁷ Hubo poblamiento y mestizaje pacíficos y conquista y dominación con diversos grados de violencia. Sin embargo, en **ese gesto « parroquial »** que describe San Roque, en que los indios mismos plantan la Cruz frente a la capilla y todos, indios y misioneros, se arrodillan para adorarla juntos, está sembrada y acogida la semilla de la fe en torno a la cual se centra la vida espiritual de América latina y de los pueblos del Caribe. **El centro espacial y temporal en torno al cual se comienzan a gestar los pueblos y ciudades es la Cruz**, no el monolito del dominador; es la capilla, antes o al mismo tiempo que el cabildo y, por supuesto, mucho antes que los bancos. Así, la historia del pueblo de Dios en nuestras tierras se ha ido tejiendo y gestando en torno a la parroquia, ese centro espiritual que ponía a todos sus hijos como iguales ante el Padre Dios. El nombre de cada uno de nuestros pueblos y ciudades, aunque luego vaya cambiando y perdiendo partes, se esconde en las capillas e iglesias dedicadas al Señor, a nuestra Señora y a los santos patronos tutelares de cada lugar.

La estrecha relación inicial entre las familias y la parroquia **sigue estando presente** en los pueblos pequeños del interior de nuestros países, y también en el **imaginario** del pueblo fiel de Dios que muchas veces,

¹⁷ «La generación de pueblos y culturas es siempre dramática; envuelta en luces y sombras. La evangelización, como tarea humana, está sometida a las vicisitudes históricas, pero siempre busca transfigurarlas con el fuego del Espíritu en el camino de Cristo, **centro** y sentido de la historia universal, de todos y cada uno de los hombres. Acicateada por las contradicciones y desgarramientos de aquellos tiempos fundadores y en medio de un gigantesco proceso de dominaciones y cultura, aún no concluido, la Evangelización constituyente de América Latina es uno de los capítulos relevantes de la historia de la Iglesia. Frente a las dificultades tan enormes como inéditas, respondió con una capacidad creadora cuyo aliento sostiene viva la religiosidad popular de la mayoría del pueblo» (PUEBLA 6).

en las grandes ciudades que han crecido sin planificación, el único centro visible suele ser la capilla parroquial. Nuestros grandes santuarios, son, innegablemente, centros espacio-temporales donde nuestro pueblo fiel se aúna y se recentra una vez al año en cada peregrinación y cada familia en sus tiempos fuertes particulares.

Así como la familia es el espacio cultural-natural abierto a la fe, la parroquia —de manera particular en América latina y el Caribe— es un espacio cultural-histórico abierto a la fe. Creo que la pastoral de los santuarios —con su acogida y apertura a todos, con la gratuidad y facilitación de los sacramentos, con el clima de fiesta y de hermandad que reina en ellos— tienen mucho que enseñar a cada parroquia, que no debe entrar en competencia con otros tipos de movimientos y de comunidades sino buscar ser el espacio común para todos. Esto implica despojo y actitud de servicio y de siembra, más allá de todo deseo de control.

FRUTOS DE CONTEMPLAR ESTA CENTRALIDAD

¿Por qué nos hace bien contemplar la familia y la parroquia en su centralidad? Porque, como decíamos, la centralidad de la familia y de la parroquia —especialmente en nuestras tierras— es una centralidad concreta, histórica, situada, una centralidad común que le ha abierto espacio a la gracia y ha gestado una cultura evangelizada y una manera de vivir el evangelio inculurada. Estas instituciones aseguran a nuestros pueblos un lugar de promoción y servicio que otras instituciones no pueden cuidar.¹⁸ La centralidad hace a la cultu-

¹⁸ «Se debe insistir en una opción más decidida por la pastoral de conjunto, especialmente con la colaboración de las comunidades religiosas, promoviendo grupos, comunidades y movimien-

ra y nuestra fe es una fe que se incultura. Y para inculturarse bien y profundamente, la fe entra en comunión con esos centros en los que la cultura se gesta, se alimenta, se inculca en los corazones y se vuelve instituciones. Por ello, para ser lo que son, verdaderos «centros» de comunión y participación, la familia y la parroquia deben cuidar y cultivar las gracias constitutivas que reciben constantemente de la propia naturaleza y del Espíritu. Quisiera destacar **dos gracias** —entre tantísimas como da el Señor— que encuentran un lugar insustituible en la familia y la parroquia. **Una hace a la verdad y la otra al amor.**

ESPACIOS ABIERTOS A LA PALABRA

La familia y la parroquia son el lugar donde la palabra es verdadera, donde la verdad no solo es develamiento sino también fidelidad.

La familia es, naturalmente, el lugar de la palabra. La familia se constituye con las palabras fundamentales del amor, el sí quiero, que establece alianza entre los esposos para siempre. En la familia el bebé se abre al sentido de las palabras gracias al cariño y a la sonrisa materna y paterna y se anima a hablar. En la familia la palabra vale por la persona que la dice y todos tienen voz, los pequeños, los jóvenes, los adultos y los ancianos. En la familia la palabra es digna de confianza porque tiene memoria de gestos de cariño y se proyecta en nuevos y cotidianos gestos de cariño. Podemos sintetizar nuestras reflexiones diciendo que la familia es el lugar de la palabra porque esta centrada en el amor. Las palabras dichas y escuchadas en la familia no pasan si-

tos; animándolas en un esfuerzo constante de comunión, haciendo de la Parroquia **el centro de promoción y de servicios que las comunidades menores no pueden asegurar**» (PUEBLA 650).

no que giran siempre alrededor del corazón, iluminándolo, orientándolo, animándolo. El consejo paterno, la oración aprendida leyendo los labios maternos, la confianza fraterna, los cuentos de los abuelos... son palabras que constituyen el pequeño universo centrado en cada corazón.

La parroquia es también lugar de la Palabra. Lo es desde que la Palabra, que se hizo carne en la familia de Nazareth, quiso también abrirse a la comunidad grande leyendo la palabra en la sinagoga de Nazareth. La parroquia es y debe ser el ámbito en el que la riqueza insondable de la Palabra que habita en la Iglesia se vuelve comprensible en la vida cotidiana de cada pueblo, de cada comunidad. La parroquia es de los pocos lugares en que los papás pueden ir con sus hijos a escuchar una misma palabra. En la escuela, los padres dejan a sus hijos. En la Eucaristía dominical, pueden ir juntos y ser iluminados por una misma Palabra. Los demás ámbitos de la palabra —los «medios»— son eso: medios. En la familia y en la comunidad parroquial la Palabra es Vida gesto, coherencia, amor expresado, verdad vivida, fidelidad segura.¹⁹

ESPACIOS ABIERTOS AL AMOR

La otra gracia hace al amor y tiene que ver con la aceptación del otro, gratuita, perdonadora, creativa. Tiene que ver con la inclusión de todos.²⁰ La familia y

¹⁹ «Esta Evangelización tendrá fuerza renovadora en la fidelidad a la Palabra de Dios, **su lugar de acogida en la comunidad eclesial**, su aliento creador en el Espíritu Santo, que crea en la unidad y en la diversidad, alimenta la riqueza carismática y ministerial y se proyecta al mundo mediante el compromiso misionero» (SANTO DOMINGO 27).

²⁰ «La vida de comunión de los discípulos de Jesucristo es un don que muestra su unidad a través de **la diversidad y pluralidad**

la parroquia son el lugar del cobijo, de la comunión en el amor profundo, más que en determinadas costumbres que cambian constantemente.

Muchas veces los padres se angustian cuando sienten que los hijos no comulgan con sus valores. Lo cual puede ser cierto a un determinado nivel: la sociedad actual brinda a las personas muchísimas cosas que antes brindaba la familia (y la escuela) y que ahora se adquieren por otros medios. Pero la centralidad de la familia, el cobijo de la puerta que se abre a la intimidad, la alegría sencilla de la mesa familiar, el lugar donde uno se cura de sus enfermedades y descansa, donde puede mostrarse y ser aceptado como es, esos valores siguen vigentes y son vitales para todo corazón humano. Las cuatro relaciones de las que hablábamos constituyen la familia, son «el valor fundante» de todos los demás valores. Y se pueden cultivar tanto traduciéndolos en ritos y costumbres aceptados por toda la sociedad (como sucedía en ambientes culturales anteriores) como en contraposición con la ausencia de ellos en ese «afuera» que puede ser tan fascinante en muchos aspectos pero que carece de la calidez de estas relaciones básicas.

De la misma manera, la parroquia, sigue siendo centro de la vida profunda de nuestro pueblo, aunque las estadísticas muestren que decrece la participación en ciertos ritos o costumbres. La gente sigue valorando

de las naciones, lenguas, razas y costumbres: recordando que es imagen del Dios Uno y Trino. Cuando en la Iglesia se vive el amor, las diferencias nunca dividen, sino que enriquecen la unidad, centrada en torno al Papa, sucesor de san Pedro y Pastor de la Iglesia universal. Se expresa en la Iglesia particular, en torno al Obispo, y tiene su vivencia habitual en la parroquia y sus comunidades; sin olvidar la familia, “Iglesia doméstica”, lugar en que vivimos y aprendemos, por vez primera, la gratuidad del amor y la alegría de la comunión» (Documento Previo a la V Conferencia del Episcopado de Latinoamérica y el Caribe n° 71).

si la parroquia cultiva esas relaciones básicas de la familia: si le bautizamos los chicos, si bendecimos los matrimonios, si visitamos los enfermos y acompañamos a las familias cuando entierran a sus muertos, si acogemos a los pobres como hermanos, si tenemos la puerta abierta como el Padre misericordioso para todos los hijos, pródigos y cumplidores. La parroquia iguala porque lleva el centro de la vida eclesial a todas las periferias: las de la pobreza y la marginalidad, las de la lejanía de los grandes centros de vida política, económica y social, y las periferias existenciales, las del nacimiento y la muerte, las del pecado y la gracia.

EL DESAFÍO ACTUAL DE LA EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA Y LA INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO

El desafío que se nos presenta actualmente para la Nueva evangelización de la cultura y la inculturación del evangelio, lo expresaría así: es el desafío de **recentrarnos** en Cristo y en nuestra cultura —en nuestras culturas— para llegar a todas las periferias. No se trata de «prescindir de la primera evangelización», ni de «predicar un evangelio diferente», ni de que la anterior haya sido poco fecunda... sino de responder a los nuevos desafíos de la cultura actual.²¹

²¹ «La Nueva Evangelización tiene como punto de partida la certeza de que en Cristo hay una “inescrutable riqueza” (Ef 3,8), que no agota ninguna cultura, ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos» (JUAN PABLO II, *Discurso inaugural*, 6). Hablar de Nueva Evangelización es reconocer que existió una antigua o primera. Sería impropio hablar de Nueva Evangelización de tribus o pueblos que nunca recibieron el Evangelio. En América Latina se puede hablar así, porque aquí se ha cumplido una primera evangelización desde hace 500 años” (SANTO DOMINGO 24).

Hace un año, en una charla en Alemania, el Cardenal Errázuriz decía que el centro de la Conferencia General no era, «*en primer lugar, un gran programa: la nueva Evangelización, la cultura cristiana o la promoción humana*». Sino que:

*«Esta Conferencia General se centra en aquella persona bautizada que va a gestar la cultura cristiana, que va a ser evangelizadora y que va a promover a sus hermanos, sobre todo a los más marginales. Es una nueva perspectiva en la línea de la educación de la fe. Se trata de ser y formar discípulos y misioneros de Jesucristo».*²²

Quisiera situar esta persona, a este «Discípulo y misionero de Jesucristo», que deseamos que salga a evangelizar «para que nuestros pueblos en Él tengan vida», dentro del marco que nos sugería Juan Pablo II al inicio de Santo Domingo:

*«Al preocupante fenómeno de las sectas hay que responder con una acción pastoral que ponga en el **centro de todo a la persona, su dimensión comunitaria y su anhelo de una relación personal con Dios.** Es un hecho que allí donde la presencia de la Iglesia es dinámica, como es el caso de las **parroquias** en las que se imparte una asidua formación en la Palabra de Dios, donde existe una liturgia activa y participada, una sólida piedad mariana, una efectiva solidaridad en el campo social, una marcada solicitud pastoral por la **familia**, los jóvenes y los enfermos, vemos que las sectas o los movimientos para-religiosos no logran instalarse o avanzar».*²³

Es inspirador el remedio que discierne el Papa contra la acción disolvente de las sectas: **poner en el**

²² Conferencia en Alemania del Cardenal Errázuriz, Presidente del Celam, donde hace referencia a la preparación de la V Conferencia Königstein, 2 de diciembre de 2005.

²³ Santo Domingo, *Discurso inaugural del Santo Padre* n° 6.

centro de todo a la persona en su dimensión comunitaria y de apertura a lo trascendente. Por eso es que vemos el remedio que propone Juan Pablo II no sólo como apropiado contra las sectas sino también para hacer frente a un aspecto de la globalización que tiende a disolver valores e instituciones intermedias para tratar a las personas como individuos aislados, más fáciles de manipular, tanto para el consumo como para la política clientelista. Contra este peligro, la parroquia y la familia son ámbitos comunitarios privilegiados de la relación entre persona, cultura y fe.

CENTRARNOS EN NUESTROS NÚCLEOS CULTURALES

Frente a la « crisis cultural de proporciones insospechadas » en la que vivimos, frente al quiebre de la relación entre valores evangélicos y cultura,²⁴ Juan Pablo II nos ilumina apuntando a una evangelización que vaya a los **núcleos** culturales:

*« En nuestros días se hace necesario un esfuerzo y un tacto especial para inculturar el mensaje de Jesús, de tal manera que los valores cristianos puedan transformar los diversos **núcleos culturales**, purificándolos, si fuera necesario, y haciendo posible el afianzamiento de una cultura cristiana que renueve, amplíe y unifique los valores históricos pasados y presentes, para responder así en modo adecuado a los desafíos de nuestro tiempo (cfr. *Redemptoris missio*, 52) ».*²⁵

²⁴ Cita aquí a Pablo VI: « La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que haya que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva » (*Evangelii nuntiandi*, 20) .

²⁵ Santo Domingo, *Discurso inaugural del Santo Padre*, n° 21.

Seguidamente Juan Pablo II explicita esto de llegar a los núcleos culturales mostrando que al evangelización de la cultura no tiene nada de adaptación meramente **externa**, sino que va a lo profundo, allí donde se gestan los procesos culturales de los pueblos, a su mentalidad honda y arraigada.²⁶ Y esta mentalidad necesita un espacio más amplio y más duradero que el que puede proporcionarle cada conciencia individual. De ahí la importancia de la familia y la parroquia: ámbitos donde los valores históricos y presentes de nuestra cultura y de nuestra fe pueden afianzarse, renovarse, ampliarse y unificarse.

CIRCULARIDAD DE NUESTRA CULTURA

Es que el centro es un constitutivo hondo de nuestra cultura latinoamericana, marcadamente «circular». Ayuda tener esto en cuenta para poder pensar bien muchas cosas que no se entienden desde una concepción racionalista lineal, que considera el progreso como abandono del centro, como surgimiento de cosas nuevas que nada tienen que ver con las antiguas. Esta mentalidad se hace patente en el fastidio con que algunos sienten que «no avanzamos», que «el pasado vuelve,

²⁶ «La evangelización de la cultura es un esfuerzo por comprender las mentalidades y las actitudes del mundo actual e iluminarlas desde el Evangelio. Es la voluntad de llegar a todos los niveles de la vida humana para hacerla más digna» (*Discurso al mundo de la cultura*, Lima, 15 de mayo 1988, 5). Pero este esfuerzo de comprensión e iluminación debe estar siempre acompañado del anuncio de la Buena Nueva (cf. *Redemptoris missio*, 46), de tal manera que la penetración del Evangelio en las culturas **no sea una simple adaptación externa, sino un proceso profundo y global** que abarque tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia (*Ibid.*, 52), respetando siempre las características y la integridad de la fe (Santo Domingo, *Discurso inaugural del Santo Padre* n° 22).

con sus fantasmas y malas costumbres antiguas» (como si las nuevas fueran a ser mejores por el solo hecho de ser nuevas). La cultura y la fe latinoamericanas se han gestado y están profundamente centradas en torno a centros concretos de «comunidad y participación»: centros espaciales, como los santuarios, centros temporales, como son las grandes fiestas en los que la comunidad y la participación alcanzan su mayor esplendor. Nuestro pueblo avanza y peregrina en el tiempo y la geografía en torno a estos centros grandes, mientras que «habita» los centros más pequeños como son la familia y la parroquia. De allí que cuidarlas, promoverlas, reflexionar sobre su sentido y valorar las gracias de estos centros, equivalga a cuidar, promover y valorar nuestra cultura y nuestra fe mismas en cuanto tales.

EL CENTRO COMO CONDICIÓN DE ESTABILIDAD Y DE FECUNDIDAD

Sabemos que la cultura y las diferentes culturas se van gestando desde el modo de centrarse que tienen los pueblos —para de allí expandirse— en torno a sus valores los más cotidianos, los estéticos y los ético-políticos y los valores trascendentes. Cada cultura se centra primero en el espacio allí donde su geografía posibilita mejor el trabajo que puede desarrollar para la vida que desea. Cada cultura se centra luego en el tiempo, ritmando la vida con sus expansiones y concentraciones de acuerdo a las estaciones, al clima, al trabajo, la fiesta y el descanso, de acuerdo a las creencias de cada pueblo. Este centrarse es espiritual, pero no en sentido restrictivo, sino precisamente, en el sentido en que el espíritu centra todo lo humano, alma y cuerpo, persona y sociedad, cosas y valores, momentos e historia... todo.

Cada pueblo va transformando los lugares y tiempos que encuentra y los va configurando de acuerdo a

su espíritu, a lo que desea, a lo que recuerda y a lo que proyecta. Y este centrarse lo va haciendo, no individualmente, sino en familia, en comunidad de familias —parroquia—, en pueblos... El centrarse es condición necesaria para que una cultura se geste y viva, pues hace a su estabilidad y a su fecundidad.

CENTRARNOS EN JESUCRISTO

Juan Pablo II corona su mensaje con una hermosísima exhortación a volver la mirada a nuestro centro. Le dice a América Latina y a los pueblos del Caribe, como si le hablara a nuestra Señora:

«Lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». ¡Sé fiel a tu bautismo, reaviva en este Centenario la inmensa gracia recibida, vuelve tu corazón y tu mirada al centro, al origen, a Aquel que es fundamento de toda dicha, plenitud de todo! ¡Abrete a Cristo, acoge el Espíritu, para que en todas tus comunidades tenga lugar un nuevo Pentecostés! Y surgirá de ti una humanidad nueva, dichosa; y experimentarás de nuevo el brazo poderoso del Señor, y «lo que te ha dicho el Señor se cumplirá». Lo que te ha dicho, América, es su amor por ti, es su amor por tus hombres, por tus familias, por tus pueblos. Y ese amor se cumplirá en ti, y te hallarás de nuevo a ti misma, hallarás tu rostro, «te proclamarán bienaventurada todas las generaciones» (Lc 1,48).²⁷

Vemos así que el desafío de anunciar a Jesucristo a nuestros pueblos —no a individuos aislados—, para que en El tengan vida —una vida plena, en todas las dimensiones de sus culturas—, conlleva una tarea de re-centramiento. Re-centrarnos en un Jesucristo que ya habita en el centro de nuestra cultura y que viene a nosotros, siempre nuevo, desde ese centro. Esta con-

²⁷ *Ibid.*, n. 31.

templación que siempre se recentra en un Cristo vivo que habita en medio de su pueblo fiel, nos libra de las tentaciones lineales y abstractas que piensan que el evangelio hay que reciclarlo: unos, en un taller de restauraciones, otros, en diferentes laboratorios de utopías.²⁸ Recentrarnos es tener el coraje de recordar, llegando hasta las periferias más antiguas del pasado de todas nuestras culturas, para reconocer allí —con memoria agradecida— la presencia del Espíritu. Recentrarnos es tener el coraje de arrojarnos a las periferias del futuro confiados en la esperanza de que el Señor viene a nosotros, lleno de gloria y poder.

Roma, 18 de enero de 2007.

²⁸ J. M. BERGOGLIO s.j., *Meditaciones para religiosos*, Ed. Diego de Torres, Bs. As., 1982, pp. 54-55.

Familia y Escuela

S.E.R. Cardenal ZENON GROCHOLEWSKI
Prefecto de la Congregación para la Educación Católica

Como ha sido relevado en el documento del CELAM, «*Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*», en el Documento de participación, 2005, y también en las actas del XX Congreso de la Confederación Interamericana de Educación Católica (CIEC), «*Al Encuentro con la familia*», Santiago de Chile, 2004, entre los fenómenos que caracterizan el momento presente del continente latinoamericano podemos señalar:

– *La bajada del número de los católicos.* En algunos países llega al 10 %. Aumenta la increencia, sobre todo entre los jóvenes. Al mismo tiempo crecen las sectas y se difunde la convicción de que tanto vale una religión como otra.

– La cada vez más persuasiva *secularización* aleja al hombre de la búsqueda de la verdad y lo confina en las entrañas del relativismo y el agnosticismo.

– La globalización de los contravalores que está provocando una *fuerte alteración en la identidad cultural* de los pueblos latinoamericanos de amplias raíces cristianas. En particular podemos mencionar: el valor sagrado de la vida y la manipulación del matrimonio y la familia bajo el falso pretexto de una libertad y modernidad que acaban, en realidad, destruyendo valores fundamentales para la sociedad. En efecto, las familias se han convertido en instituciones inestables, con la consecuente pérdida de su capacidad educativa. De tal modo, la educación pasa de la familia a los “*media*”.

– La persistencia, e incluso, el *crecimiento de la pobreza* es otro fenómeno que tiene entre sus víctimas, sobre todo, a las familias y a los niños. A este respecto,

son impresionantes los datos que proporciona la UNICEF según los cuales en América Latina el 20 % de los niños menores de 15 años se debe buscar la vida por su cuenta, ya sea porque carecen de familia, o bien, porque éstas no pueden soportar su mantenimiento. Unos diez millones de niños son utilizados para el tráfico de menores, en trabajos duros, en la prostitución y pornografía y en otras actividades ilícitas. Con gran amargura se debe constatar el aumento de los casos de embarazo de adolescentes, el consumo de la droga y el alcohol, así como también, la violencia en las escuelas.

– Existe una *carencia de convicciones éticas* entre quienes ocupan cargos de poder en la construcción de la sociedad. Ello conlleva la consecuente difusión de la corrupción a todos los niveles.

En esta situación, son particularmente preocupantes algunas reformas de la educación que en diversas naciones latinoamericanas se encuentran actualmente en discusión, o bien, ya han sido aprobadas. Se trata de reformas que — como resulta de las informaciones de la Agencia “*Fides*” (octubre 2006)¹ — denotan una

¹ Según tales informaciones: en *Bolivia*, el diseño de Ley sobre la Educación contiene una visión de la educación totalitaria. El Estado se convierte en el patrón de la educación, se quiere quitar a los padres la responsabilidad de educar a los hijos y el derecho de escoger el tipo de educación adecuada para ellos. En *Venezuela*, el nuevo proyecto de Ley Orgánica sobre la Educación (PLOE) prevee la figura del Estrado docente, una educación laica, en el sentido de educación atea, una organización única de los alumnos a todos los niveles y modalidades. Hay, además, propuestas de anulación de la educación religiosa escolar. En *Argentina*, un proyecto de educación sexual, próximo a ser aprobado, viola el derecho natural de los padres. En la propuesta presentada por el gobierno nacional para reformar la Ley sobre la Educación se tiende a modificar el espíritu de la actual en relación al respeto de la libertad de enseñanza, el papel subsidiario del Estado, la apertura de los contenidos a

antropología reductiva, tienden a dificultar, e incluso a eliminar la enseñanza de la religión en las escuelas, o también arrebatarse a los padres la responsabilidad de educar a los hijos y el derecho de escoger el tipo de educación adecuada para ellos. El Estado pretende apropiarse la educación en modo exclusivo, violando de esta manera los derechos de los padres y desnaturalizando el papel que tiene en el campo de la educación.

Frente a esta situación es necesario sobre todo: 1. reafirmar con fuerza el derecho y el deber primario de los padres a la educación de los propios hijos; y 2. tener presente el papel del Estado y de la Iglesia y, por consiguiente, de la escuela en esta materia. Quisiera remarcar, en tercer lugar, la importancia de la colaboración de los padres católicos con la escuela.

1. EL DERECHO Y DEBER PRIMARIO DE LOS PADRES

a) El Código de Derecho Canónico afirma: «Los padres tienen la obligación gravísima y el derecho primario de cuidar, en la medida de sus fuerzas, de la educación de la prole, tanto física, social y cultural como moral y religiosa» (can. 1136).

No se trata, en todo caso, de una norma de derecho positivo, pero el canon expresa lo que es de derecho natural. El Papa Benedicto XVI lo ha ratificado ante un grupo de políticos europeos, remarcando que en la tutela y promoción de la dignidad de la persona humana existen «principios no negociables». Entre

los valores trascendentes. En *Chile*, la Conferencia Episcopal, en el análisis de la realidad nacional, ha reafirmado tres principios para un auténtico progreso humano y social: la vida, la familia y la educación con la protección del derecho de los padres a educar los propios hijos. En *Colombia*, la Conferencia Episcopal ha afirmado los mismos tres principios. Para la educación se está a la espera del decreto a favor de la educación religiosa.

estos principios ha indicado tres: la «tutela de la vida en todas sus fases», el «reconocimiento y promoción de la estructura natural de la familia, como unión entre un hombre y una mujer basada en el matrimonio», y la «tutela del derecho de los padres a educar a sus propios hijos». «Estos principios — ha afirmado el Papa — no son verdades de fe, aunque reciban de la fe una nueva luz y confirmación. Están inscritos en la misma naturaleza humana y, por tanto, son comunes a toda la humanidad. La acción de la Iglesia en su promoción no es, pues, de carácter confesional, sino que se dirige a todas las personas, prescindiendo de su afiliación religiosa. Al contrario, esta acción es tanto más necesaria cuanto más se niegan o tergiversan estos principios, porque eso constituye una ofensa contra la verdad de la persona humana, una grave herida causada a la justicia misma».²

Respecto a la naturaleza del deber-derecho de los padres, la Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* de Juan Pablo II (22 noviembre 1981) afirma que ello «se califica como *esencial*, relacionado como está con la transmisión de la vida humana; como *original* y *primario*, respecto al deber educativo de los demás, por la unicidad de la relación de amor que subsiste entre padres e hijos; como *insustituible e inalienable* y que, por consiguiente, no puede ser totalmente delegado o

² BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en unas jornadas de estudio sobre Europa organizadas por el Partido Popular Europeo*, 30 de marzo de 2006. Ya en la Encíclica *Casti Connubii* (31 diciembre 1930) de Pío XI se lee: «Y está bien claro, según lo exigen Dios y la naturaleza, que este derecho y obligación de educar a la prole pertenece, en primer lugar, a quienes con la generación incoaron la obra de la naturaleza, estándoles prohibido el exponer la obra comenzada a una segura ruina, dejándola imperfecta» (n. 8). En la Encíclica *Divini illius Magistri* (31 diciembre 1929) del mismo Papa, viene ratificado que la familia es depositaria de un derecho antecedente en materia educativa respecto al Estado, tal derecho es inviolable e inalienable (cf. n. 31).

usurpado por otros» (n. 36 b). Es más, este mismo documento afirma categóricamente: «Debe asegurarse absolutamente el derecho de los padres a la elección de una educación conforme con su fe religiosa» (n. 40 c).

b) También el derecho internacional tutela la responsabilidad de la familia en la educación de los hijos. La *Declaración universal de los derechos del Hombre* (1948), reconociendo la educación como un derecho fundamental de cada hombre, afirma que «los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos».³ El mismo reconocimiento se encuentra presente en la *Declaración de los derechos del niño* de las Naciones Unidas del 1959.⁴

En el derecho internacional se da también el importante reconocimiento de la libertad de elección de los padres para la formación de sus hijos. En la *Convención UNESCO del 1960*, concerniente a la *Lucha contra la discriminación en el ámbito de la enseñanza*, viene reconocido el derecho de los padres a inscribir a sus hijos en institutos de formación diferentes de los públicos y a darles la educación religiosa y moral correspondiente a sus propias convicciones. Toca al Estado regular el ejercicio de estos derechos, estableciendo las garantías mínimas; en todo caso, la autoridad pública también deberá evitar introducir una normativa que obligue de hecho a las personas o grupos a recibir una formación religiosa incompatible con sus ideas.

También en el *Pacto Internacional sobre los derechos económicos, sociales y culturales*, adoptado por la ONU en el 1966, se afirma de forma inequívoca el de-

³ NACIONES UNIDAS, *Declaración universal de los derechos humanos*, art. 26 § 3.

⁴ NACIONES UNIDAS, *Declaración de los derechos del niño*, art. 7 § 2: «el interés superior del niño debe ser el principio rector de quienes tienen la responsabilidad de su educación y orientación; dicha responsabilidad incumbe, en primer término, a sus padres».

recho de los padres a enviar a los hijos a la escuela que imparta una educación conforme a sus convicciones. No sólo se pide el pluralismo en la escuela, sino que también se contempla explícitamente el pluralismo de las escuelas.

La Convención Americana sobre los derechos humanos (*Pacto de San José de Costa Rica*) del 1969 proclama que «Los padres, y en su caso los tutores, tienen derecho a que sus hijos o pupilos reciban la educación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones».⁵

2. EL PAPEL DE LA ESCUELA

Evidentemente el ejercicio de este deber-derecho de los padres, es decir, de la familia, pide también la intervención de otros sujetos como la Iglesia y el Estado.

Su papel, sin embargo, está determinado por el principio de subsidiariedad. Lo explica muy bien la *Carta a las Familias* de Juan Pablo II (2 febrero 1994): «Los padres son los primeros y principales educadores de sus propios hijos, y en este campo tienen incluso una competencia fundamental: son educadores por ser padres. Comparten su misión educativa con otras personas e instituciones, como la Iglesia y el Estado. Sin embargo, esto debe hacerse siempre aplicando correctamente el principio de subsidiariedad». El principio de subsidiariedad — prosigue Juan Pablo II — «implica la legitimidad e incluso el deber de una ayuda a los padres, pero encuentra su límite intrínseco e insuperable en su derecho prevalente y en sus posibilidades efectivas. El principio de subsidiariedad, por tanto, se pone al servicio del amor de los padres, favoreciendo el bien del núcleo familiar. En efecto, los

⁵ Convención Americana sobre los derechos humanos (*Pacto de San José de Costa Rica*), 22 noviembre 1969, art. 12 § 4.

padres no son capaces de satisfacer por sí solos las exigencias de todo el proceso educativo, especialmente lo que atañe a la instrucción y al amplio sector de la socialización. La subsidiariedad completa así el amor paterno y materno, ratificando su carácter fundamental, porque cualquier otro colaborador en el proceso educativo debe actuar en nombre de los padres, con su consentimiento y, en cierto modo, incluso por encargo suyo».⁶

Quisiera indicar las tres principales consecuencias de este principio:

a) *La Iglesia, los Obispos, todos los católicos, deben reivindicar frente al Estado el derecho de los padres a escoger el tipo de educación que corresponde a sus propias convicciones y, por tanto, también el derecho de fundar escuelas católicas, sin ser discriminadas desde el punto de vista económico.*

Los documentos conciliares resaltan que el deber de los poderes públicos no es el de monopolizar la cultura, sino el de «fomentar las condiciones y los medios para promover la vida cultural entre todos aun dentro de las minorías de alguna nación».⁷ Por tanto, como afirma la Declaración *Gravissimum educationis*, «es preciso que los padres, cuya primera e intransferible

⁶ JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, 2 de febrero de 1994, n. 16 h. Estos conceptos han sido expresados también en la *Carta de los derechos de la familia* (22 octubre 1983), presentada por la Santa Sede a la Comunidad internacional: «La familia tiene derecho a la asistencia de la sociedad en lo referente a sus deberes en la procreación y educación de los hijos. Las parejas casadas con familia numerosa tienen derecho a una ayuda adecuada y no deben ser discriminadas», art. 3 c. Además, una tal asistencia completa la obra de los padres, sin sustituirla: «Por el hecho de haber dado la vida a sus hijos, los padres tienen el derecho originario, primario e inalienable de educarlos; por esta razón ellos deben ser reconocidos como los primeros y principales educadores de sus hijos», art. 5.

⁷ CONC. VAT. II, Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, n. 59.

obligación y derecho es el de educar a los hijos, tengan absoluta libertad en la elección de las escuelas. El poder público, a quien pertenece proteger y defender la libertad de los ciudadanos, atendiendo a la justicia distributiva, debe procurar distribuir las ayudas públicas de forma que los padres puedan escoger con libertad absoluta, según su propia conciencia, las escuelas para sus hijos».⁸

El Papa Benedicto XVI dirigiéndose a algunos Embajadores ha reclamado que «es importante prestar una atención especial a la juventud, dando a las familias y a las diferentes estructuras educativas los medios para formar y educar a los jóvenes, para transmitirles los valores espirituales, morales y sociales fundamentales, preparándolos así con miras a un futuro mejor y a una verdadera conciencia de su papel en la sociedad y de las actitudes que deben adoptar para servir al bien común y estar atentos a todos. Este es uno de los caminos más importantes para que, a largo plazo, el mundo salga del engranaje de la violencia. Por su parte, la Iglesia Católica, presente en todos los continentes, no cesa de aportar su contribución, desarrollando numerosas obras educativas y formando el sentido religioso de las personas, lo cual no puede por menos de aumentar en cada uno el sentido de fraternidad y de solidaridad».⁹

La Declaración del Vaticano II *Dignitatis humanae* sobre la libertad religiosa (7 diciembre 1965) es muy clara al respecto: «Cada familia, en cuanto sociedad que goza de un derecho propio y primordial, tiene derecho a ordenar libremente su vida religiosa doméstica bajo la dirección de los padres. A éstos [a los pa-

⁸ CONC. VAT. II, Declaración *Gravissimum educationis*, n. 6.

⁹ BENEDICTO XVI, *A los nuevos Embajadores ante la Santa Sede durante la presentación de sus Cartas Credenciales*, 1 de diciembre de 2005.

dres] corresponde el derecho de determinar la forma de educación religiosa que se ha de dar a sus hijos, según sus propias convicciones religiosas. Así, pues, la autoridad civil debe reconocer el derecho de los padres a elegir con verdadera libertad las escuelas u otros medios de educación, sin imponerles ni directa ni indirectamente gravámenes injustos por esta libertad de elección».¹⁰

Por lo que respecta a la reivindicación de este derecho, se debe sensibilizar particularmente a las Universidades católicas y a las Asociaciones católicas, sin olvidar a los políticos católicos. En todo caso, el can. 797 impone a todos los fieles la obligación de esforzarse para que la sociedad civil reconozca a los padres la verdadera libertad de elegir la escuela, «y, conforme a la justicia distributiva, la proteja también con ayudas económicas» (cf. también can. 800).

b) *Es preciso reivindicar el derecho a tener una educación religiosa católica también en las escuelas estatales.*

La mencionada Declaración del Concilio Vaticano II *Dignitatis humanae* constata: «Se violan, además, los derechos de los padres, si se obliga a los hijos a asistir a lecciones escolares que no corresponden a la persuasión religiosa de los padres, o si se impone un único sistema de educación del que se excluye totalmente la formación religiosa».¹¹

En el mundo multicultural y multireligioso de hoy no son pocas las tentativas de eliminar la enseñanza de la religión en las escuelas estatales, o de contentarse con enseñar más bien cosas que pueden ser más o menos comunes a diversas religiones; o bien hablar simplemente sobre las religiones y su historia. También este planteamiento viola gravemente el derecho de los padres y de los niños a la educación según la propia re-

¹⁰ CONC. VAT. II, Declaración *Dignitatis humanae*, n. 5.

¹¹ CONC. VAT. II, Declaración *Dignitatis humanae*, n. 5.

ligión, es más, conduce más bien al indiferentismo y al relativismo religioso.

El Papa Benedicto XVI ha afirmado al respecto: «por lo que atañe a la enseñanza de la religión y a la catequesis en la escuela, no se pueden reducir estas materias a la dimensión de tratado de religión o de ciencias de la religión, aunque esto sea lo que esperan algunos ambientes. La enseñanza de la religión en la escuela, impartida por profesores clérigos y laicos, sostenida por el testimonio de docentes creyentes, debe conservar su auténtica dimensión evangélica de transmisión y testimonio de fe».¹²

Refiriéndose tanto a la posibilidad de crear las escuelas católicas como a la enseñanza de la religión, también en las escuelas no confesionales, la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America* sostiene con fuerza los principios ya señalados: «La Iglesia en América, para cumplir todos estos objetivos, necesita un espacio de libertad en el campo de la enseñanza, lo cual no debe entenderse como un privilegio, sino como un derecho, en virtud de la misión evangelizadora confiada por el Señor. Además, los padres tienen el derecho fundamental y primario de decidir sobre la educación de sus hijos y, por este motivo, los padres católicos han de tener la posibilidad de elegir una educación de acuerdo con sus convicciones religiosas. La función del Estado en este campo es subsidiaria. El Estado tiene la obligación de «garantizar a todos la educación y la obligación de respetar y defender la libertad de enseñanza. Debe denunciarse el monopolio del Estado como una forma de totalitarismo que vulnera los derechos fundamentales que debe defender, especialmente el derecho de los padres de familia a la educación religiosa de sus hijos» (*Propositio*, 22) (n. 71 e).

¹² BENEDICTO XVI, *Discurso a los Obispos de Polonia en Visita "ad limina"*, 26 noviembre 2005, n. 2.

c) *Las escuelas católicas tienen que desempeñar un papel de particular importancia. Es necesario, pues, sostener y apoyar a estas escuelas con toda la fuerza y, sobre todo, reforzar su identidad católica.*

La Exhortación Apostólica *Ecclesia in America* cita la justa y urgente constatación de los Padres sinodales: «Debe hacerse un esfuerzo especial para fortalecer la identidad católica de las escuelas, las cuales fundan su naturaleza específica en un proyecto educativo que tiene su origen en la persona de Cristo y su raíz en la doctrina del Evangelio. Las escuelas católicas deben buscar no sólo impartir una educación que sea competente desde el punto de vista técnico y profesional, sino especialmente proveer una formación integral de la persona humana».¹³

En esta formación, para que sea verdaderamente cristiana, son necesarias: «la referencia explícita y compartida por todos los miembros de la comunidad escolar a la visión cristiana, aunque sea en grado diverso»¹⁴ y la formación de los alumnos que tiene en Cristo su modelo.

En la Exhortación Apostólica *Catechesi tradendae* (1979), Juan Pablo II interpone una pregunta retórica: «¿[la escuela católica] Seguiría mereciendo este nombre si, aun brillando por su alto nivel de enseñanza en las materias profanas, hubiera motivo justificado para reprocharle su negligencia o desviación en la educación propiamente religiosa?» (n. 69 a). El Pontífice, además, resaltó con fuerza que «El carácter propio y la razón profunda de la escuela católica [...] es precisamente la calidad de la enseñanza religiosa integrada en la educación de los alumnos», poniendo en relieve

¹³ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica postsinodal *Ecclesia in America*, 22 de enero de 1999, n. 71 b.

¹⁴ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *La escuela católica*, 19 de marzo de 1977, n. 34.

«el grave deber [de las escuelas católicas] de ofrecer una formación religiosa adaptada a las situaciones con frecuencia diversas de los alumnos» (*Ibid.*).

Como he notado en otras ocasiones: «Los no católicos que se inscriben libremente en una escuela católica no pueden pretender que por este motivo ella cambie de identidad, es decir, que cese de ser católica, de igual modo que un católico que libremente frecuente una escuela budista no puede pretender que ésta no enseñe o propague más el budismo. Si, teniendo la posibilidad de escoger, los padres inscriben a su hijo en una escuela católica, deben aceptar su identidad y su específico programa educativo. Evidentemente, la escuela católica, aceptando a los no católicos debe respetar la libertad religiosa, la libertad de la conciencia, ya sea la de los padres como la de los alumnos. Ahora bien, el exponer y proponer no equivale a imponer».¹⁵

3. LA COLABORACIÓN ENTRE LA FAMILIA Y LA ESCUELA

Del citado principio de subsidiariedad resulta en consecuencia la necesidad de la colaboración recíproca entre la escuela y la familia, es decir, compartir la común misión educativa. También esta es una cuestión que se debe animar y sostener por parte de las autoridades eclesíásticas y por los católicos responsables de la educación católica.

El Código de Derecho Canónico en el can. 796 prescribe: «Entre los medios para realizar la educación, los fieles tengan en mucho las escuelas, que constituyen una ayuda primordial para los padres en el cumplimiento de su deber de educar» (§ 1). La Declaración conciliar *Gravissimum educationis*, además, ha

¹⁵ GROCHOLEWSKI, Z., *Współdziałanie Kościoła i szkoły w realizacji misji wychowania*, pendiente de publicación.

hecho notar que la escuela « constituye como un centro de cuya laboriosidad y de cuyos beneficios deben participar a un tiempo las familias, los maestros, las diversas asociaciones que promueven la vida cultural, cívica y religiosa, la sociedad civil y toda la comunidad humana » (n. 5 a).

Así pues, no tiene nada de extraño que el citado can. 796, en el § 2, establezca: « Es necesario que los padres cooperen estrechamente con los maestros de las escuelas a las que confían la formación de sus hijos; los profesores, a su vez, al cumplir su encargo, han de trabajar muy unidos con los padres, a quienes deben escuchar de buen grado, y cuyas asociaciones o reuniones deben organizarse y ser muy apreciadas ».

Esta colaboración es necesaria tanto en el caso de las escuelas católicas como, y quizás con más vigor, en los casos en los que los hijos frecuentan las escuelas estatales o no confesionales. En estos últimos casos, ellos deben, efectivamente, ser particularmente sensibles a reivindicar su derecho a una correcta educación de sus hijos, también en la dimensión religiosa.

CONCLUSIÓN

La Iglesia Católica en el continente latinoamericano — llamado por Juan Pablo II « el Continente de la esperanza »¹⁶ — tiene, sin duda, grandes potencialidades que he tenido el gozo de constatar personalmente. Para quien cree en Cristo, en su real presencia en la Iglesia, no puede haber ningún motivo para el pesimismo.

En el campo de la educación católica, la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, expresa su optimismo cuando afirma: « el alto número de escuelas

¹⁶ *Discurso a la I Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina*, 7 de diciembre de 1989, n. 1, en AAS 82 (1990) 761.

católicas ofrece la posibilidad de una acción evangelizadora de alcance muy amplio, siempre que vaya acompañada por una decidida voluntad de impartir una educación verdaderamente cristiana» (n. 18 a).

Todavía más importantes son las palabras de Juan Pablo II expresadas en la misma Exhortación y que ahora las hago mías: «Dada la importancia de la tarea que los educadores católicos desarrollan, me uno a los Padres sinodales en su deseo de alentar, con ánimo agradecido, a todos los que se dedican a la enseñanza en las escuelas católicas: sacerdotes, hombres y mujeres consagrados, y laicos comprometidos, “para que perseveren en su misión de tanta importancia”. Ha de procurarse que el influjo de estos centros de enseñanza llegue a todos los sectores de la sociedad sin distinciones ni exclusivismos. Es indispensable que se realicen todos los esfuerzos posibles para que las escuelas católicas, a pesar de las dificultades económicas, continúen “impartiendo la educación católica a los pobres y a los marginados en la sociedad”. [...] Por ello, ha de alentarse la actividad de todos los docentes católicos, incluso de los que enseñan en escuelas no confesionales. Así mismo, dirijo un llamado urgente a los consagrados y consagradas para que no abandonen un campo tan importante para la nueva evangelización» (n. 71 b-c).

Espero que este tema y estas palabras de ánimo, en cuanto muy pertinentes, ciertamente encontrarán una fuerte resonancia en la próxima Asamblea General del Episcopado Latinoamericano dedicada al significativo tema: *Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida*. — «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 4,16).

*Movimientos Eclesiales
en favor de la Familia*

S.E.R. Mons. JONÁS GUERRERO CORONA
Obispo Auxiliar de México

Al pensar en el papel que los movimientos de familia tienen en la transmisión de la fe dentro de la Iglesia y muy especialmente en la iglesia doméstica, nos vemos invitados a proyectar nuestra mirada a esa maravillosa realidad que el Espíritu Santo suscitó de modo especial después del Concilio Vaticano II. Los movimientos de familia, como sucede en las realidades eclesiales, han ido poco a poco encontrándose ellos mismos y encontrando su ligar dentro de la comunión eclesial para colaborar con el trabajo pastoral, en la difusión y vivencia de la doctrina católica y en el crecimiento espiritual de cada uno de sus miembros. Así se han ido integrando bajo el triple *munera regendi, docendi et sanctificandi* que tiene la Iglesia en la esencia misma de su ser. Esta inspiración nos la compartía el entonces Cardenal Joseph Ratzinger cuando en el año de 1998 nos dejaba sus reflexiones sobre la colocación teológica de los movimientos eclesiales. Entre otras cosas nos decía el hoy Papa Benedicto XVI:¹

– He aquí que el Espíritu Santo, por así decirlo, había pedido de nuevo la palabra. Y en hombres jóvenes y en mujeres renacía la fe, vivida en su integridad como don, como regalo precioso que ayuda a vivir.

– Aquellos movimientos, efectivamente, padecieron —por así decirlo— enfermedades de la primera edad. Se les había concedido acoger la fuerza del Espíritu, el cual, sin embargo, actúa a través de hombres y no los libra por encanto de sus debilidades.

– Se hizo necesario reflexionar sobre cómo las dos realidades —la nueva floración eclesial originada

¹ Card. JOSEPH RATZINGER *Los movimientos eclesiales y su colocación teológica*, Roma, 27 de mayo, 1998.

por situaciones nuevas y las estructuras preexistentes de la vida eclesial, es decir, la parroquia y la diócesis-podían relacionarse de forma justa.

– Se tienen siempre nuevas irrupciones del Espíritu Santo, que vuelven siempre viva y nueva la estructura de la Iglesia. Pero casi nunca esta renovación se encuentra del todo inmune a sufrimientos y fricciones.

Y ante esta problemática, Benedicto XVI nos dejaba el criterio que rige la obra, la vida y la identidad en este caso de los movimientos de familia dentro de la Iglesia: El criterio esencial es el enraizamiento en la fe de la Iglesia.²

Para ver cómo se ha producido esta maduración de los movimientos de familia quisiera proponerles la consideración de algunos aspectos que enmarcan la presencia de los movimientos de familia en Latinoamérica, de modo que nos sea posible ofrecer algunas orientaciones para esta riquísima realidad eclesial.

1. LAS LUCES DE LOS MOVIMIENTOS DE FAMILIA EN LA VIDA DE LA IGLESIA POSTCONCILIAR:

– El postconcilio produjo una efervescencia de movimientos a favor de la familia. Efervescencia que se tradujo en una lozana sucesión de grupos apostólicos con diversas siglas y métodos, orientados a ayudar y a proyectar a la familia. Estos movimientos llevaron a cabo una maravillosa y esperanzadora tarea que aún continúa viva en nuestras sociedades.

– Estos movimientos condujeron a muchos laicos incluso alejados de la vida y de la comunión con la Iglesia a manifestar la vitalidad de la fe que encuentra su culmen en la celebración de la liturgia y en la vida de la parroquia, de modo especial por la celebración

² *Ibid.*

de la eucaristía dominical y la práctica de los sacramentos.

– Muchos movimientos eclesiales se convirtieron en un lugar donde crece el amor a la Palabra de Dios y la oración personal y comunitaria.

– La gran mayoría de estos movimientos sostuvieron y sostienen a las familias en dificultad, forman laicos que se comprometen con exigencia en la Iglesia, sostienen la vida cristiana, lo que se traduce en la santificación del hogar y en la floración de vocaciones para la vida sacerdotal y religiosa.

– Asimismo cabe destacar que gran parte de los movimientos de familia han sido y son ámbitos de formación de los seglares, sea para sus necesidades personales, como para el apostolado. Más aún, muchos de los movimientos son verdaderas escuelas del discipulado y del seguimiento del Señor, con los consecuentes frutos de conversión, de vida cristiana y de presencia social coherente con la fe cristiana. De este modo han surgido resultados maravillosos para la vida eclesial y para el apoyo de los padres de familia en la educación cristiana de sus hijos; han fomentado los valores que favorecen la relación de los esposos y dan solidez al hogar en una cultura muy agresiva y disolvente; han florecido vocaciones al matrimonio cristiano, al sacerdocio ministerial y la vida consagrada; se ha dado la disponibilidad para participar en programas y actividades de la Iglesia sea a nivel local, sea a nivel nacional o internacional; ha renacido el empeño catequético y la capacidad pedagógica para formar a los cristianos; y se ha impulsado la presencia cristiana en los diversos ambientes de la vida social.

– Los movimientos de familia en su diversidad han expresado las múltiples dimensiones de la vida cristiana y han enriquecido la unidad de la Iglesia, al manifestarla como comunidad de comunidades.

2. SOMBRAS EN LA VITALIDAD DE LOS MOVIMIENTOS DE FAMILIA Y EN LA INCIDENCIA DE LA PRÁXIS DE VALORES CATÓLICOS

– A pesar de lo dicho anteriormente, no podemos dejar de lado algunos aspectos negativos que se dieron de modo diverso en las diferentes situaciones en las que se desarrolló la vida de los movimientos. Por ello quisiera resaltar a continuación ciertas sombras, que manifiestan realidades que algunos movimientos de familia no supieron afrontar adecuadamente en su caminar en la Iglesia de Latinoamérica.

– No siempre ni en todas partes los movimientos de familia supieron hacer historia de salvación en la sociedad latinoamericana o la hicieron en una dimensión muy reducida, de forma que, en algunos casos, fueron perdiendo el vigor social que en un principio los había caracterizado, fue decreciendo en ocasiones su influjo en la vida eclesial y no siempre supieron proyectarse en obras para el bien de las familias. La pregunta que nos tendríamos que hacer es ¿por qué se produjo esto?, ¿cuáles fueron las causas que llevaron a que, lo que podía haber sido una primavera de la Iglesia, no tuviera en todas partes la fuerza que de ella se podía esperar?

– Lo que nos explica el por qué, en algunas situaciones, los movimientos de familia no fueron los agentes adecuados para la transmisión de la fe, lo podríamos concretar en la suma de diversos factores. Estos factores no son recurrentes en todos los movimientos, pero una visión panorámica nos permite destacar los siguientes:

– La ausencia del valor de la comunicación con la iglesia local. Un movimiento es vigoroso y fuerte en la medida en que se inserta en la iglesia y en el caminar de la iglesia. Cuando un movimiento pierde esta dimensión está llamado al envejecimiento y quizá a la

muerte. Cuando un movimiento olvida los criterios de eclesialidad pronto pierde su dinamismo interior y decae o se desvía más o menos gravemente.³

– La carencia de una espiritualidad cristocéntrica hizo que los laicos estableciesen su marco de decisión al margen del punto referencial que es el Señorío de Jesucristo. Lo cual, les fue llevando a una pérdida de profundidad en la consecuente vivencia de la fe cotidiana.

– La falta de vida de oración como una experiencia personal. Muchos movimientos rezaban, pero no se convertían en escuelas de oración. Casi podríamos decir que los movimientos que perduran y crecen son los que han enseñado a sus miembros a tener una sólida vida de oración.

– La falta de dirección espiritual ha afectado a muchos movimientos pues no supieron acompañar de modo institucional a sus miembros en sus procesos de fe y en su adhesión a la vida y al Magisterio de la Iglesia. El ministerio de algunos de los sacerdotes asesores no se llevó a cabo en este horizonte de dirección espiritual. De manera particular, la falta de acompañamiento a los líderes de los movimientos, tuvo como consecuencia, en algunos de ellos, la incoherencia con la fe e incluso el abandono de la vida cristiana.

– El envejecimiento de los movimientos por una estructura que no daba prioridad a la búsqueda, formación y proyección de matrimonios y familias jóvenes.

³ Criterios que están claramente marcados en la carta magna que es *Christifideles Laici* en el n. 30: el primado de la vocación a la santidad, la confesión de la fe católica, la comunión con el Santo Padre y con los Obispos, la conformidad y participación con el fin apostólico de la Iglesia y el compromiso en la sociedad al servicio de la dignidad humana.

– La falta de proyección apostólica interna o externa al movimiento. Los movimientos que se quedan en grupos cerrados sobre sí mismos y no saben abrirse a las iniciativas sociales o eclesiales, acaban por marchitarse. El apostolado, en el dinamismo de una espiritualidad de comunión,⁴ es la piedra de toque para la pervivencia y lozanía de un movimiento.

– La falta de respuesta coherente ante el desafío de la *Humanae Vitae* y otros aspectos de fidelidad al Magisterio moral de la Iglesia. Por desgracia, algunos movimientos no supieron transitar por esa vía y en vez de ser fuente de vitalidad eclesial, fueron llevando a sus miembros, poco a poco, a un alejamiento de la comunión efectiva con la Iglesia, y de esta manera al languidecer del mismo movimiento. Quizá queda como icono de estos conflictos, el que se produjo con motivo de la publicación de la *Humanae Vitae*, que manifestó la falta de comunión de algunos seculares con la doctrina católica, a veces tristemente fomentada por algunos sacerdotes asesores de estos movimientos.

– La mentalidad liberal que penetró a las comunidades en Latinoamérica, motivada por la clásica separación entre lo público y lo privado, una forma de pensar que estaba marcada por las siguientes premisas:

- Lo político es público
- Lo religioso no es político (es separable de él)
- Por lo tanto, lo religioso **debe** separarse de lo público.

Las premisas, por supuesto, son cuestionables, sin embargo han sostenido un razonamiento ideológico, que está a la base de una concepción, en la que lo reli-

⁴ JUAN PABLO II, *Novo Millennio Ineunte*, nn. 43-45.

gioso estaba confinado al ámbito privado y no podía ser expresado públicamente.⁵

Citando al Episcopado Mexicano podríamos decir: *La presencia institucional de la Iglesia fue cada vez más marginada de los espacios sociales en los que antes participaba activamente, con el consecuente detrimento en la formación de los valores, de la conciencia y del compromiso social de los fieles católicos. Lo más lamentable de esta etapa, no fue tanto que marginaran a la Iglesia quienes detentaban el poder político, sino la paulatina automarginación de muchos católicos del mundo de la política, de la economía y de la cultura en general.*⁶

Los movimientos no asumieron este desafío histórico-cultural en América Latina, por lo cual se dieron carencias graves en la dimensión social de la fe y algunos movimientos se orientaron a pequeños núcleos de corte intimista y se deslizaron hacia una pérdida del compromiso con la sociedad, quedándose en un espiritualismo que fracturaba la unidad entre la vida y la fe que se profesaba. Ante una sociedad cada vez más agresiva y excluyente de la presencia cristiana, los movimientos de familia tendieron en algunos casos a rendirse, en otros a refugiarse en sus pequeñas fronteras y en otros casos cayeron en una especie de doble moral, en la que por una parte se profesaban los principios cristianos en el ámbito familiar y, por otro lado, se vivía de modo marginal a la ética del Evangelio.

⁵ EDGAR MORALES, *La transformación del laicismo contemporáneo* en Congreso nacional de filosofía. Ed. Universidad Iberoamericana, 2006.

⁶ Carta Pastoral *Del encuentro con Jesucristo a la solidaridad con todos*, CEM 2000.

3. COMO CONCLUSIÓN

De todo lo anteriormente expuesto, creo que podríamos trazar unas prioridades que orienten a los movimientos de familia a vivir su misión:

- Crecer en santidad. Hacer de los movimientos lugares de encuentro y de experiencia del seguimiento de Cristo, es decir de autenticidad en el discipulado: por medio de la confrontación con la Palabra de Dios, la oración, la vivencia de los sacramentos, de modo particular la eucaristía y la reconciliación, y la coherencia en la vida cristiana.

- Impulsar una esmerada dirección espiritual entre los miembros de los movimientos y de modo especial entre sus líderes. Ello implicará la formación de los sacerdotes asesores y de seglares especializados en el arte de la dirección espiritual.

- Crecer en vida eclesial, por medio de la formación, que los haga agentes más capaces para la misión evangelizadora de la Iglesia; por medio de la comunión, que los haga más presentes y activos en la vida parroquial y diocesana; y por medio del apostolado, que los haga presentes en las necesidades pastorales de la comunidad.

- Crecer en presencia y testimonio en la sociedad. De modo particular:

- con la cercanía a las familias en sus diversas situaciones,

- con el apoyo a los jóvenes que se preparan para el matrimonio,

- con la solidaridad con los hermanos que necesitan de nosotros, los alejados, los indiferentes, los pobres,

- con la proximidad a los constructores de la sociedad, en cuyas manos está la transformación de la misma en un orden social más justo y equitativo, superando el divorcio entre fe y vida,

– finalmente, pero de modo prioritario, la presencia en la defensa de la vida humana, desde su concepción hasta la muerte natural.

La clave de los movimientos es el seguimiento de Jesucristo en santidad de vida, y hacer de la experiencia del Señor el impulso para descubrir la vocación y misión que tienen en la Iglesia y en la sociedad. De aquí que los movimientos de familia, en franco discernimiento, deban cuestionarse, de modo muy especial, su identidad como factores de encuentro con Jesucristo en orden a la evangelización y misión. De este modo, los movimientos serán de gran ayuda al contribuir en la formación de comunidades cristianas vivas y al brindar un espacio generador de diversas vocaciones al servicio de la Iglesia y de la sociedad.

Tengo una sólida esperanza en que la ya próxima 5ª Conferencia General del CELAM, inspire a los movimientos en el discipulado y misión de todo bautizado que está llamado a tener vida en Cristo. Bajo dicha inspiración, los movimientos de familia, serán el espacio en donde se manifieste la fuerza del Espíritu Santo, y así, podremos asombrarnos en nuestras comunidades, por la primavera fecunda que el Señor, Buen Pastor de Su Iglesia, nos regala.

***Familia Cristiana, cuna de vocaciones
al sacerdocio y a la vida consagrada***

S.E.R. Cardenal JUAN SANDOVAL ÍÑIGUEZ
Arzobispo de Guadalajara

Vivimos en el contexto de una sociedad compleja, sometida a los vaivenes de cambios acelerados y profundos. Una de las instituciones en las que más repercuten estos cambios, es la familia. Las nuevas condiciones de la economía y del trabajo, la industrialización, los mejores niveles de vida, la tendencia general hacia una sociedad de consumo y del bienestar, la influencia omnipresente y persuasiva de los medios de comunicación social, la cada día mayor presencia de la mujer en las tareas de la sociedad, etc., no puede no incidir en la familia y provocar cambios notables en todo el entorno familiar y como consecuencia también en las vocaciones. Los cambios que sufre la familia se pueden resumir en una situación de agitación, de crisis de valores y de transformación progresiva.

Ya Juan Pablo II, de feliz memoria, se refería a las luces y sombras que los tiempos proyectan sobre la familia. En el capítulo I de «*Familiaris Consortio*» examina el contexto social en el que se desenvuelve la familia hoy. En el aspecto positivo el Papa destaca la conciencia más viva de la libertad personal, mayor atención a la calidad en las relaciones interpersonales en el matrimonio, la dignidad de la mujer, la procreación responsable y la preocupación por la educación de los hijos, la misión eclesial propia de la familia y su responsabilidad en la sociedad.

Pero también hay signos preocupantes de degradación, como son la idea equivocada de la independencia de los cónyuges entre sí, ambigüedad en las relaciones de autoridad entre padres e hijos, dificultades para la transmisión de valores, aumento de divorcios, la plaga del aborto, mentalidad anticonceptiva, recurso al sólo matrimonio civil y al divorcio, y rechazo de las

normas morales sobre sexualidad. Actitudes estas que afectan también a los creyentes, que no siempre aciertan a mantenerse inmunes y a situarse con una conciencia crítica ante la cultura envolvente. La actual cultura dominante trata de legitimar la separación del sexo y el amor; del amor y la fidelidad al propio cónyuge, y de la sexualidad y la procreación.

La raíz de estos fenómenos, dice el Papa Juan Pablo II en «*Veritatis Splendor*» (32, 33 y 34) está «en la corrupción de la idea y de la experiencia de la libertad». Existe una corriente de pensamiento en el que la libertad no se entiende en relación a la verdad, sino de una manera autónoma; no es concebida como la capacidad de realizar el plan de Dios, sino como una fuerza independiente y autónoma de autoformación orientada al propio bienestar egoísta.

SITUACIONES QUE AFECTAN NEGATIVAMENTE A LAS VOCACIONES

La secularización, que es como el marco general de los cambios que se están dando en la cultura, y que se han extendido por el occidente cristiano, no tanto en el sentido «débil» de distinción entre la esfera civil y la esfera religiosa, cuanto en el sentido «fuerte» de excluir totalmente a Dios y a la religión de la esfera pública. Se comprende porqué v.gr. el matrimonio pierde su carácter religioso y sacramental de «alianza» y mantiene sólo las características jurídicas de «contrato», que se pueden resindir cuando las partes o una de ellas lo crean conveniente. El hombre de la sociedad actual no concibe la vida humana como un «don» que viene de arriba, sino como una opción libre y autónoma de la persona, totalmente sujeta a su decisión. De ahí la aceptación de intervenciones indiscriminadas y manipuladoras en el ámbito de la procreación, de la genética en general y de la eutanasia.

En este contexto es discutible el mismo concepto de vocación, tanto en general como en relación a las vocaciones de especial consagración. Pues el concepto mismo de «vocación» presupone que alguien llama e implica necesariamente una relación entre el que llama y la persona llamada. Pero en la perspectiva de la sociedad secular Dios no existe o está lejos y ajeno al mundo; por consiguiente desaparece la misteriosa dialéctica entre llamada y respuesta típica de toda vocación, ya que no se percibe que haya un Dios que llama y a quien hay que responder. Sólo si se recupera el sentido religioso de la vida será posible descubrir la dimensión vocacional de la existencia.

Libertad y precariedad de las decisiones

Las vocaciones de especial consagración parecen contraponerse al curso actual de la civilización, porque además de suponer un Dios que llama, implican siempre una decisión definitiva y un don especial irrevocable. Actitudes estas que se contraponen frontalmente a la cultura fragmentaria y subjetiva que existe en la libertad, más bien en la espontaneidad de las opciones individuales, tan característica de nuestra época. No hay pues que sorprenderse que aún las familias cristianas, influenciadas por la cultura dominante, no entiendan a veces el sentido del don definitivo de sí mismo y la intención irrevocable que implican las vocaciones de especial consagración. La crisis del matrimonio como don total y para siempre al cónyuge, se transmite insensiblemente a los hijos ante la posibilidad de un «voto» definitivo para el sacerdocio o a la vida religiosa.

Descenso de la natalidad

El drástico descenso de la natalidad que se viene dando desde hace algunas décadas, ha hecho que des-

aparezcan las familias numerosas, fuente tradicional de las vocaciones consagradas, y que prevalezcan las familias con uno o dos hijos e incluso con ninguno en sociedades más «avanzadas». El descenso de los nacimientos no sólo hace que las vocaciones de especial consagración sean estadísticamente menos probables, sino que determina un cambio profundo en las relaciones entre padres e hijos. En la familia reducida de hoy esas relaciones son más intensas y profundas, a veces incluso posesivas, lo cual no favorece el alejamiento, más aún la ruptura con la propia familia que constituye el aspecto esencial de la vocación: «Deja tu tierra y tu parentela y la casa de tu padre y ven a la tierra que te mostraré...» (*Gen 12,1*). La vocación es el recorrido autónomo que hace cada persona, que puede ser influido pero no determinado por la propia familia.

En la familia poco numerosa puede plantearse un conflicto entre la llamada de Dios y las expectativas de los padres respecto de sus hijos. El descenso de los nacimientos implica invertir más tiempo, más afecto y más recursos económicos en los hijos, de los que se espera una serie de gratificaciones que los padres es posible que no hayan tenido. Si el hijo único opta por la vida religiosa, priva a la familia de su futuro y choca con el anhelo normal de que permanezca el nombre y la tradición familiar, e incluso, la actividad económica y profesional de los padres. Salir de la familia no para el matrimonio sino para la vida religiosa, pone en crisis este sistema de expectativas.

Celibato y Castidad

Otro problema es la castidad perfecta que es parte esencial de la vida consagrada y que la Iglesia exige a los que se consagran a Dios en el ministerio sacerdotal. La virginidad y el celibato consagrados se aceptaban más fácilmente en una sociedad donde el matrimonio era

menos valorado, incluso desde el punto de vista religioso, donde los cónyuges eran menos felices y donde las opciones matrimoniales más se soportaban que se elegían. Paradójicamente el crecimiento de la conciencia de la familia como vocación, la recuperación de la dimensión laical de la vida cristiana, el desarrollo de la espiritualidad conyugal en las parejas espiritualmente más maduras y eclesialmente más comprometidas, ha hecho que se valore el matrimonio justamente como camino de santidad, contribuyendo tal vez a que le sea menos fácil a los padres, incluso a los padres cristianos, aceptar que sus hijos renuncien al matrimonio y a las profundas experiencias de la conyugalidad y de la paternidad.

En los padres de familia creyentes se plantean interrogantes e inquietudes ante la decisión por la especial consagración a Dios. El clima existencial precario en que se vive, puede hacer que vean con temor opciones que deben ser irrevocables, pero que se teme no lo sean a lo largo de la vida. La defección de no pocos consagrados está a la vista y puede contribuir a reforzar este sentimiento. Si a esto se añade la perspectiva no ajena hoy a los cristianos de una vida centrada en la felicidad, en el éxito y en las conquistas terrenas, la vida religiosa puede parecer menos atractiva e incapaz de realizar plenamente la personalidad de los hijos.

REMEDIOS

Es más fácil enumerar las dificultades que encuentra la Pastoral Vocacional hoy debido a la situación cambiante de la sociedad y de la familia, que proponer soluciones o respuestas pastorales que se han de adoptar. Pues las dificultades son ya realidades que se experimentan con dolor casi en todas partes, mientras que las soluciones están por estudiarse para su aplicación en la pastoral familiar, en el ámbito de toda la Iglesia.

Por eso, más que dar soluciones, quiero hacer algunas sugerencias e invitar preocuparse en serio y a buscar los remedios para la crisis de la familia y que propicien vocaciones consagradas para la Iglesia.

1. El remedio al secularismo es *una fe firme en Dios y en Jesucristo su Hijo, salvador de todos los hombres*. En las intervenciones de los Padres Sinodales en el X Sínodo Universal de los Obispos (Octubre de 2001) se hizo notar que la crisis vocacional es fundamentalmente una crisis de fe. Aunque hubiera familias numerosas, si no tuvieran fe, ni siquiera captarían el concepto de vocación, mucho menos facilitarían la vocación consagrada de sus hijos. En cambio familias profundamente creyentes con muchos o pocos hijos, no se oponen a la vocación de sus hijos, por el contrario, los dan con alegría a Dios y se sienten privilegiadas ante el don de una vocación consagrada. Se tiene la experiencia antigua y reciente de familias que entregan sus hijos a Dios sin importarles a los padres quedarse solos o que desaparezca el nombre.

El remedio está en la evangelización, en la «*Nueva Evangelización*», en el anuncio gozoso del kerigma, acompañado del buen ejemplo de los creyentes, está en la generosidad y alegría de los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio, en el amor al prójimo de los cristianos traducido en obras de caridad que ha sido y será siempre el vehículo apropiado para la difusión del Evangelio y la aceptación de la fe.

2. *Promoción de los valores cristianos*. Por una comunidad cristiana la familia debe descubrir y practicar los valores evangélicos, lo cual supone una mentalidad de fe, actitudes evangélicas y estar impregnada del espíritu de Jesús, realizando una confrontación continua de la propia vida con el mensaje del Señor, ya que los

valores de Jesús no coinciden con los de la sociedad que nos rodea.

El ideal más elevado que Jesús nos propone son «Las Bienaventuranzas», resumen de la «Buena Nueva», síntesis del mensaje cristiano y como un «nuevo decálogo» de vida de los creyentes. Pobreza, mansedumbre, humildad, pureza de corazón y de vida, misericordia, justicia, esfuerzo por la paz y fortaleza han de ser los valores que constituyan el marco de referencia de la familia cristiana porque son los verdaderos valores del reino y en la medida en que ellos inspiren la vida de los creyentes, serán estos fermento en la sociedad y testigos de Cristo.

3. *Se debe formar a los padres cristianos en la «pedagogía del abandono»*, que debe permear desde un principio las relaciones entre padres e hijos, sabiendo que el amor es auténtico y da fruto cuando no sólo es capaz de soportar sino de aceptar y preparar la separación de los hijos para seguir su propio camino en respuesta al designio de Dios. Una pedagogía vocacional de largo alcance supone que se educa a los hijos para la separación y el uso responsable de la libertad, en el contexto de un amor no posesivo que reconoce la supremacía del amor de Dios. Todo lo cual es válido incluso en una perspectiva meramente humana, ya sea en orden al matrimonio o a la elección de una profesión.

4. *La santidad en el matrimonio*. La llamada de Dios a la santidad es para todos los cristianos y tiene su raíz en el Bautismo donde han sido hechos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza (cf. LG 40). Los esposos han de realizar esta vocación a la santidad dentro del matrimonio y en fuerza de este Sacramento, por el que Dios está presente con su gracia en el amor de los cónyuges, ofreciéndoles la ayuda necesaria para vivir en santidad. Es importante que los matrimonios

cristianos tengan viva conciencia de que su matrimonio es fuente de santidad, que están llamados a santificarse juntos y a hacer de su familia la pequeña «iglesia doméstica» (LG 11). Están llamados a vivir en profunda comunicación humana, a orar juntos y a buscar a Dios en todas las circunstancias de su vida.

5. *Participación en la vida litúrgica.* Existe una relación estrecha entre Palabra y Sacramentos y entre Sacramentos y Vida. La respuesta de la familia al anuncio de la Palabra de Dios con la fe debe llevarlos a la participación de la vida litúrgica de la Iglesia y de manera especial al Misterio Eucarístico, que glorifica al Padre y salva a los hombres. No se puede entender una espiritualidad conyugal o familiar sin una vida sacramental. La participación frecuente en la Eucaristía y la necesaria frecuencia de la Penitencia sacramental son de vital importancia para la conversión continua y el crecimiento en el amor.

La Eucaristía es sacramento de unidad y vínculo de caridad, quien participa se une a Cristo y en Él a sus hermanos en profunda comunión de vida y amor. La Eucaristía da fuerza a la familia para la comprensión y el amor y ayuda a superar las dificultades y problemas que inevitablemente presenta la vida en familia. La Eucaristía perfecciona la consagración bautismal-matrimonial de dedicación al Señor y va transformando a todos a imagen de Cristo.

La Penitencia ha de considerarse como sacramento del amor y de la conversión. El pecado no sólo atenta contra el amor de Dios sino que afecta también las relaciones fraternas en la Iglesia: es lo que se llama dimensión social del pecado. Este atentado al amor fraterno puede sentirse dentro de la familia cristiana como fuerza disgregadora del amor mutuo, y por tanto, el perdón que significa y ofrece el Sacramento de la Penitencia sana y restablece la relación de amor en la familia.

6. *La familia construye la Iglesia.* La Iglesia es una comunidad que nace del amor de Cristo y tiene como precepto y tarea principal, a impulso del Espíritu Santo, vivir el amor a Dios sobre todas las cosas y el amor al hermano « como Cristo nos amó ». La familia es esencialmente « alianza de amor », por eso contribuye a construir la Iglesia y a hacerla crecer. Quienes entran a formar parte de la comunidad de la Iglesia pertenecen ya a una comunidad humana y cristiana que es la familia, surgida del Sacramento del matrimonio que consagra el amor de los esposos, por eso, así como la familia es célula de la sociedad lo es también de la Iglesia.

Importa mucho inculcar en los padres de familia la responsabilidad de ser Iglesia y sentirse constructores de la Iglesia, ante todo viviendo el amor en el seno de la familia, educando en la fe a sus hijos y propiciando la apertura de mente y corazón a las realidades eclesiales.

7. Es de suma importancia el apostolado familiar hecho de manera organizada sobre todo a través de *los movimientos y asociaciones* laicales que han surgido providencialmente en la Iglesia del postconcilio y que convierten a los cristianos alejados y tibios, que forman buenos esposos y padres de familia y que proveen a la Iglesia y a la sociedad de líderes cristianos. Algunos de estos movimientos y asociaciones, tales como el Movimiento Familiar Cristiano, Cursillos de Cristiandad, Adoración Nocturna, Camino Neocatecumenal y otros, están presentes en muchas partes de la Iglesia y son muy eficaces en rescatar a la familia y en proveer hoy por hoy no pocas de las vocaciones para seminarios y conventos. Descuidar estos movimientos o cerrarles las puertas, es cegar una fuente de vocaciones consagradas para la Iglesia.

8. *Ayuda en la elección vocacional.* El Concilio señala como pimer forma de apostolado de los cónyuges

cristianos « ser testigos de la fe y del amor de Cristo » (*Gravissimum educationis*, 3; *Lumen Gentium*, 41) para sus hijos, subrayando la importancia de su misión de educadores en la fe. A ellos corresponde prepararlos con su palabra y ejemplo para una vida cristiana y apostólica. Y añade: « Les ayuden con mucha prudencia en la elección de su vocación y cultiven con todo esmero la vocación sagrada que quizá han descubierto en ellos ».

Por una parte, se trata de ayudarles a discernir su propia vocación, ya que de una acertada elección vocacional depende la realización de la persona. De diversas formas se siguen ejerciendo presiones e imposiciones para que los hijos sigan una determinada « carrera », se dediquen a una profesión que ni por su carácter ni por su gusto, ni siquiera por sus capacidades es la más apropiada para ellos. No significa que los padres tengan que mantenerse al margen de una decisión tan importante para sus hijos, sino más bien que su tarea consiste en ayudarles a elegir, a entrever los caminos, a decidirse por el más conveniente y sentirse felices de su propia elección.

Por otra parte, es deber de los padres cultivar la vocación sagrada que puedan descubrir en sus hijos. Los padres tienen que apreciar el don de una llamada de Dios a servir en la vida religiosa o sacerdotal. No basta con sólo no poner obstáculos sino que se debe ayudar positivamente a seguir la vocación con fidelidad y entrega.

La familia no es un paso vocacional de por sí obligatorio puesto que la vocación la da Dios a quien quiere, incluso al margen de la familia o contra ella, en cuyo caso surgen incomprendimientos dramáticos y grandes sufrimientos. Sin embargo, la experiencia histórica como en el caso de San Agustín, Santa Catalina de Siena, San Juan Bosco, Santa Teresa de Lisieux y de tantos otros santos muestra lo importante que es la familia, y sobre todo la madre, en el surgir de las vocaciones.

Multiplicar las familias cristianas como iglesias domésticas, lograr que se acerquen frecuentemente a la Eucaristía, que escuchen la Palabra de Dios y practiquen la caridad, es poner las premisas para que se acoja la llamada de Dios (Cf. CEI, Directorio di Pastorale Familiare, 144, Roma 1992).

ALGUNAS EXPERIENCIAS DE PASTORAL FAMILIAR VOCACIONAL EN LA ARQUIDIÓCESIS DE GUADALAJARA

1. *Seminaristas en Familia*. La razón que impulsó a los formadores del Seminario de Guadalajara en 1975 a implementar esta modalidad vocacional fue constatar que en los cursos de preseminario quedaban siempre muchachos a los que se les consideraba vocacionables, pero que por una u otra razón no ingresaban al internado del seminario, y a quienes se les dejaba prácticamente sin ningún cuidado, como ovejas sin pastor.

Se inició así una experiencia paralela a la del Seminario Menor que ha rendido frutos. Para ser considerado «seminarista en familia» viviendo precisamente en el seno de la familia, se requiere haber sido aprobado como vocacionable en los cursos de preseminario, una carta del alumno en que manifieste deseos de ser sacerdote, estar cursando estudios de secundaria o preparatoria, al finalizar los cuales entrará como interno al seminario, permiso de los padres de familia y compromiso de asistir a las reuniones de fin de semana en las que los alumnos reciben de parte del equipo formador, compuesto por sacerdotes y seminaristas mayores, formación humana y cristiana.

Habrán siempre quienes no están del todo decididos o van a la mitad de estudios de secundaria o preparatoria o quienes por razones de salud o familia no pueden ingresar todavía al seminario: estos son los candidatos a «seminaristas en familia».

Se trata de una experiencia que pone en práctica la norma del Concilio Vaticano II que dice: «El Concilio, al mismo tiempo que recomienda la existencia de los Seminarios Menores no impide que se puedan explotar simultáneamente otras soluciones (cf. *Normas básicas de formación sacerdotal*; OT. 3).

Mediante visitas domiciliarias del equipo formador a las familias o de éstas al Seminario, los padres de familia reciben una valiosa ayuda para su vida cristiana y en orden a la educación de los hijos y a la responsabilidad de la familia ante la probable vocación de un hijo, poniendo así en práctica lo que dice la *Ratio Institutionis Fundamental*: «Con una oportuna ayuda espiritual prestada a las familias procúrese que se capacite a las mismas para colaborar cada día más eficazmente, junto con el Seminario en el cultivo de las vocaciones eclesíásticas» (n. 12).

2. *La oración por las vocaciones.* Actualmente tres mil familias que pertenecen al Movimiento Familiar Cristiano están comprometidas en orar por las vocaciones, haciendo realidad el mandato del Señor: «La mies es mucha y los obreros pocos, rueguen al dueño de la mies...» (*Mt 9,37-38*).

En la parroquia se manifiestan las distintas vocaciones de la Iglesia, más aún, toda la parroquia es una comunidad vocacional en cuanto que es una comunidad de llamados y una comunidad mediadora de vocaciones, que debe ayudar a que cada uno descubra y ejerza su propia vocación. Toda la vida de la parroquia se convierte así en un camino vocacional.

La experiencia enseña que es necesario que cada parroquia cuente con un equipo de animación vocacional integrado por personas de distintas vocaciones. Su trabajo consiste en promover la oración por las vocaciones, la formación cristiana y el «llamado directo».

El Club Serre a lo largo de treinta y cinco años de labor vocacional, entre otras cosas, ha impulsado la oración en familia por las vocaciones, logrando que en la actualidad unas 3.350 familias estén orando por las vocaciones. A estas familias las llaman «Familias Vocacionales».

Además de la oración en el seno de la familia, en los templos se hace también oración por las vocaciones. Al finalizar la Misa se suele rezar la oración por las vocaciones compuesta por Rafael Guízar y Valencia, Obispo mexicano recientemente canonizado: «Oh Jesús, Pastor eterno de las almas...danos vocaciones, danos sacerdote santos según tu corazón...» En todos los templos casi sin excepción se tiene la Hora Santa Vocacional ante el Santísimo Sacramento los jueves de cada semana.

Como conclusión, una mirada de esperanza. Los cambios sociológicos, culturales, económicos y religiosos tan significativos de final y principio de milenio, están afectando seriamente la vida religiosa y la vida familiar, y por consiguiente, las vocaciones consagradas. Sin embargo, queda todavía un espacio de esperanza. Precisamente por ser la familia la más universal y básica de las instituciones humanas, siempre ha sobrevivido y salido a flote de las crisis que los tiempos le han planteado. Hoy la familia está en un momento de búsqueda y de formulación de un nuevo sistema de valores que integre aquellos que se consideran perennes con los que se abren camino en este período de transformación y cambio.

La familia es obra de la Trinidad y reflejo de la comunidad divina: Dios Creador la fundó, Cristo Redentor la santifica con la gracia de un Sacramento, y el Espíritu Santo le infunde el don del amor. La Providencia divina vela pues sobre ella y la cuida como célula fundamental de la sociedad y de la Iglesia. La pastoral

Vocacional deberá tener como punto de referencia, más de lo que tal vez lo ha hecho hasta ahora, a la familia cristiana y ayudarla a «que sea ella misma» (*FC* 19), a considerarse como pequeña iglesia doméstica (*LG* 11) y «primer seminario» (*OT* 2) donde se formen cristianos dispuestos a seguir la llamada de Dios.

Roma, Italia, a 18 de enero de 2007.

*La preparación de la
V Conferencia General del
Episcopado Latinoamericano*

S.E.R. Cardenal FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ OSSA
Arzobispo de Santiago de Chile y Presidente del CELAM

Agradezco al Presidente de la Pontificia Comisión, Su Eminencia el Cardenal Juan Bautista Re, la oportunidad de presentarles el avance de los trabajos preparatorios de la Conferencia General de Aparecida. Las etapas de este camino hasta enero del año 2005 fueron expuestas en nuestra anterior Plenaria. Sólo recordaré los elementos más importantes de esa primera etapa, para referirme a continuación al trabajo preparatorio en los últimos dos años.

I. TRES CONSTATAIONES

Como ustedes recordarán, en la XXVIII Asamblea del CELAM, celebrada en Caracas el año 2001, el Presidente de la Conferencia Episcopal de Honduras recordó a todos que cabía pedirle al Santo Padre la convocación de una nueva Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. El asunto fue resuelto rápidamente. Todos los votos fueron favorables. Sólo dos abstenciones. Esa resolución tan inmediata y entusiasta me enseñó algo que ignoraba. **El CELAM es una familia de Conferencias Episcopales**, y ésta sentía la necesidad de encontrarse, de dialogar, de discernir juntos los signos de nuestro tiempo, y de orientar los esfuerzos pastorales con espíritu de comunión.

Tres años más tarde, en febrero del año 2004, los representantes de nuestras Conferencias Episcopales se reunieron en Puebla de Los Ángeles. Quisimos reflexionar sobre **la magnitud de los cambios ocurridos recientemente en nuestros pueblos y en la Iglesia de nuestro Continente**. Nos impresionó la extensa lista de transformaciones profundas que se habían producido y que se-

guían modelando y desafiando nuestra convivencia y nuestras relaciones, como también la vida de la Iglesia y las prioridades pastorales con que realizamos su misión. El tiempo había dejado su huella. Me detengo en tres constataciones que surgieron en nuestra reflexión.

1. Sintetizando esta experiencia de situaciones nuevas, de inseguridad ante el futuro y de inéditos compromisos, podemos leer en el Documento que ha suscitado la participación de quienes preparan la Conferencia de Aparecida, que vivimos **en medio de los dolores de parto de una nueva época**. Citaré el Documento de Participación (DoPa) con libertad, ateniéndome más al sentido de las palabras que a su versión literal. Expresa:

De hecho América Latina y el Caribe son desafiados con fuerza por los cambios religiosos, éticos y, en general, culturales, que marcan dolores de parto de una nueva época. No somos una isla. Tenemos que orientar nuestro trabajo pastoral hacia la conversión de hombres, mujeres y jóvenes que viven en el hoy, cuyas convicciones vacilan ... atraídas, desafiadas o rechazadas por los mensajes de los medios de comunicación y por los grupos que se llaman progresistas y, en reacción a ellos, por tendencias exclusivamente conservadoras. Remaremos mar adentro y lanzaremos las redes en el nombre del Señor Jesús, confiando en su palabra, navegando con frecuencia contra la corriente, pero con simpatía por cada persona, creada y recreada a imagen y semejanza de Dios, que tiene sed de su paternidad, de humanidad y fraternidad; también con simpatía crítica a este tiempo que es el nuestro; y sobre todo, con inmensa gratitud por los proyectos de Dios. (ver DoPa 94)

Continúa el documento:

El parto de una época tiene sus tiempos de gestación, de espera y de dar a luz. Pero no todo es lineal. En

el seno de la historia pueden luchar diversas criaturas que quieren triunfar y ver la luz. Los signos del crepúsculo de una era que concluye y del amanecer de otra, se han hecho presentes en las últimas décadas, en medio de luchas ideológicas, raciales y aún religiosas. Pero vienen de más lejos. El paso al tercer milenio es el símbolo de una transición que aún perdura. De hecho las relaciones del ser humano consigo, con la familia, con el mismo Dios, además con la naturaleza, la verdad, la información y la técnica, están cambiando profundamente, más allá de la evolución orgánica que conlleva el decurso de la historia (ver DoPa 95).

Sin detenernos ahora en los cambios que podemos constatar en el ámbito del conocimiento –baste pensar en la astronomía y en la investigación genética -, de la técnica, la comunicación y la economía; de la ética y la política internacional; y sin referirnos a la globalización, temas presentes en el Documento de Participación, echemos una mirada tan sólo a ese ámbito más humano de nuestra existencia, del cual depende de manera determinante la cultura. Me refiero *al matrimonio, la familia, la mujer, la vida y el amor.*

Con dolor el documento mencionado (ver DoPa 99-101) constata:

La cultura condena tanto a la familia, como a la maternidad y a la natalidad. Incontables personas se encierran en su yo, y viven procurando tan sólo su autorrealización, sin desarrollar algo tan necesario para realizarse y ser felices: la vocación de ser un don gratuito para otros. La familia sufre los embates más fuertes de la historia. No se le reconoce su valor para los individuos y para la vida social y religiosa. Es más, tampoco se la reconoce como fruto del matrimonio.

Por otra parte, el matrimonio como concepto y como realidad viva, es violentado por quienes lo abren a uniones pasajeras, lo separan de la procreación y lo acep-

tan para parejas del mismo sexo.¹ Al menos en el mundo occidental puede ocurrir muy pronto que la mayoría de los jóvenes no haya contado con la experiencia dignificante de un hogar estable, ni con un padre cercano, ni con una madre que le hubiera brindado el cariño y la incondicionalidad que necesitaba. ¿Son éstos los signos de una nueva época, o más bien lo son de la decadencia de la época que concluye, que gime y clama por el nacimiento de una nueva que redescubra la novedad del Evangelio, dando respuesta a grandes expectativas y procurando realizaciones más humanas?

Cambia asimismo el sentir sobre la identidad y la misión de la mujer. Faltaba su aporte de humanidad en la vida pública y en la actividad productiva,² regidas muchas veces por categorías de eficacia masculina y sin suficiente consideración de las personas y de la comunión. Pero, al mismo tiempo que ella despliega el don más valioso que ha recibido, su maternidad, y la proyecta en forma espiritual para cuidar y proteger la vida, abrirle espacio y alimentarla en el mundo social, atentan contra su misión en el mundo y en la familia los intentos por conducirla al menosprecio y al ocaso de ese maravilloso don, la maternidad, a la mera competencia con el varón, al reclamo de leyes que le den el “derecho” sobre su cuerpo, vulnerando el respeto por una nueva vida que crece en él, el derecho a la disolución rápida del matrimonio y la familia, a la esterilización no terapéutica y a otras novedades, como si fueran grandes logros y derechos de “género”. Todo ello debilita la cultura de humanidad que depende vitalmente del despliegue generoso de su genio femenino.

En relación a estos temas y a muchos otros, cambian asimismo **los parámetros de las políticas públicas**. Con demasiada frecuencia nuestros gobier-

¹ Cf. *Ibidem*, n. 215-218; 221ss.

² Cf. *Ibidem*, n. 295.

nos optan por actitudes permisivas. Constatan una gran diversidad de visiones y opciones en la sociedad, y privilegian como norma absoluta las decisiones personales de los ciudadanos, a los cuales se les reconoce la mayor libertad. Es más, se legitima y legaliza las opciones subjetivas, porque el Estado, dicen, no puede optar por ningún modelo. Esta indefinición es ya dictadura cuando los gobiernos subvencionan la educación particular sólo si cumple con una condición: que comparta la indefinición del Estado, que favorecen el relativismo moral, el nihilismo, y el caos de la ética.

Un caso evidente y emblemático se da en relación a los diferentes “modelos” de matrimonio y familia. So pretexto de no interferir la libertad individual, el Estado no favorece a ninguno, con lo cual menoscaba al único verdadero. Pero, ¿no debiera favorecer el matrimonio nuclear, compuesto de padre, madre e hijos en un hogar estable, sabiéndose que este modelo, precisamente por ser el querido por Dios agregaríamos nosotros, es el que más favorece a los hijos, ayudándolos a ser personalidades ricas en valores, con equilibrio afectivo, con iniciativas, que caen mucho menos que otros en la deserción escolar, el sexo precoz, la paternidad y maternidad adolescentes, la delincuencia, el alcoholismo y la droga? ¿No debiera favorecer este modelo, porque sólo así puede frenar el descenso alarmante de la natalidad, con todas sus consecuencias negativas? ¿No debiera favorecerlo, porque al considerar verdadero matrimonio a una unión de dos personas del mismo sexo, pierde toda orientación basada en la naturaleza, y así le abre la puerta a la poligamia, a la poliandria, a las uniones de varios hombres con varias mujeres, con sus pretensiones de ser consideradas matrimonio y gozar de todas las atribuciones del mismo, especialmente del derecho a la adopción?

En este contexto podemos constatar una tendencia que acompaña y sustenta la ya mencionada, y que

introduce profundos cambios en el orden de la verdad, las costumbres, la configuración de la sociedad y su legislación.

La sociedad ha abierto sus ojos y ha descubierto postergaciones, discriminaciones y amenazas reales que antes no percibía o no quería percibir: Cuestionada por ellas, se ha propuesto una acción bienvenida y liberadora. Pero cuando esta tendencia está compenetrada de indiferencia ante la voluntad del Creador, desorbita justas aspiraciones de grupos humanos y de otras realidades que sufren. En efecto, ha surgido una nueva conciencia contraria a toda discriminación, que busca la justicia y la equidad; con frecuencia, sin embargo, ajena a la verdad y el bien. La agenda para la debida superación de toda discriminación de la mujer, como lo vimos más arriba, conlleva en determinados grupos militantes el reconocimiento del “derecho” a dar muerte al más inocente de los seres humanos. La causa noble de velar por los equilibrios ecológicos ha sido también abrazada por algunos movimientos ecologistas que niegan toda superioridad de la persona sobre las demás criaturas. Y cuando proclaman la intangibilidad de la naturaleza, hacen una excepción, nada menos que el aborto, porque sería necesario disminuir el número de los que son agresores potenciales del medioambiente (ver DoPa 107).

Resumiendo podemos decir que los cambios culturales que son impulsados en nuestros países, y que en buena parte tienen sus raíces en Europa, constituyen un enorme desafío a la nueva evangelización. En efecto, muchos de ellos persiguen la emancipación de nuestra cultura de su matriz cristiana y católica ... una emancipación que no libera, porque la verdad del Evangelio nos hace libres y hermanos.

2. Sin embargo, **no todas las realidades cambian**. Algunas de ellas nos alegran, por ejemplo, la persistencia de la fe en Dios y de la valoración de la familia. Pe-

ro, hay otras que permanecen como una profunda herida en el tejido social. Es la segunda constatación que consignamos: **la enorme pobreza de un porcentaje muy importante de la población de nuestros países, y las desigualdades sociales y económicas, laborales y sanitarias, educacionales y culturales que encontramos en ellos.** En general éstas no han cambiado. Tenemos altísimos índices de pobreza y de miseria, y somos el Continente con las mayores desigualdades en los ingresos.

A pesar de la insistencia de las últimas Conferencias Generales del Episcopado en impulsar **la opción preferencial por los pobres**, tenemos que constatar que:

...los beneficios económicos del desarrollo macroeconómico en los países de la región que han crecido, no son distribuidos con equidad. Sigue siendo escandalosa la persistencia de la pobreza, la miseria y el desempleo en un sub-continente formado mayoritariamente por cristianos. Y crece la brecha del ingreso entre los más ricos y los más pobres. Estos males golpean principalmente a millones de mujeres que son responsables de su hogar, de indígenas y de afroamericanos. La opción preferencial por los pobres aún no da frutos que permitan mirar el futuro como un tiempo de fraternidad y de paz (ver DoPa 126).

La escasa repercusión, en términos globales, de la preferencia por los pobres, nos exige una reflexión acerca de sus causas, sobre todo de la debilidad de nuestro compromiso como cristianos con el sufrimiento de Cristo en los pobres y afligidos. Muchísimos cristianos no encuentran en ellos el rostro de Cristo y no se acercan a su dolor, y un elevado número de cristianos no está comprometido con su identidad de ser otros cristos, con firme voluntad de no ser servidos sino de servir, con una actitud de justicia y misericordia, como constructores de la fraternidad y la paz. Nos duele constatar, que en proporción son pocos los cató-

licos destacados que entregan su vida y su liderazgo al servicio público, y menos aún los que lo hacen de manera coherente con su condición de discípulos de Jesucristo. Ha crecido la crítica por su ineficacia en la transformación de la sociedad según el querer de Dios.

Surge una pregunta ¿Nos hallamos ante un gran vacío en nuestras prioridades pastorales? ¿No hemos descuidado la formación de los laicos para ordenar las realidades temporales según el querer del Señor, invitándolos más bien a participar en la construcción de la Iglesia? (ver *DoPa* 154).

3. Desde las Conferencias de Puebla y Santo Domingo se han **producido cambios notables también en la vida de la Iglesia**. Ésta es la tercera constatación. Los valoramos, por ejemplo, cuando constatamos una creciente vitalidad espiritual y comunitaria, y la rica siembra de nuevos carismas y los brotes de nuevos ministerios; pero nos duelen cuando se refieren a la disminución del número de los católicos, tanto en términos globales como en la participación y la recepción de los sacramentos. Los constatamos asimismo en la relación de la Iglesia con la sociedad y con otras confesiones religiosas, y en los nuevos desafíos que enfrentamos y las consiguientes prioridades pastorales.

Algunos signos de estos cambios (ver *DoPa* 147s y 155) ya fueron presentados en nuestra anterior Plenaria:

a) La irrupción de otras confesiones cristianas, de sistemas orientales, de la New Age y de sectas, casi siempre agresivas con la Iglesia, es un hecho nuevo y desafiante. También ha crecido la increencia, sobre todo entre los jóvenes. La pérdida de un número consistente de católicos es un cambio muy doloroso. En los últimos diez años descendió hasta el 10% el número de católicos en diversos países del Continente. Esto nunca había ocurrido en nuestra historia.

Un gran número de católicos no sabe reaccionar ante este pluralismo religioso. Los desconcierta escuchar que el catolicismo sería una opción individual entre muchas de igual valor, en el mercado mundial de ofertas religiosas. Además son incontables los bautizados que no participan en la vida de las comunidades eclesiales y no celebran el día del Señor. Corren el riesgo de perder su identidad católica, y aun cristiana.

Por otra parte la Iglesia experimenta una agresividad nueva en la vida pública, desconocida en los últimos decenios y contraria a la presencia del mensaje de Jesucristo; atenta contra las raíces cristianas de nuestra cultura. No faltan quienes quieren acallar y aun destruir en el Continente la autoridad moral de la Iglesia y de sus pastores, y desdibujar la realidad y la misión de la Familia de Dios. Al parecer, estiman que sólo así podrán liberalizar las costumbres y las leyes. Este trabajo lo facilitan nuestros errores y nuestra falta de ardor, como también los escándalos que causan las noticias cercanas o lejanas, verdaderas o falsas, de graves transgresiones a la ley moral, que socavan y destruyen credibilidades y confianzas.

b) El Documento de Participación no se queda, sin embargo, en constataciones deprimentes ni en lamentos estériles. También constata con alegría **la acción del Espíritu Santo en el Pueblo de Dios.**

Podemos percibir que crecen las manifestaciones de la piedad popular, sobre todo las expresiones masivas, por ejemplo, en las grandes peregrinaciones. Son palpables las iniciativas misioneras y solidarias de estudiantes movidos por su fe. Asimismo percibimos tantas búsquedas de jóvenes —que tienen como punto de partida el anhelo de felicidad, de libertad, de identidad y pertenencia, de solidaridad, de hogar y paternidad, de trascendencia y de paz—, que son expresiones de una sed profunda, que se sacia con el Evangelio de Nuestro Señor.

Otro signo notable de esperanza que no se da con igual fuerza en otras latitudes, es el crecimiento del número de quienes se encuentran con Jesucristo y se comprometen con Él y con su Iglesia. Crece de manera vigorosa ese fermento de verdad y de vida constituido por personas, movimientos eclesiales y comunidades cuya vida es atrayente, porque permanecen en el amor y en la misión de Cristo, porque en ellas vive el misterio de la Iglesia, misterio de comunión misionera. Esta realidad que nos conmueve es inseparable de la riqueza mariana y de la cercanía al Santo Padre de nuestras Iglesias particulares y de sus comunidades vivas (ver DoPa 31).

Podemos constatar asimismo que la recepción del magisterio de los obispos y del Papa Juan Pablo II, como también recientemente de Su Santidad Benedicto XVI, ha fortalecido la vida de la Iglesia y su misión en el mundo. Pensemos, por ejemplo, en las anteriores Conferencias Generales del Episcopado latinoamericano y en las peregrinaciones del Papa Juan Pablo II a nuestros países. Recordemos, además, el eco que tuvieron recientemente y siguen teniendo la Exhortación apostólica *Ecclesia in America*, como también la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* y la encíclica *Ecclesia de Eucaristía*, y de manera creciente la primera encíclica de Su Santidad Benedicto XVI, *Deus Caritas est*. La Iglesia en el Continente hoy sería muy distinta sin ese caudal de vida nueva y de iniciativas pastorales que se ha abierto camino en ella, la riega y la hace más fecunda (ver DoPa 33).

Con mucha confianza en la acción del Espíritu Santo, y conscientes del ofrecimiento que Dios nos hace de su gracia y de vida nueva, que intuimos al constatar tantos desafíos, iniciamos a comienzos del año 2004, la preparación de la V Conferencia General del Episcopado de Latinoamérica y el Caribe, conscientes de su necesidad y urgencia.

II. UNA INTUICIÓN PROFÉTICA EN PUEBLA

Recordábamos en nuestra última Plenaria el encuentro que reunió al CELAM en el año 2004 para celebrar el XXV aniversario de la Conferencia de Puebla. Después de reflexionar sobre los profundos cambios que habían ocurrido en la Iglesia, en la cultura occidental y en nuestros países, nos dividimos en cuatro comisiones con el objeto de delinear el tema de la V Conferencia General. Fue grande nuestra sorpresa cuando pusimos en común las conclusiones, porque apareció un consenso unánime. Consideramos que la Conferencia debía tener como **principal eje temático la vocación de ser discípulos de Jesucristo para la vida de nuestros pueblos**. Y hasta el día de hoy nos impresiona esa primera intuición. No nos condujeron a ella largos análisis de los signos de los tiempos ni reflexiones deductivas. Ese consenso, visto en perspectiva, me atrevo a decir que fue una intuición profética; una moción del Espíritu Santo.

Por ese camino, sin echar al olvido el compromiso asumido con las grandes metas de las Conferencias Generales anteriores en relación a la Nueva Evangelización, nos convencimos de la necesidad de dar un paso más por el camino pastoral indicado en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*. A partir del «encuentro con Jesucristo vivo» nos parecía necesario **llegar con profundidad al sujeto que debe responder a los grandes desafíos de nuestro tiempo**. La vocación de discípulos, de gran riqueza bíblica, nos abre el camino evangélico y eclesial para ello. Queremos desplegar, con la ayuda de Dios, toda la riqueza del encuentro con Jesucristo para formar a quienes han recibido y confirmado la gracia del bautismo, y con ella la vocación de configurarse con Él como discípulos suyos, y de construir la comunión, de evangelizar y dar vida nueva a nuestros pueblos.

III. LAS DECISIONES DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI QUE ATAÑEN A LA V CONFERENCIA GENERAL

1. Pocos días después de su elección, el Santo Padre recibió en audiencia a la Presidencia del CELAM. Con gran interés quiso enterarse de los avances de la preparación. Ya en esa ocasión se declaró plenamente de acuerdo con la celebración de esta Conferencia General. Esperaba aprobar **el tema de la V Conferencia** antes de la Asamblea Ordinaria del CELAM, que se realizaría en Lima en Mayo del año 2005, Pero la cantidad de asuntos de los cuales tuvo que ocuparse le impidieron proceder tan rápidamente. Sin embargo, el día 7 de julio de ese año, ya entregaba el tema de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano:

Discípulos y misioneros de Jesucristo,
para que nuestros pueblos en Él tengan vida.
«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6)

El Santo Padre enriqueció nuestra proposición. De él proviene la expresión “ en Él ” y la cita evangélica. Somos discípulos y misioneros de Jesucristo cuando nuestro testimonio y nuestra misión evangelizadora se realiza verdaderamente por Él, con Él y en Él, que es nuestro Camino, nuestra Verdad y nuestra Vida. En dicha audiencia manifestó asimismo que el inicio del tercer milenio y sus desafíos propios son el contexto que no podemos olvidar.

2. A la luz del tema aprobado por el Santo Padre, con la ayuda de algunos expertos y sobre todo de la Comisión Central de preparación de la V Conferencia, de la cual forman parte Su Eminencia el Cardenal Cláudio Hummes, los Arzobispos Alberto Suárez de México y Alberto Giraldo de Colombia, y los Obispos Julio Cabrera de Guatemala, José Grullón de la Repú-

blica Dominicana, José Luis Azuaje de Venezuela, Andrés Stanovnik, que la preside como Secretario del CELAM, y el P. Sidney Fones, secretario adjunto del Consejo episcopal, nos dedicamos a la tarea de formular un escrito que presentara el tema y suscitara la participación de las comunidades en todas las diócesis del Continente que se propusieran trabajar activamente en la preparación de la V Conferencia General. Por su objetivo propio lo llamamos Documento de Participación. Con él ofrecimos además una ayuda metodológica, las 20 fichas que lo acompañaban. La Pontificia Comisión nos ayudó con valiosas observaciones al proyecto de documento, y éste fue publicado en septiembre del año 2005.

3. Con ocasión del Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía, el 15 de octubre de 2005, tuvimos una audiencia con Su Santidad Benedicto XVI, en la cual participaron los Cardenales don Pedro Rubiano, don Cláudio Hummes, don Jorge Mario Bergoglio y un servidor. Pusimos en sus manos el primer ejemplar del Documento de Participación. Él deseaba conversar con nosotros sobre los temas pendientes, a saber, sobre el lugar en que se realizaría la Conferencia y la fecha de su celebración. Nos parecía de suma importancia su presencia en América Latina. Sin lugar a dudas profundizaría la pertenencia a la Iglesia de muchos bautizados más alejados o vacilantes, y su conducción pastoral llegaría más hondamente al corazón creyente de los fieles. Además, había una razón simbólica: convenía mostrar la diferencia entre un Sínodo y una Conferencia General. En este segundo caso, la iniciativa se remonta a las Conferencias Episcopales, también en cuanto a la primera proposición del tema. El documento final es una expresión del magisterio episcopal en comunión con el Santo Padre. Él mismo lo autoriza. Por eso nos parecía conveniente que su celebración

tuviera lugar, como en los casos anteriores, en la región en la cual sirven a la Iglesia las Conferencias que le piden al Papa ser convocadas por él para reunirse.

Después de escuchar proposiciones concretas, el Santo Padre decidió: «será junto al Santuario mariano de Aparecida. Dios que me ha dado este encargo, me dará las fuerzas para cumplirlo». Como fecha aprobó que tuviera lugar desde el 13 al 31 de mayo del año 2007.

4. Pocas semanas más tarde, el 23 de noviembre del 2005, con su firma y su escudo, nos envió la oración con que imploraríamos la gracia del Señor durante la preparación de la Conferencia de Aparecida.

5. El día 20 de abril de 2006, Su Eminencia el Cardenal Re nos comunicó oficialmente que Su Santidad Benedicto XVI convocaba formalmente para los días 13 al 31 de mayo del año 2007 la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, cuya sede sería la ciudad de Aparecida en Brasil. Su tema: «Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida (*'Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida'*, Jn 14,6) ».

En esa misma oportunidad el Cardenal nos comunicó que el Sumo Pontífice el día 8 de abril había aprobado el Reglamento «que deberá seguirse para la preparación, designación de participantes y el desarrollo de dicha V Conferencia». Según este Reglamento, el número de los Obispos que tendrán derecho a voto será aproximadamente 160 (se elegirá según la clave: un obispo por cada 8 obispos en ejercicio en cada país). A ellos se agregan 10 obispos sin derecho a voto, y aproximadamente 75 invitados, entre sacerdotes, miembros de Institutos de Vida Consagrada, diáconos permanentes, laicos y laicas, a los cuales hay que agregar algunos observadores de otras confesiones religiosas y un número adecuado de peritos.

Dicha comunicación fue causa de una gran alegría. Escribía el Sr. Cardenal después de su audiencia con el Papa: «Me es grato participarle que el Santo Padre agradece de corazón la labor de preparación de la V Conferencia que ya ha realizado el CELAM y las Conferencias Episcopales, extendiendo también su gratitud a quienes colaboran en dicha preparación».

6. El día 12 de diciembre recién pasado, fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe, El 'Osservatore Romano' publicó la decisión del Santo Padre mediante la cual nombró a los tres Presidentes de la V Conferencia General, como también al Secretario General y al Secretario adjunto.

IV. VARIAS VÍAS DE PREPARACIÓN

Los Estatutos del CELAM establecen, entre sus funciones, la de «preparar las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe cuando la Santa Sede las convoque...» (Art. 4, 7). La Asamblea de Tuparendá dio el siguiente encargo a la nueva Presidencia: «animar y coordinar, en comunión con la Santa Sede, la participación de las Conferencias Episcopales en la preparación y celebración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano».

Para cumplir con este encargo recorrimos cinco caminos que contribuirían a preparar Aparecida. Un primer camino de preparación, el camino más amplio y directo, ocurriría en las diócesis y en los países. Otro camino nos pondría en contacto con los diferentes Dicasterios de la Curia Romana, pidiéndoles sus aportaciones en la preparación de la Conferencia. De hecho, recibimos valiosas aportaciones. Un tercer camino nos llevaría a reorientar, a la luz del tema de la Conferencia de Aparecida, el cumplimiento de los programas recibidos de las Asambleas anteriores del CELAM, que

configuran el Plan Global del cuatrienio, y el cuarto camino lo recorreríamos convocando congresos y seminarios de especialistas, para que los participantes pudieran enriquecerse con sus reflexiones. Por último, un quinto camino nos conduciría a la publicación de algunos libros sobre la situación de América Latina y el Caribe, y sobre temas bíblicos que iluminasen el temario de la Conferencia de Aparecida.

A. LA PREPARACIÓN EN LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES Y EN LAS DIÓCESIS

Muchas Conferencias Episcopales recibieron con entusiasmo el temario y la invitación a participar activamente en la preparación. Algunos países y algunas diócesis, sin embargo, que ya trabajaban determinadas etapas de su propio plan pastoral, postergaron el trabajo con el temario para el tiempo posterior a Aparecida. El Documento de Participación fue reimpresso en muchos países. Otros, imprimían sus diferentes capítulos, bajándolos de la página web del CELAM. Algunas Conferencias Episcopales adaptaron las fichas a su realidad específica.

El trabajo se reveló muy fecundo en aquellas diócesis que invitaron no sólo a reflexionar y responder, sino además a rezar y a iniciar desde ya el procesos de vida que conlleva escuchar la palabra de Dios en el tema de la Conferencia, y cumplirla sin esperar la publicación del documento conclusivo, sino sacando de inmediato consecuencias para la vida y para la misión personal y comunitaria, conforme a las palabras de la Sma. Virgen: «Hagan lo que Él les diga». En muchos lugares los sacerdotes quedaron sorprendidos por el interés que despertó el tema en comunidades de fieles laicos. En algunos países, las Asambleas de las Conferencias Episcopales dedicaron parte de sus reflexiones a la V Conferencia General. La ficha para los Obispos

fue el punto de partida de intercambios sobre su vida y su ministerio que no siempre ocurren.

En la sede del CELAM recibimos a partir del mes de noviembre las aportaciones de las Conferencias Episcopales. Durante el mes de diciembre fueron clasificadas, según los diversos temas. Respondieron 21 de las 22 Conferencias Episcopales. Sus respuestas sumaron 1.421 páginas. En los Estados Unidos de América se trabajó con el Documento de Participación en 50 diócesis. También ellas enviaron el fruto de sus reflexiones.

No faltó una Universidad que promovió trabajos de investigación sobre el tema. Nos envió dos libros con los resultados. Tampoco faltaron aportaciones de personas y organismos de varios países, también de organismos internacionales, que fueron enviadas directamente a la sede del CELAM. Sumaron otras 720 páginas.

Durante todas estas semanas del mes de enero un grupo de obispos y de teólogos trabajan arduamente en Bogotá, resumiendo los aportes recibidos y escribiendo el «Documento de Síntesis». Es una labor difícil, porque este documento de síntesis por una parte debe reflejar fielmente los aportes recibidos pero sin abundar en páginas, y por otra parte debe reflejar con claridad cuáles son los grandes temas de Aparecida, de manera que sea fácil determinar los temas y sub-temas que ocuparán nuestra atención, y las comisiones que trabajarán en ellos. Éste será el instrumento sucinto que tendrán a mano los convocados para prepararse a participar en la Asamblea. Naturalmente en Aparecida también tendrán todo el acceso que deseen a las aportaciones en sus textos originales.

B. CONGRESOS, ENCUENTROS Y SEMINARIOS
ORGANIZADOS POR EL CELAM EN PREPARACIÓN
DE LA V CG

Los Encuentros y Seminarios que formaban parte del **Plan Global 2003-2007**, desde el momento en que el Santo Padre aprobó el tema de la Conferencia de Aparecida, fueron realizados a la luz de dicho tema. Por eso, en muchos de ellos hubo aportes directos para la V CG.

En forma explícita, como un servicio a la reflexión que suscita la V Conferencia General, convocamos además diversos Congresos, Encuentros y Seminario para que numerosos miembros de nuestra Iglesia, que han dedicado su vida a realizar la misión del Pueblo de Dios desde ángulos específicos, pudieran aportar sus experiencias y reflexiones. Para ello se realizaron las siguientes actividades:

A) Dos **Congresos continentales** con una amplia participación de representantes de las áreas respectivas:

1. *Primer Encuentro Continental de Representantes de Movimientos Apostólicos y Nuevas Comunidades en L-A y el Caribe*. Preparado en conjunto con el Pontificio Consejo de Laicos.

Tema: «Discípulos y Misioneros de Jesucristo hoy» – itinerarios de fe y compromisos.

Participantes: 189 personas (incluido equipo de apoyo)

Un primer balance mostró que este Congreso, el 1° realizado en América Latina con los Movimientos Eclesiales de nuestro Continente y del Caribe, tuvo una gran fecundidad. Participaron más de 40 movimientos eclesiales. Tanto el Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, Mons. Stanislaw Rylko y sus colaboradores, como los miembros del CELAM y los

obispos presentes, consideraron de gran valor tanto la invitación a ofrecer su experiencia como también la acogida que recibieron del Consejo episcopal tantas carismas, que el Espíritu Santo ha regalado a la Iglesia como otras tantas escuelas de formación de discípulos y misioneros, acordes con las necesidades de nuestro tiempo.

2. Encuentro continental y congreso de teología-pastoral mariana

Tema: *Destacar y acoger la piedad mariana de nuestros pueblos hacia la Sma. Virgen María, Madre de Jesús y de sus discípulos.*

Lugar y Fecha: Cuautitlán, México, del 27 de septiembre al 01 de octubre 2006.

Participantes: 126 personas (incluido el equipo de apoyo).

Este gran Encuentro quería buscar respuestas a un tema candente de nuestra pastoral. En nuestro continente mariano, que también por esta característica de su cultura se le ha llamado el continente de la esperanza, nosotros los Obispos, los sacerdotes, los diáconos, los consagrados, los agentes pastorales, ¿qué hacemos pastoralmente con el gran don que Dios nos ha regalado: nuestra relación cordial y creyente con la Sma. Virgen? En nuestro trabajo pastoral, ¿sabemos alimentar y cultivar el amor a ella, de manera que produzca todos sus frutos: que nos conduzca a Cristo, que nos ayude a ser dóciles al Espíritu Santo, a confiar en el querer de Dios y a colaborar con Él, que nos contagie con su vida eucarística y su compromiso con los pobres, que nos transmita su responsabilidad por la historia, que suscite en nosotros la voluntad de vivir en comunión y forjar la paz? ¿Lo hacemos realmente? ¿No nos ocurre con frecuencia que optamos por la otra solución silenciosa y poco fecunda? En efecto, podemos constatar que muchas veces nos basta con esperar que el amor a la Virgen siga su curso, y no nos pre-

ocupamos ni de posibles reduccionismos, ni menos aún de despertar ese vigoroso dinamismo que lleva al encuentro con Jesucristo vivo, y que inspira los caminos de la conversión, la comunión y la evangelización, los caminos para construir la Iglesia sin formalismos, sin espiritualismos, sin activismos ni minimalismos, y para transformar el mundo, liberándolo de estructuras de pecado, porque Dios quiere derribar de su trono a los poderosos y a los soberbios, y espera nuestra colaboración. Nuestro Congreso dio vigorosos impulsos para abrir este fecundo horizonte pastoral.

B) **Nueve Seminarios**, es decir, nueve encuentros de expertos con el objetivo de preparar subsidios (publicaciones) para quienes participen en la V CG. Transcribo a continuación el objetivo de estos seminarios.

1. *Seminario sobre la «Iglesia en la Opinión Pública»*

Tema: Recoger la actual opinión pública generalizada sobre la Iglesia católica en las diversas franjas de la población.

Lugar y fecha: Bogotá, septiembre 2005

Participantes: 23 personas

2. *Seminario sobre el Presbiterado*

Tema: El presbítero, discípulo y misionero de Jesucristo en América Latina

Lugar y fecha: Panamá, marzo, 2006

Participantes: 10 personas

3. *Seminario sobre gestores sociales: políticos, empresarios, laborales*

Tema: Profundizar la tarea de los laicos en el momento presente de L-A y buscar las causas de la incongruencia en el ser y quehacer de un gran número de fieles

Lugar y fecha: Bogotá, agosto 2006

Participantes: 22 personas

La invitación al Seminario recordaba un texto del Documento de Participación, que afirma: «... probablemente hemos descuidado la formación de los laicos para ordenar las realidades según el querer del Señor. Los hemos invitado más bien a participar en la construcción de la Iglesia. Por eso constatamos en incontables constructores de la sociedad influyentes y bautizados, sobre todo en un gran número de políticos, economistas, empresarios, sindicalistas y comunicadores sociales, que sus convicciones éticas son débiles y no logran cumplir su responsabilidad en el mundo con coherencia cristiana» (DPa n. 154).

La convocatoria del Seminario invitaba a reflexionar sobre «los laicos en el tiempo actual de América Latina y El Caribe, desafíos y oportunidades, desde el mundo de la economía, la política y el trabajo, para consolidar su participación como discípulos y misioneros de Jesucristo con el fin de que nuestros pueblos en Él tengan vida».

4. Seminario sobre el cambio cultural:

Tema: Discernir el cambio de época que estamos viviendo, con sus oportunidades y amenazas para los fieles cristianos como discípulos y misioneros de Jesucristo.

Lugar y fecha: 5 al 7 de 2006

Participantes: 20 personas

El objetivo con el que se invitó a participar en este seminario consistió en discernir los signos del cambio de época que estamos viviendo, para descubrir en ellos oportunidades que presentan para desarrollar la identidad, vocación y misión de los fieles cristianos —discípulos y misioneros de Jesucristo—, como también identificar sus amenazas. La clave para el discernimiento sería, según la invitación, el tema que nos entregó S.S. Benedicto XVI para la V Conferencia General: «Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan vida» —«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6).

5. Seminario de reflexión interdisciplinar

Tema: Reflexionar sobre el acontecimiento de la V Conferencia General en el contexto histórico eclesial y social actual.

Lugar y fecha: Bogotá, octubre 2006

Participantes: 21 personas

En la carta de invitación a este seminario decíamos que percibimos la necesidad de abrir un diálogo en un espacio especializado e interdisciplinar sobre el tema y el acontecimiento eclesial que significa celebrar la V Conferencia General en el actual momento histórico de la Iglesia en América Latina y El Caribe. Quisimos invitar a esta reflexión e intercambio a personas que provienen de diversas disciplinas en el área de la teología, de la filosofía y sociología.

Agregábamos a modo de sugerencia y como primer apunte temático, que podríamos orientar nuestra reflexión siguiendo esta pauta: 1. Compartir las reacciones que suscita la V Conferencia General como acontecimiento eclesial en el momento actual de América Latina y el Caribe. 2. Individuar los grandes temas que debería abordar la V Conferencia General. 3. Confrontar el alcance y significado del tema de la V Conferencia: «Discípulos y Misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida» con esos grandes temas como respuesta a ellos.

6. Seminario «Para la vida de nuestros pueblos en Cristo» (exclusivo de mujeres)

Tema: Profundizar la contribución femenina a la perspectiva de vida que encierra el tema que nos ha entregado el Santo Padre para la V CG.

Lugar y fecha: Bogotá, noviembre 2006

Invitadas: Una mujer de cada uno de los 22 países

Les escribimos al invitarlas: El tema de la V Conferencia «*Discípulos y misioneros de Jesucristo, para*

que nuestros pueblos en Él tengan vida, 'Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida' (Jn 14,6)», ha suscitado un gran interés. Esta Conferencia quiere responder a los grandes desafíos de nuestro tiempo, que provocan en tantas personas una dolorosa inseguridad acerca de los valores y las actitudes con los cuales construiremos el futuro, y que emergen como una apremiante sed de vida, de vida en abundancia, de vida nueva en Cristo. Queremos cumplir nuestra misión con toda la novedad y la fuerza del texto evangélico, confesando con nuestro ser y con el testimonio de nuestras obras que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida, nuestra Esperanza y nuestro Canto. En este marco esperamos recoger las reflexiones que surgen de la misión de la mujer y de su maternidad espiritual a favor de la vida y la sociedad, y ése es el propósito de seminario al que la hemos invitado.

Para que este encuentro sea fecundo, estamos solicitando a todas las participantes escribir **un breve documento de tres a cinco páginas** (letra tamaño 12) sobre dos temas:

Realidades y procesos actuales en América Latina y El Caribe más determinantes para nuestra sociedad y la Iglesia, que pueden ser considerados como signos de vida o, por el contrario, signos de enfermedad y de muerte.

Acciones y actitudes fecundas que debemos promover y a las cuales hemos de abrirles espacio para su ejecución, de manera de impulsar la cultura de la vida, de la vida nueva en Cristo, para que nuestros pueblos tengan vida en Él.

7. Seminario de misionología

Tema: Aportar criterios y orientaciones pastorales a la V Conferencia General sobre la Misión Continental, que se espera impulsar luego de la reunión de Aparecida.

Lugar y fecha: Bogotá, marzo de 2007

Participantes: 12-15 personas (por definir)

8. *Encuentro con Economistas mundiales y CELAM. Realizado en común con MISEREOR*

Tema: la globalización, la superación de la pobreza y la inequidad

Lugar y fecha: Roma, marzo 2007

Participantes: 4 economistas y 5 CELAM

C. PUBLICACIONES SOBRE DIFERENTES TEMAS
RELACIONADOS CON LA CONFERENCIA DE APARECIDA

Si bien las comunidades que han sido consultadas han trabajado con mucho interés y entusiasmo, ello no garantiza que el resumen de sus aportaciones sea suficiente para lograr una visión global a la vez que sectorizada de la realidad con sus elementos más determinantes y dinámicos, ni el discernimiento de lo encontrado desde el corazón y la voluntad de Dios, ni la cristalización de las líneas pastorales más sabias y proféticas para la acción pastoral en nuestras Iglesias particulares.

Desde un comienzo de la preparación la Presidencia del CELAM estimó que sería necesario ofrecer diversos estudios y reflexiones sobre temas centrales para el trabajo de la V Conferencia General. Las materias y las perspectivas para abordarlas son numerosas. Nos sería posible ofrecer tan sólo algunas aportaciones sobre unos pocos temas, para prestar con ellas un limitado servicio.

El tema nos sugería publicar, desde una perspectiva bíblica, algunos estudios sobre el discipulado y el envío misionero en la Iglesia. Así apareció una serie de estudios, que publicamos conjuntamente con las Ediciones San Pablo y con las Paulinas, con el objeto de facilitar su distribución. El primero es una introducción al discipulado de Jesús. Sendos títulos se ocupan de los discípulos y misioneros en la obra de Lucas, en el evangelio de Mateo y de Marcos, y del empeño mi-

sionero de los discípulos en los Hechos de los Apóstoles. Si bien aún faltan algunos títulos, esta colección la corona un estudio sobre María, discípula de Jesús y mensajera del Evangelio.

Por otra parte, publicamos dos escritos de notables peritos que trabajaron en la Conferencia de Santo Domingo. En efecto, reeditamos el libro de un querido experto que Dios se llevó a su Casa, German Doig, con el título «De Río a Santo Domingo», para ubicar las reflexiones de Aparecida en el contexto de las Conferencias anteriores, y publicamos un estudio de Joseph-Ignasi Saranyana, profesor de Historia de la Teología en la Universidad de Navarra, titulado «Cien años de teología en América Latina».

El Observatorio de la realidad en América Latina y el Caribe del CELAM, que en este cuatrienio ha dado sus primeros pasos, nos ofreció tres estudios, que también fueron publicados: «América Latina, sociedades en cambio», «Católicos y Políticos, una identidad en tensión», y «Sectas y nuevos Movimientos religiosos».

A las publicaciones anteriores hay que sumar las que saldrán en las próximas semanas, frutos de los Congresos y Seminarios citados más arriba. De hecho, las conferencias que serán publicadas ya se encuentran fácilmente asequibles en la página web de la V Conferencia General: *www.celam.info*. Como corresponde a su género literario, cada conferencia no es un documento del CELAM, sino una exposición de las reflexiones de quien la dio en el seminario respectivo. En su conjunto, la lectura de todas ellas es valiosa y facilita el conocimiento de personas y realidades que existen en nuestro Continente y en nuestra Iglesia, que muestran sus luces y sus sombras, acompañadas de un esfuerzo de discernimiento.

No podría concluir este capítulo sin hacer una mención muy agradecida a la oración permanente de incontables católicos y comunidades del Continente y

del Caribe, sobre todo en los monasterios de vida contemplativa que entre nosotros florecen, los cuales imploran al Señor que nos de siempre, y de modo especial en Aparecida, el fuego de su Santo Espíritu, para que ilumine nuestras mentes y despierte entre nosotros el deseo de contemplarlo, el amor a los hermanos, sobre todo a los afligidos, y el ardor por anunciarlo al inicio de este siglo (ver oración del Santo Padre para Aparecida).

V. SOBRE EL PRESUPUESTO Y EL FINANCIAMIENTO DE LA CONFERENCIA DE APARECIDA

No quisiera abusar de la paciencia de ustedes, exponiendo todos los datos que se refieren a este rubro. Lo primera que quisiera decir es que en todo momento hemos contado con la colaboración del Sr. Arzobispo de Aparecida, Mons. Raymundo Damasceno Assis y con el Rector del Santuario y su gran equipo de colaboradores. Es difícil imaginar la cantidad de comisiones que trabajan para preparar la Conferencia y acompañarla durante su desarrollo.

Los espacios en los cuales tendrán lugar los trabajos de la Conferencia, las Comisiones, Subcomisiones, Secretarías, Oficinas de Prensa, etc. están siendo subdivididos y acondicionados para nuestra Asamblea. El alojamiento tendrá lugar en el Seminario, y sobre todo en hoteles de no muchas estrellas, lo que será recibido con agrado por los obispos, que no quieren lujos cuando se congregan para rezar y trabajar. Habrá un servicio permanente de buses entre los lugares de alojamiento y comida y los espacios de la V Conferencia.

Con gran espíritu de colaboración fraterna hemos recibido el apoyo económico de la Pontificia Comisión para América Latina, de las Conferencias episcopales de los Estados Unidos, Italia y España, de Adveniat,

Misereor y Kirche in Not, de dos diócesis alemanas, de Institutos religiosos y de Porticus.

Una de las incógnitas más difíciles de dilucidar es la que se refiere a los gastos de telefonía y conectividad para comunicar la Conferencia, la Oficina de Prensa y los periodistas internamente y con el mundo. Si Telefónica nos apoya, como lo desean sus gerentes generales, la Conferencia de Aparecida podrá financiarse. Esto supone, como corresponde, que en la próxima reunión de Presidentes de Conferencias Episcopales que tendrá lugar en marzo, se determine un ingreso por cada participante, salvo los que provienen de los países más pobres del Continente.

VI. A. EL ECO QUE VA ENCONTRANDO LA PRIMERA PARTE DEL TEMA DE LA V CONFERENCIA GENERAL: « DISCÍPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO »

Resulta prematuro aquilatar debidamente la repercusión que ya ahora está teniendo el tema que dejó en nuestras manos Su Santidad Benedicto XVI. Por eso, cuanto anoto a continuación son sólo algunas pinceladas de este cuadro. Esta vez se refieren principalmente a la relación fe y cultura. Son algunos rasgos del esbozo que ya se está dibujando de las conclusiones de la gran Asamblea Episcopal que preparamos.

1. **Ha sorprendido su tema.** La Conferencia de Medellín fue convocada para tratar de: « La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio ». La Conferencia de Puebla se ocupó de la ‘misión esencial’³ de la Iglesia, es decir, de « la evangelización: en el presente y en el futuro de América Latina ». Santo Domingo retomó el tema de Puebla:

³ PAULO VI, *Evangelii Nuntiandi* 14.

«Nueva evangelización» y lo proyectó hacia dos ámbitos sedientos de la novedad de la Buena Noticia: «Promoción humana y Cultura cristiana».

Aparecida quiere centrar su atención en la persona bautizada que ha recibido la misión de evangelizar en el presente y el futuro de América Latina; que se hace responsable de la promoción del hombre y de todos los hombres; que interviene en la transformación de América Latina para que 'venga a nosotros su Reino', y con él, una cultura de matriz cristiana.

Ha sorprendido un enfoque, a primera vista tan diverso, pero ha sorprendido positivamente, porque el encuentro con Jesucristo dará todos sus frutos-culturales, sociales, promocionales y evangelizadores-tan sólo si nos transforma en discípulos y misioneros suyos.

2. **Por otra parte**, se valora este enfoque dirigido a la persona porque **son muchas las tendencias dominantes** en el campo de la cultura, de la educación y aún de la política, **que centran su atención en el sujeto**.

Todo movimiento social sabe que necesita formar al individuo para que asuma las grandes banderas de lucha. De lo contrario, no cambiará la historia. Pero incontables jóvenes en Latinoamérica se han cansado de luchas y de grandes banderas. Contraponen su autenticidad a los proyectos cupulares. No quieren imposiciones; miran escépticos los idearios políticos que no se reflejan coherentemente en la vida de quienes los promueven. El tema de la Conferencia de Aparecida acoge su anhelo de paz, de felicidad y fecundidad, y les dice que **tanta sed de sentido se sacia cerca de Jesús, en el encuentro con Él, con su palabra y con su envío**.

3. **La centralidad del sujeto ha puesto en evidencia una prioridad pedagógica**. No se le puede suponer ni conocido, ni cercano, ni siempre consistente en su

identidad como persona y como cristiano. Antes de pedirle que mire lo que ocurre en el mundo y en la Iglesia, antes de llevarlo a “ver” el entorno, el Documento de Participación de esta Conferencia le ha pedido que tome conciencia de su propia realidad y de su vocación. Lo hemos invitado a acercarse a los ojos y al corazón de Dios para mirar el mundo.

Es una visión que busca llegar al dinamismo interior de cada persona, para invitarla a meditar sobre su verdadera vocación y a comprometerse con ella, para descubrir en las situaciones que la impactan y en la naturaleza de las cosas el llamado del Señor de la Vida y de la Historia, y para cooperar con Él, consciente de ser responsable de los pueblos y de su historia.

Esta medida pedagógica que ayudaba a tomar conciencia de la propia identidad y del propio encargo, **para «ver, juzgar y actuar» como hombres y mujeres de fe**, fue objeto de numerosas críticas. Criticaron quienes no comprenden que la robustez de convicción cristiana que distinguía a los que impulsaron este método en Bélgica ya no se puede suponer. A ellos no les costaba juzgar a la luz del Evangelio. Hoy la situación es diferente. Cuando invitamos a tantas comunidades de base a preparar la V Conferencia, estimamos que era del todo necesaria esta toma de conciencia del sujeto para mirar, juzgar y actuar desde los ojos de Dios y como colaboradores suyos. De hecho, el Documento de Participación, partiendo de ese supuesto, fue una invitación a mirar la cruda realidad, a discernir los signos de los tiempos y a actuar de manera resuelta y coherente.

4. Es tal la confusión en el campo de la verdad, de las costumbres y los valores —sobre todo acerca de la libertad, la familia y la vida— que se ha difundido, y tan profunda la ignorancia que se ha extendido en temas centrales de la fe, que ese discernimiento del

tiempo sólo conduce a su meta si los bautizados, y en lo posible sus familias y comunidades, se acercan nuevamente a Jesús, lo reconocen como Maestro, y se detienen a escuchar sus palabras y a aprender de su sabiduría, con la voluntad de ser en todo discípulos y misioneros suyos. Le respuesta de Pedro debe caracterizar a todos los discípulos de Jesús, cuando muchos abandonan a Jesús: Maestro, « **A quién iríamos? ¡Tú, sólo Tú, tienes palabras de vida eterna!** ».

Es más, nuestra esperanza se centra asimismo en la coherencia propia de los discípulos y misioneros cuando enfrentan su vida en familia y su responsabilidad en el mundo. Fluirán en su vida todos los frutos de la conversión a Cristo. En efecto, si un bautizado vive como discípulo de Jesús, no podrá ni querrá hacer propio el divorcio que caracteriza a tantos de sus conciudadanos entre la fe y las relaciones humanas, entre la fe y los compromisos en el hogar, como también entre la fe y la responsabilidad en el orden social, laboral, económico, comunicacional y político. Ser discípulo y misionero de Cristo es serlo siempre; es querer serlo con el heroísmo propio de la santidad.

5. **Pero la V Conferencia General** no puede contentarse con enunciados de metas valiosas e imprescindibles. Tiene que abrirle espacio a **la pedagogía pastoral, al anuncio del kerygma, a la iniciación cristiana y a la educación de la fe**. En efecto, tenemos que darle prioridad a la *formación* de los discípulos de Jesús. No podemos suponer que el encuentro con el Maestro y Pastor en cada cristiano haya sido hondo y personal, lleno de asombro y de confianza en la gracia, ni que ya haya conducido, en virtud del amor a Jesucristo y de su gracia, a la transformación de la vida, las ideas y las costumbres, es decir, al seguimiento y al compromiso audaz y misionero.

También esta orientación pedagógica, encaminada

a la transmisión y la educación de la fe, fue ocasión de críticas. Éstas nos han ayudado a tomar conciencia de un hecho. En América Latina y el Caribe hay líderes para los cuales la acción de la Iglesia debe estar enfocada exclusivamente o preponderantemente hacia la superación de la pobreza, con las necesarias medidas políticas, sociales y económicas que esto requiera. En su programa de acción la misión de la Iglesia en el presente no tiene o casi no tiene otras dimensiones. Entre ellos hay algunos que piensan que la única Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de incontestable valor fue la de Medellín, por haber impulsado hacia la opción preferencial por los pobres. Es más, no faltan quienes consideran que el adjetivo «preferencial» no debiera usarse, ya que debilita la opción. Hasta del documento conclusivo de Medellín olvidan los capítulos que no se encaminan directamente a esta opción. Para ellos, las orientaciones pastorales que se ocupan de otros temas son distracción y decadencia. Es cierto, no son tantos los católicos que piensan así. Pero no hay que olvidarlo: esta tendencia está presente en nuestra Iglesia, y su exageración reduccionista no nos puede impedir que veamos el grave problema que señalan —la escandalosa inequidad y la miseria—, y que pongamos las bases verdaderas para solucionarlo.

6. **La Conferencia de Aparecida**, al llamar la atención sobre el sujeto que recibe la llamada de Jesucristo a seguirlo, a ser su discípulo y misionero, asume el vigoroso llamado de Su Santidad Juan Pablo II, formulado en la Carta apostólica «*Novo Millennio Ineunte*» a alejarnos de toda tentación minimalista como meta del trabajo pastoral. Asumimos así que **el horizonte y la meta de toda labor pastoral es la santidad**, ya que ésta es la única meta que guarda relación con nuestra vocación cristiana, recibida ya en el bautismo. Todo bautizado está llamado a la santidad y al apostolado, es de-

cir, a la plenitud del discipulado y del compromiso misionero.

De esta manera la primera respuesta que quiere dar Aparecida a las corrientes culturales que echan al olvido el derecho natural, que suprimen la presencia de Dios de la vida pública, reduciendo los mandamientos de nuestro Creador y Padre común a convicciones subjetivas e irrelevantes, consiste en el testimonio de quienes viven, como personas, como familias y como comunidades, la vida nueva en Cristo, el gozo y la contemplación de la Buena Nueva, la esperanza en los bienes futuros, la verdad, la unidad, el amor y la paz del Evangelio, la dedicación y el servicio de los demás, a ejemplo de María Sma., participando del torrente de vida nueva en Cristo que es el cristianismo. En un mundo cuyas familias se desmoronan, cuyos hijos se drogan, cuyas convicciones son corroídas por el relativismo, cuyo orden social es amenazado por la violencia y la injusticia, los discípulos y misioneros de Cristo son páginas vivas del Evangelio, fuente de esperanza para el mundo.

7. La Conferencia de Aparecida será una invitación vigorosa a todos nosotros, obispos, sacerdotes y laicos, a los diáconos y a todos los miembros de los institutos de vida consagrada— a ser discípulos y misioneros de Jesucristo, para asumir su verdad y sus caminos, para seguirlo, como reza la oración de este tiempo preparatorio, «cargando con nuestra cruz y urgidos por su envío».

Por lo tanto, en la perspectiva del discipulado, la Conferencia de Aparecida puede tener una fecundidad sorprendente. Todos somos hijos de Dios y hermanos entre nosotros; todos somos discípulos de Jesucristo; todos somos enviados por el Espíritu. **El Obispo es hermano y pastor, discípulo y maestro, es servidor y guía, es hostia viva y sacerdote, es un enviado que en-**

vía. Si en los sacerdotes y en todos los pastores esa realidad profunda —ser discípulos y no sólo maestros, ser hermanos y no sólo pastores— es percibida con gran fuerza por el Pueblo de Dios, tanto más fácil se le hará reconocerlos como amigos, padres, profetas y pastores en las horas difíciles de su vida y de la historia.

8. **Esto nos recuerda que el cambio cultural** más hondo de la historia tuvo su origen en el misterio de la Encarnación, en ese **encuentro de Dios con la humanidad**, y su hora decisiva en el misterio pascual de Cristo, cuando selló en su sangre la alianza del encuentro permanente entre Dios y la humanidad, preparando la irrupción pentecostal del Espíritu Santo. La incorporación de los apóstoles y posteriormente de toda la Iglesia, ocurrió cuando Cristo salió a su encuentro, los llamó por su nombre, los invitó a permanecer con Él y en Él, y los envió a prolongar, en la fuerza del Espíritu Santo, el envío que Él mismo había recibido del Padre. Nuestra incorporación personal, que hace fructificar la gracia bautismal, se produce por el encuentro con Jesucristo vivo. Ese acontecimiento impregnará de manera insospechada **nuestra cultura: de encuentros y no de desencuentros, enemistades o indiferencias**; cultura de encuentro permanente con Jesús y entre nosotros, cultura de compromiso ecuménico e interreligioso, cultura que se potencia en nuestra vida católica cuando nos compenetramos de su Palabra, celebramos la Eucaristía, servimos a los pobres y somos sacramento de comunión.

9. **Ya se puede palpar en toda América** como crece el interés por la lectura orante, meditada y comprometedora de las Escrituras, por la «**lectio divina**». Estoy seguro del lugar central que ocupará en la vida de nuestras comunidades esta ruta vivificante de encuentro con el Señor. Se valora cada vez más la dimensión

bíblica de todo empeño pastoral, y crecen las escuelas del encuentro con Jesús —en los movimientos eclesiales y en otras comunidades y asociaciones- y del asombro contemplativo por su persona, que habla, nos atrae, nos convoca en comunión y nos invita a anunciar con Él el Reino de Dios. Asimismo, la sed de encontrar a Jesús da nueva fuerza a la participación en **la Eucaristía**. Nos inspira la Carta apostólica *Ecclesia de Eucharistia*. En efecto, en esta porción del Pueblo de Dios que quiere entrañablemente a la Sma. Virgen en sus diversas advocaciones, seguirá brotando la semilla sembrada por esa carta, que proponía seguir el camino de solidaridad con Cristo de Nuestra Señora, la *mujer eucarística*.

10. El ánimo de encontrar a Jesús y de dejarnos encontrar por Él, indefectiblemente clama por un compromiso sincero, vigoroso, evangélico con **las causas de los pobres**, por un trato conforme a su dignidad. Recordemos las palabras del Papa Juan Pablo II: «Ateniéndonos a las indiscutibles palabras del Evangelio,⁴ en la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Mediante esta opción, se testimonia el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia y, de alguna manera, se siembran todavía en la historia aquellas semillas del Reino de Dios que Jesús mismo dejó en su vida terrena atendiendo a cuantos recurrían a Él para toda clase de necesidades espirituales y materiales» (NMI 49).

En estos hermanos suyos más pequeños (ver *Mt* 25,40), se centró la «fantasía de la caridad» (NMI 50, PG 73) de los santos de Latinoamérica, comenzando con Nuestra Señora de Guadalupe, que abrió las puertas al Evangelio, acercando a los pueblos indígenas, ya

⁴ Ver *Mt* 25,35s.

en los orígenes de la evangelización, la riqueza cordial de su amor a Dios y a los habitantes originarios del Continente. Su amor al Cristo pobre y sufriente fue compartido por todos nuestros santos. Baste recordar a Santo Toribio de Mogrovejo, a Santa Rosa de Lima y a San Martín de Porres, a San Roque González y, recientemente, a San Alberto Hurtado, que estremeció a su patria, proclamando que «el pobre es Cristo».

11. **A nadie se le escapa un dato fundamental** de los dolores de parto que vive la humanidad, abriéndose camino a una nueva época de la historia. Nuestra cultura occidental, que valora la singularidad del individuo, se debate entre las opciones más individualistas y egoístas, y las opciones contrarias, que buscan una convivencia homogénea, tolerante, sin que se confronten ideas ni convicciones. Sería mejor —así lo sienten— dejar entre paréntesis a la verdad. Entre ambos extremos afirmamos nuestra valoración de la persona como sujeto original e irreplicable, abierto a la verdad y a la comunión con Dios y con la comunidad; en cierto sentido, con toda la creación.

La opción de la Conferencia de Aparecida va a dejar huellas. **La persona, y más aún la persona bautizada, es esencial y existencialmente relacional.** Y con ello no pierde nada de su originalidad. Quien la llama por su nombre a ser discípula suya es Cristo, y lo hace conforme al plan admirable de Dios, que le dio a la persona llamada cuanto necesitaba para vivir y servir conforme a su originalidad personal. Esa persona, precisamente por su impronta divina, por haber sido creada a imagen de Dios, de la Sma. Trinidad, es relacional; nació para la comunión, nació para encontrarse con el «Primogénito de toda la creación» (Co 1,15) y en Él, con la creación entera. Algo similar podemos decir también de nuestros pueblos. Nacieron para la comunión y la colaboración; tienen una profunda vo-

cación fraterna, precisamente por la impronta cristiana de su cultura. No nacimos para ser ni «extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2,10).

Estos rasgos caracterizan y, Dios mediante, seguirán caracterizando a nuestra cultura en Latinoamérica, y hacen más urgente la respuesta de los católicos a los desafíos de nuestro tiempo, y con ella, nuestro compromiso con la justicia y la paz, como asimismo con la unión de nuestras naciones.

12. **La vocación al discipulado**, tal como ocurrió durante la vida pública de nuestro Señor y tal como ocurrió en las primeras comunidades cristianas, implica siempre **pertenencia a la comunidad de los discípulos de Jesucristo**. En los orígenes del cristianismo no abundaban las expresiones que escuchamos en nuestros días, tales como «creo en Jesucristo pero no en la Iglesia», o «yo soy cristiano, pero a mi manera».

Recibir la llamada de Jesús a seguirlo, siempre significó una invitación a la conversión, a seguirlo en todo, coherentemente. Si bien quien llama es misericordioso y comprende nuestra fragilidad, a nadie llamó el Señor para que lo siguiera a su manera, vale decir, parcialmente. Seguirlo, por otra parte, siempre implicó pertenencia a la comunidad. El centro de la comunión, su razón de ser, su alma podríamos decir, era la persona de Jesucristo, el Mesías. La comunión entre los apóstoles, y entre los discípulos y las discípulas de Cristo, se prolonga, asimismo, **como una común-uniión en Cristo y en su Vicario para la Iglesia universal**. Así existe la Iglesia: en comunión con los sucesores de Pedro y de los demás apóstoles, en comunión esencial con los pobres y los afligidos, en comunión viva con todas las iniciativas carismáticas y ministeriales del Espíritu Santo, y buscando una comunión creciente con todos los que creen en Jesús como el

Hijo de Dios, nuestro hermano y Salvador, nuestro Pastor y nuestro Señor.

Por eso, pedirle al Espíritu Santo que seamos una Iglesia de discípulos y misioneros es pedirle que haga de la Iglesia «la casa y la escuela de la comunión» (NMI 43), un instrumento de transformación de la cultura en bien de la comunión.

13. **Aunque sólo sea brevemente**, evoco la gran tardanza con que la Familia de Dios en América Latina y el Caribe está asumiendo una actitud misionera, sobre todo «ad gentes». No veíamos su necesidad. Muchas diócesis de América Latina, al igual que la Iglesia en África y en Asia, recibían misioneros de Europa y también de los Estados Unidos. Nosotros carecíamos de sacerdotes y no habíamos aprendido a dar de nuestra pobreza. ¿Y qué necesidad había de misioneros entre nosotros, cuando todos éramos católicos? La primera evangelización, impulsada por misioneros venidos sobre todo de España, había recorrido toda nuestra geografía. No había paganos en nuestras tierras, a lo sumo algunos librepensadores irreductibles.

Es claro, en el ámbito misionero nuestra vida de fe estaba atrofiada. Por eso le pedimos al Espíritu del envío pentecostal que siembre el fermento de un cambio profundo, realmente copernicano, para ser realmente apóstoles de Jesús y constructores de su Reino. Que se extienda por toda América el despertar misionero que ya está brotando en algunas parroquias, en algunos movimientos e institutos de enseñanza católicos, entre jóvenes y familias misioneras. **Queremos llegar a ser un Pueblo de discípulos-misioneros.**

14. **Así lo anhelamos y para ello le pedimos** su intercesión a la Sma. Virgen y a todos los santos, porque tenemos conciencia de **la hora dramática en que viven muchos países de antigua tradición cristiana.**

Los nuestros se acercan al bicentenario de su vida soberana. Será un hito importante de su historia, una hora de re-fundación, porque están siendo seducidos para emanciparse del sustrato cristiano, verdaderamente católico, de su cultura, y abandonar a sus pastores, de manera que ocurra sin trabas la liberalización de las costumbres y las leyes, en aras de una libertad que se divorcia de la verdad y del bien; de un amor que se desprende de la fidelidad, la renuncia, el apego a los hijos y al matrimonio; y de unos poderes que no prestan ningún servicio a los designios del Creador acerca de la familia, la vida, la justicia, la equidad y la promoción de los más pobres y afligidos.

En esta hora, en la cual no se atiende a la voz de los sabios, y tiene prensa la palabra de los falsos profetas que quieren convencernos de que los caminos de vida y felicidad (ver *Dt 29,15ss*) consisten en no seguir ni los mandamientos de Dios ni las bienaventuranzas de Jesús, la Conferencia de Aparecida se debe alzar no sólo como una nueva proclamación de nuestra independencia de toda colonización cultural, como una nueva abolición de toda esclavitud y de libertad en Cristo, Camino, Verdad y Vida, sino también como una promesa de futuro, como el anuncio de la aurora de un tiempo nuevo, forjado por el Espíritu del Señor con sus discípulos y misioneros.

B. PARA QUE NUESTROS PUEBLOS EN ÉL TENGAN VIDA

Deberíamos continuar nuestra reflexión, deteniéndonos en la segunda parte del tema de la V Conferencia General; «para que nuestros pueblos en Él tengan vida». Sólo quisiera invitarles brevemente a valorar su enunciado y su contenido.

Cuando meditamos en la misión de la Iglesia en bien de la sociedad nos hemos acostumbrado a pensar en la

Doctrina Social de la Iglesia de manera reductiva. Rara vez lo hacemos pensando en la vida de nuestros pueblos. En efecto, las convulsiones políticas de los últimos decenios y el flagelo persistente de la pobreza, han fijado nuestra atención en **los derechos humanos**. Era necesario y sigue siendo necesario reafirmar sin concesiones su importancia porque son inherentes a la obra de nuestro Creador, y abrirles siempre el espacio de respeto y promoción que se conduce con la dignidad humana. La lucha contra las discriminaciones recuerda los derechos de las minorías y de los más débiles, aunque sean mayoría.

Pero va por mal camino una cultura monotemática, que sólo habla de derechos como bien supremo, y no habla de deberes; vale decir, que termina fijando su atención en el bien propio y no en el bien de los demás, ante quienes tenemos obligaciones de hermanos y positivas responsabilidades comunes. **No va por buen camino una cultura que mira al prójimo sólo desde el ángulo de los derechos, y que no se detiene a contemplarlo y respetarlo como obra maravillosa de Dios**, ni a admirarlo con asombro, ni a procurarle con generosidad las mejores oportunidades para que viva y desarrolle las riquezas que Dios le ha entregado, en beneficio propio y en bien de toda la sociedad. No será feliz un pueblo si piensa que la convivencia es sólo una red de derechos que se cumplen, y no descubre o redescubre el valor vivificante del amor a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. No será feliz si no opta por los caminos del Buen Samaritano a favor de su vida y de la dignidad del malherido. No tendrá bienestar ni superará la pobreza, si no opta por la familia, como santuario de la vida, de la confianza, de la generosidad y de la paz. No será feliz si no se preocupa de la vida de los pobres, los huérfanos, las madres abandonadas, los enfermos, los encarcelados y los drogadictos; aun de los violentos, los anárquicos y los desesperanzados.

La V Conferencia General será un gran don para América Latina y el Caribe, si logra enfocar nuestras aspiraciones y esfuerzos —particularmente de los educadores, los políticos, los empresarios, los dirigentes laborales y los comunicadores sociales— hacia ese bien por el cual el Buen Pastor nos amó hasta el extremo: **hacia la vida de nuestros pueblos, hacia la vida en abundancia**. Se trata de la cultura de la vida, de aquella vida que tiene su origen, su plenitud y su pascua en Dios, y que es fraterna y solidaria; de aquella vida nueva que respeta los derechos que Dios mismo asoció a nuestra naturaleza humana, entre ellos, el destino universal de los bienes, para que todos vivan según su dignidad. Se trata de esa vida que es comunión, porque fuimos creados a imagen y semejanza de la Sma. Trinidad.

Que Santa María de Guadalupe, Nuestra Señora de Aparecida y de Luján interceda para nosotros esta gracia, de manera que proclamemos con nuestra vida y nuestras obras que Dios es la vida, que Dios es amor.

**RECOMENDACIONES
PASTORALES**

I. INTRODUCCIÓN

Convencidos de la importancia capital que tiene hoy en día, para la vida de la Iglesia y su acción evangelizadora en el mundo, una renovada pastoral familiar, los participantes en la Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina, celebrada en Ciudad del Vaticano en el mes de enero del 2007, hemos reflexionado sobre el lugar fundamental que tiene la familia en la educación cristiana y la formación en los valores de la fe y del Evangelio.

La familia, además de ocupar un puesto fundamental en cuanto célula básica de la sociedad, constituye un lugar clave de la acción pastoral de la Iglesia, a tal punto que toda otra pastoral pasa necesariamente, de manera directa o indirecta, por la institución familiar. Una adecuada pastoral familiar produce frutos abundantes en diversas dimensiones de la vida social y eclesial.

En el seno de la familia se construye la persona; en ella adquiere los valores esenciales de la vida. Así lo indicaba el Santo Padre Benedicto XVI en el pasado encuentro de las familias en la ciudad de Valencia, al recordar que ella «es el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor».

Por ello, destinatarios y agentes primordiales de la pastoral familiar, deben ser los padres; ellos, en cuanto «partícipes de la paternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y respetar a sus hijos como personas y como hijos de Dios [...], en especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 460).

La familia es el primer lugar de la educación. Los participantes en esta Reunión Plenaria hemos subrayado la importancia de la educación para el presente y el futuro de América Latina, y deseamos por ello hacer una invitación general a tener fe en la actividad educativa.

Un lugar especial ha tenido en nuestras reflexiones también el tema del trabajo por las vocaciones a la vida sacerdotal y a la vida consagrada, que a nuestro modo de ver y porque la práctica lo demuestra, se encuentra profundamente unido al de la pastoral familiar. En el presente de América Latina, tierra bendecida por Dios con el don de la fe, pero carente de un suficiente número de «operarios para la mies», conviene trabajar intensamente en la evangelización de la familia con la conciencia de que ella constituye la principal cuna de las vocaciones en la Iglesia.

Los obispos reunidos en la Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina hemos recordado con profundo agradecimiento el amplio magisterio de Juan Pablo II sobre la familia, unido a la presencia viva del Papa Benedicto XVI y el recuerdo cercano de sus ricas enseñanzas en Valencia. Con un corazón agradecido expresamos nuestro vivo deseo de comprometernos intensamente en la labor de defender y evangelizar la familia, iglesia doméstica y santuario de la vida. Con la mirada puesta en la ya cercana V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, queremos que la familia sea una verdadera escuela, lugar en el que se forjen los futuros discípulos y misioneros del Evangelio para que nuestros pueblos tengan vida en Cristo.

Para lograrlo, será preciso impulsar la renovación espiritual y el fortalecimiento del ardor apostólico y la intensificación del empuje misionero de toda la Iglesia.

Seguros, pues —como nos lo recordó recientemente Benedicto XVI en el citado encuentro—, de que «la comunidad eclesial tiene la responsabilidad de

ofrecer acompañamiento, estímulo, y alimento espiritual que fortalezca la cohesión familiar, sobre todo en las pruebas y momentos críticos», presentamos a continuación algunas conclusiones y recomendaciones pastorales que, como fruto del diálogo y de las ricas reflexiones propuestas por diversos pastores durante las sesiones de la Reunión Plenaria y unidas a ellas, puedan servir de guía a los pastores de América Latina para realizar el fundamental servicio de apoyar a la familia en su misión educadora en la fe y el amor.

II. PRINCIPIOS GENERALES

1. Debe entenderse como algo crucial para el futuro de América Latina y de la humanidad el que la familia permanezca fiel al proyecto de Dios. Ella fue creada por Dios y es deber grave custodiarla y defenderla.

2. La pastoral familiar debe estar presente, de manera transversal, en todos los campos de la acción pastoral de la Iglesia: en la educación, la catequesis, la promoción vocacional, la juventud, la tarea social, etc.

3. El reduccionismo antropológico que mutila la dimensión espiritual de la persona humana y exalta su dimensión exclusivamente material está en la base de muchos de los problemas de la sociedad actual: secularismo, hedonismo, consumismo, etc. Es necesario instruir a las familias, comenzando por los padres que son los primeros educadores, en una recta visión antropológica según los valores cristianos.

4. La verdad sobre la institución del matrimonio, no sólo en su dimensión religiosa, sino también en su realidad humana, consiste en la unión de amor y de vida entre un hombre y una mujer, en recíproca entrega, para toda la vida. Hoy en día se hace necesario ilustrar sobre los aspectos constitutivos y complementarios de la masculinidad y la femineidad como dones creados por Dios.

5. Es imprescindible conocer bien y a su vez dar a conocer la doctrina sobre la ley natural y sus consecuencias en la institución de la familia.

6. Estamos convencidos de que la vida matrimonial es camino de santidad y felicidad, fruto del sacramento. Es fundamental por ello en la pastoral familiar, destacar lo que afirmó el Papa Juan Pablo II en el encuentro de familias de Rio de Janeiro: que la felicidad es fruto de la fidelidad.

7. Una ley que no respete el derecho a la vida del ser humano —desde la concepción hasta la muerte natural sea cual fuere la condición en que se encuentra: sano o enfermo, joven o anciano, todavía en fase embrionaria o en estado terminal— no es una ley conforme al designio divino; y lo mismo puede decirse de toda ley que no respete la naturaleza de la familia (cf. Juan Pablo II, *Discurso a los parlamentarios*, 4-XI-2000).

8. Queremos recordar la esencial importancia de la doctrina del Magisterio de la Iglesia contenida en la Encíclica *Humanae Vitae*. Especialmente el criterio moral que enseña que todo acto conyugal debe tener una significación unitiva y una significación procreativa (cf. *HV*, 12).

9. El relativismo moral imperante pretende establecer «por mayorías democráticas» leyes inicuas sobre el matrimonio y la familia e introducir otros «derechos humanos». Los auténticos derechos humanos son anteriores a la ley positiva y no son negociables.

10. Se pretende, con una manipulación del lenguaje referente a la familia, la vida y el matrimonio, generar una confusión entre los fieles. Conviene por ello conocer bien el uso de expresiones ambiguas, como es el caso del término «género» y de expresiones como «interrupción voluntaria del embarazo», «parejas de hecho», «pro-choice», etc., y, en ese sentido, llamar la atención de los fieles sobre los genuinos contenidos y prevenirlos frente a ese tipo de lenguaje.

III. LOS PADRES Y LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN EL HOGAR

11. En el contexto de la familia percibida como «iglesia doméstica» los padres, en virtud del sacerdocio común que han recibido en su incorporación a Cristo son, como afirma Juan Pablo II los «pastores» que apacientan a sus hijos.

12. La primera educación se realiza como por ósmosis, cuando el niño, estando todavía en la cuna, percibe el ambiente de comunión y la felicidad de sus padres al estar juntos, contentos de las realidades que viven. (cf. *Dt* 6, 20-24)

13. El niño recibe de sus padres y del ambiente familiar los primeros rudimentos de la catequesis. Quere-
mos resaltar, por ello, la riqueza del Catecismo de la Iglesia Católica por sus indicaciones sencillas y prácticas a las familias en la educación en la fe de los párvulos. «Ante los padres cristianos nunca sería demasiado insistir en esta educación precoz mediante la cual son integradas las facultades del niños en una relación vital con Dios: obra capital que exige gran amor y profundo respeto al niño, el cual tiene derecho a una presentación sencilla y verdadera de la fe cristiana». (n. 36)

14. También el Papa Benedicto XVI, en su carta de re-convocación del encuentro mundial de las familias en Valencia, aludía a la enseñanza de las primeras oraciones en la familia. Ellas constituyen la enseñanza fundamental, el lenguaje de fe que el niño recibe como la leche materna. Enseñar a los hijos a rezar es darles la más grande fuerza, que les servirá durante toda su vida.

15. Se recomienda estimular la práctica del rezo del rosario en familia, pues es un medio sumamente valioso y eficaz para la formación en la fe. En él se da un particular acceso a los misterios de la fe católica como lo profesa la Iglesia.

16. La familia cristiana transmite también la fe cuando los padres introducen a los hijos en la vida de

la iglesia, acompañando y promoviendo su efectiva iniciación cristiana por medio de la enseñanza del Catecismo de la Iglesia Católica —o al menos del Compendio, que es de mucha utilidad— y la recepción de los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía.

17. La educación no pasa por un conjunto de reglas, sino por el anuncio de un acontecimiento vivido por la familia como salvación. De él, hace experiencia y comunica a los hijos la certeza de un camino que tiene como fundamento la felicidad vivida en el presente. Lo esencial de la educación consiste en el testimonio de un gran bien encontrado y comunicado a los hijos, de un camino compartido por los padres y que es fuente de sentido y mutua realización.

18. En este sentido, los padres deben comunicar su experiencia a los hijos provocando su libertad, a fin de que ellos busquen y hallen por sí mismos el bien más grande de su vida, aquello que da razón a todos los sacrificios y sustenta la esperanza, pudiendo así encontrar personalmente el « esplendor de la verdad », que es el Señor.

19. El ambiente de oración, entrega y ternura, debe reinar de manera habitual en los ambientes familiares, pues ello hace posible una mejor transmisión de la fe y los valores cristianos.

20. Hoy se debe prestar un particular interés al testimonio de familias ejemplares o de padres que podrían ser venerados en los altares.

IV. OTROS ÁMBITOS DE LA PASTORAL FAMILIAR

21. La familia participa también en la vida cristiana a través de la parroquia que el papa Juan Pablo y Benedicto XVI nos presenta como « familia de familias ». Ésta debe estar abierta a las familias, brindarles

acogida y formación desde el noviazgo hasta la muerte cristiana.

22. El párroco y sus colaboradores están llamados a ofrecer la enseñanza auténtica sobre la grandeza de la familia cristiana, el sacramento del matrimonio y las exigencias morales de la vida conyugal y la paternidad.

23. El tiempo de la preparación al sacramento del matrimonio, en el tiempo actual, es de suma importancia para la pastoral familiar y para renovar la fe de los novios.

24. Una buena atención pastoral de la familia procurará ofrecer a los matrimonios jóvenes la posibilidad de insertarse en algún grupo o movimiento familiar para su animación, formación y perseverancia.

25. La pastoral familiar desde la parroquia y los movimientos procurará fortalecer en la familia las cuatro dimensiones en las que se debe fomentar el crecimiento de la fe, a saber: nupcialidad, paternidad, filiación y fraternidad.

26. Una intensa vida y acción pastoral que destaque la centralidad e importancia de la parroquia y de la familia cristiana será un factor de unidad y cohesión frente a las fragmentaciones y distorsiones que producen otros «centros» sustitutivos o alternativos propuestos por la cultura secularista.

27. La familia evangelizadora deberá seguir más de cerca y cuidar la iniciación cristiana de sus hijos realizada en trabajo conjunto con la parroquia o la escuela católica. Para ello hace falta una mejor formación de las familias jóvenes, para hacerlos conscientes de la grandeza de su misión evangelizadora.

28. Un lugar especial ocupa la preparación y celebración del sacramento de la confirmación que todo cristiano necesita para vivir su fe con vigor, coherencia y sentido misionero. Es necesario renovar nuestra práctica pastoral en este campo, ya que la Confirmación es un deber y una necesidad de cada bautizado; se

trata además de una oportunidad excelente para que, a partir de la preparación de los hijos, la familia renueve y afirme su fe.

29. La familia, con la ayuda de la escuela, la parroquia y los movimientos eclesiales, debe formar a los niños y a los jóvenes en las virtudes cristianas, teológicas y morales, a fin de que puedan llevar una auténtica vida de fe, esperanza y caridad. Particularmente, hay que formarlos en virtudes como la sinceridad y la veracidad, la laboriosidad y la responsabilidad, la constancia y el esfuerzo, la generosidad y la capacidad de perdonar, el servicio y la rectitud.

30. La educación de la sexualidad desde el punto de vista cristiano es la base de una vida limpia, generosa y capaz de amar sinceramente, sea en la soltería, en el matrimonio, en el estado sacerdotal o en la vida consagrada. Para ello es necesario formar a los jóvenes en la castidad y la pureza de corazón.

31. Es urgente dar orientaciones para que las familias y las escuelas cristianas asuman la responsabilidad de formar en la castidad y la pureza, de modo que los padres no estén desarmados ante las influencias avalóricas o incluso antivalóricas de los medios en que viven.

32. Para la educación cristiana de la juventud, las familias necesitan el apoyo de las escuelas católicas, las cuales están llamadas a desempeñar un papel de singular importancia, en cuanto en ellas la necesaria educación religiosa viene integrada y armonizada con la educación integral de la persona humana (*CIC*, 795). Se requiere, pues, ofrecer a estas escuelas el máximo apoyo; así mismo, ellas deben reforzar su identidad católica y su acción evangelizadora y catequética.

33. Los padres católicos deben ser conscientes del deber y derecho que tienen de educar a sus hijos según su propia fe religiosa. Ellos deben también reivindicar ante el Estado su derecho a elegir el tipo de

educación que corresponde a nuestra fe y el derecho a fundar escuelas católicas, sin ser discriminados económicamente.

34. La familia debe reivindicar el derecho a la educación religiosa de los niños también en las escuelas estatales.

35. La familia está llamada a cooperar estrechamente con los maestros de sus hijos, tanto en el caso de las escuelas católicas, como en el caso de las escuelas estatales o no confesionales.

36. Para promover la vida cristiana de las familias es conveniente que se inserten en algún movimiento de pastoral familiar. Estos movimientos han de ser espacios de encuentro y de experiencia del seguimiento de Jesucristo para todos sus afiliados por medio de la escucha de la Palabra de Dios, la vivencia de los sacramentos y la coherencia de vida cristiana.

V. FAMILIA Y PASTORAL VOCACIONAL

37. La crisis de respuesta en las vocaciones a la vida sacerdotal y consagrada es, sobretodo, una crisis de fe. Y esa fe se siembra y se alimenta en el seno de la vida familiar.

38. Es imprescindible fortalecer una evangelización que fructifique en obras concretas de caridad al prójimo y contar con el testimonio de sacerdotes que vivan con generosidad y alegría su consagración en el servicio a Dios y a los hombres.

39. En el surgimiento de las vocaciones a la vida de total consagración toca a las familias una misión insustituible: hacer de los hogares verdaderas iglesias domésticas por la participación frecuente en la celebración eucarística, en particular la misa dominical, la escucha de la Palabra de Dios y la práctica de la caridad cristiana.

40. Es muy conveniente encontrar maneras efectivas para instruir a los padres en el significado y la recta comprensión de la vocación de sus hijos, pues la aguda carencia en este campo constituye no pocas veces la principal causa de una crisis de respuesta en la Iglesia.

41. El Señor nos enseñó a reconocer que la vocación al trabajo evangelizador es un don que hay que pedir con insistencia: «Rueguen al Dueño de la mies que envíe operarios a su mies». La oración por las vocaciones debería estar presente siempre en el ambiente familiar, en los movimientos apostólicos y en las parroquias.

42. En la parroquias, las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada encontrarán un valioso apoyo si se organizan entre los fieles comités o grupos orientados a la promoción vocacional y a la práctica de actos eucarísticos de adoración, en favor del surgimiento y perseverancia de las vocaciones.

43. Los fieles laicos que pertenecen a movimientos, asociaciones y grupos de comunidades parroquiales, cuando logran vivir la vocación conyugal de manera comprometida y generosa, se convierten en semilleros de vocaciones, porque formando cristianamente a sus hijos, los ayudarán a madurar en una intensa vida espiritual que dispone al seguimiento cercano y decidido del Señor Jesús.

44. Confiamos la labor pastoral y misionera de la Iglesia a la Familia de Nazareth; que bajo la mediación de Jesús, María y José, nuestras familias perseveren fieles al proyecto de Dios en las alegrías y en las infaltables penalidades de la vida.

**RECOMENDAÇÕES
PASTORAIS**

I. INTRODUÇÃO

Os participantes da Reunião Plenária da Pontifícia Comissão para a América Latina, celebrada na cidade do Vaticano no mês de Janeiro de 2007, refletimos sobre o papel decisivo da família na educação cristã e na formação dos valores da fé e do Evangelho, convencidos da importância capital que, hoje em dia, essa ocupa para a vida da Igreja e sua ação evangelizadora no mundo.

A família, além de ocupar um posto fundamental como célula básica da sociedade, ocupa também um rol « chave » da ação pastoral da Igreja, a tal ponto que qualquer outra pastoral passa necessariamente, em modo direto ou indireto, pela instituição familiar. Uma adequada pastoral familiar produz frutos abundantes em diversas dimensões da vida social e eclesial.

No seio da família constitui-se a pessoa; nela a pessoa adquire os valores essenciais da vida. Assim indicava o Santo Padre Bento XVI no passado encontro das famílias na cidade de Valência, recordando que a família « é o âmbito privilegiado onde cada pessoa aprende a dar e a receber amor ».

Assim, são os pais aqueles que devem ser os destinatários e agentes primordiais da pastoral familiar; eles, enquanto « partícipes da paternidade divina, são os primeiros responsáveis da educação dos seus filhos e os primeiros anunciadores da fé. Têm o dever de amar e respeitar os seus filhos como pessoas e como filhos de Deus [...], em especial, têm a missão de educá-los na fé cristã » (*Catecismo da Igreja Católica*, 460).

Um lugar especial demos, em nossas reflexões, ao tema do empenho por promover as vocações à vida sa-

cerdotal e à vida consagrada, que, como nos demonstra a experiência, se encontra profundamente unido ao tema da pastoral familiar. Na atual realidade da América Latina, terra abençoada por Deus pelo dom da Fé, mas ao mesmo tempo carente de suficiente número de « operários para a Messe », convém trabalhar intensamente na evangelização da família com a consciência de que ela constitui o principal « berço » das vocações na Igreja.

A família é primeiro lugar da educação. Os participantes desta Reunião Plenária ressaltamos a importância da educação para o presente e o futuro da América Latina e desejamos, por isso, fazer um convite geral a pôr fé na atividade educativa.

Os Bispos reunidos na Plenária da Pontifícia comissão para a América Latina recordamos com profundo agradecimento o vasto magistério de João Paulo II sobre a família, unido à presença viva do Papa Bento XVI e o recordo de seus vivos ensinamentos em Valência. Com coração agradecido, expressamos nosso profundo desejo de comprometer-nos intensamente no labor por defender e evangelizar a família, igreja doméstica e santuário da vida. Com o olhar posto na próxima V Conferência do Episcopado Latino-americano e do Caribe, queremos que a família seja uma verdadeira escola, lugar onde sejam forjados os futuros discípulos e missionários do Evangelho, para que nossos povos tenham vida em Cristo.

Para conseguir este objetivo, será preciso impulsar a renovação espiritual e o fortalecimento do ardor apostólico, intensificando o vigor missionário de toda a Igreja.

Seguros – como nos lembrou recentemente Bento XVI no já citado encontro – de que « a comunidade eclesial tem a responsabilidade de oferecer acompanhamento, estímulo e alimento espiritual que fortaleça a coesão familiar, sobretudo nas provas e momentos crí-

ticos », apresentamos a seguir algumas conclusões e recomendações pastorais que, como fruto do diálogo e das ricas reflexões propostas pelos diversos pastores durante as sessões da Reunião Plenária, podem servir de guia aos pastores da América Latina para realizar o fundamental serviço de apoiar a família na sua missão educadora na Fé e no Amor.

II. PRINCÍPIOS GERAIS

1. Deve-se entender como algo crucial para o futuro da América Latina e da humanidade que a família permaneça fiel ao projeto de Deus. Ela foi criada por Deus e é um importante dever custodiá-la e defendê-la.

2. A pastoral familiar deve estar presente, de maneira transversal, em todos os campos da ação pastoral da Igreja: na educação, nas catequeses, na promoção vocacional, na juventude, no labor social, etc.

3. O reducionismo antropológico que mutila a dimensão espiritual da pessoa humana e exalta a sua dimensão exclusivamente material, está na base de muitos dos problemas da sociedade atual: secularismo, hedonismo, consumismo, etc. É necessário instruir as famílias, começando pelos pais que são os primeiros educadores, em uma reta visão antropológica segundo os valores cristãos.

4. A verdade sobre a instituição do Matrimônio, não somente na sua dimensão religiosa, mas também na sua realidade humana, consiste na união de amor e de vida entre um homem e uma mulher, em recíproca entrega, por toda vida. Hoje em dia, faz-se cada vez mais necessário ilustrar os aspectos constitutivos e de complemento da masculinidade e da feminilidade, como dons criados por Deus.

5. É imprescindível conhecer bem e, ao mesmo tempo, divulgar a doutrina sobre a lei natural e as suas conseqüências para a instituição da família.

6. Como fruto do sacramento, temos a certeza de que a vida matrimonial é um caminho de santidade e de felicidade. Assim, é fundamental remarcar o que o Papa João Paulo II afirmou no encontro com as famílias no Rio de Janeiro: que a felicidade é fruto da fidelidade.

7. Uma lei que não respeite o direito à vida do ser humano – da concepção até a morte natural, seja qual for a condição na qual se encontrará: sadio ou enfermo, jovem ou ancião, ainda na fase embrionária ou em estado final – não é uma lei conforme ao Desígnio Divino; e o mesmo se pode dizer de toda lei que não respeite a natureza da família (cf. João Paulo II, *Discurso aos parlamentários*, 4-XI-2000).

8. Queremos recordar a importância essencial da doutrina do Magistério da Igreja contida na Encíclica *Humanae Vitae*. Especialmente o critério moral que ensina: todo ato conjugal deve ter uma significação unitiva e uma significação procreativa (cf. *HV*, 12).

9. O relativismo moral dominante pretende estabelecer «por maiorias democráticas» leis iníquas sobre o matrimônio e a família, e introduzir outros «direitos humanos». Os autênticos direitos humanos precedem à lei positiva e não são negociáveis.

10. Pretende-se, com a manipulação da linguagem referente à família, à vida e ao matrimônio, gerar uma confusão entre os fiéis. Convém, por isso, conhecer bem o uso de expressões ambíguas, como é o caso do termo «gênero» e de expressões como «interrupção voluntária da gravidez», «união de fato», «pro-choice», etc., e, neste sentido, chamar a atenção dos fiéis sobre os genuínos conteúdos e preveni-los diante deste tipo de linguagem.

III. OS PAIS E A TRANSMISSÃO DA FÉ NO LAR

11. No contexto da família, percebida como «igreja doméstica», os pais, em virtude do sacerdócio

comum que receberam pela incorporação a Cristo no Batismo, são, como afirma João Paulo II, os « pastores » que apascentam os seus filhos.

12. A primeira educação realiza-se como por « osmose », quando a criança, estando ainda no berço, percebe o ambiente de comunhão e a felicidade que brota da convivência, da união de seus pais. (cf. *Dt* 6,20-24)

13. A criança recebe de seus pais, do ambiente gerado por eles, os primeiros rudimentos da catequese. Neste sentido, recordarmos a riqueza da Exortação Pastoral *Cathequesis Tradendae*, quando dizia: « Ante os pais cristãos nunca é demais insistir nesta iniciação precoce, mediante a qual as faculdades da criança são integradas em uma relação vital com Deus: obra capital que exige um grande amor e um profundo respeito pela criança, a qual tem o direito a uma apresentação simples e verdadeira da fé cristã » (*Cathequesis Tradendae*, n. 36).

14. O Papa Bento XVI, em sua carta de convocação para o Encontro mundial das famílias em Valência, também chamava a atenção para este ensinamento precoce das primeiras orações em família. Elas constituem o ensinamento basilar, a linguagem da fé que a criança recebe como o leite materno. Ensinar aos filhos a rezar é dar-lhes a força maior, que lhes servirá durante toda a vida.

15. Recomenda-se estimular a prática da oração do Terço em família, pois é um meio sumamente valioso e eficaz para a formação da fé. Através desta oração dá-se um particular acesso aos mistérios da fé católica, em companhia de Nossa Senhora, como professora a Igreja.

16. A família cristã transmite também a fé quando os pais introduzem os filhos na vida da Igreja, acompanhando e promovendo a sua efetiva iniciação cristã por meio do ensinamento do Catecismo da Igreja Católica –ou pelo menos do Compêndio, o qual é de

muita utilidade— e a recepção dos sacramentos do Batismo, da Confirmação e da Eucaristia.

17. A educação não passa só por um conjunto de regras, mas pelo anúncio de um acontecimento vivido pela família como mistério de salvação. Deste acontecimento, a família faz experiência e comunica aos filhos a certeza de um caminho que tem como fundamento a felicidade vivida no presente. O essencial da educação consiste no testemunho de um grande bem encontrado e comunicado aos filhos, de um caminho compartilhado pelos pais e que é fonte de sentido para suas vidas e de mútua realização.

18. Neste sentido, os pais devem comunicar a sua experiência aos filhos estimulando a liberdade deles, para que busquem e encontrem por si mesmos o maior bem de suas vidas, aquilo que dá razão a todos os sacrifícios e sustenta a esperança, encontrando assim, de modo pessoal, o « esplendor da verdade » que é o Senhor.

19. O ambiente de oração, de entrega e ternura, deve reinar de maneira habitual nos ambientes familiares; assim torna-se possível uma melhor transmissão da fé e dos valores cristãos.

20. Atualmente deve-se prestar uma maior atenção ao testemunho das famílias exemplares, dos pais que poderiam ser venerados nos altares.

IV. OUTROS ÂMBITOS DA PASTORAL FAMILIAR

21. A família participa também na vida cristã através da paróquia, que o Papa João Paulo II e Bento XVI nos apresenta como « família de famílias ». Esta deve estar aberta às famílias, oferecer-lhes acolhida e formação, desde o noivado até a morte cristã.

22. O pároco e seus colaboradores são chamados a oferecer o ensinamento autêntico sobre a grandeza

da família cristã, o sacramento do matrimônio e as exigências morais da vida conjugal e da paternidade.

23. O tempo de preparação para o sacramento do matrimônio, hoje em dia, é de suma importância para a pastoral familiar e para renovar a fé dos noivos.

24. Uma boa atenção pastoral à família procurará oferecer aos matrimônios jovens a possibilidade de inserir-se em algum grupo ou movimento familiar para a sua animação, formação e perseverança.

25. A pastoral familiar, na paróquia e nos movimentos, procurará fortalecer na família as quatro dimensões nas quais deve-se fomentar o crescimento da fé, a saber: as núpcias, a paternidade, a filiação e a fraternidade.

26. Uma intensa vida e ação pastoral que destaque a central importância das paróquias e da família cristã será um fator de unidade e coesão diante das fragmentações e distorções que produzem outros «centros» substitutos ou alternativos propostos pela cultura «secularista».

27. A família evangelizadora deverá seguir e cuidar mais de perto da iniciação cristã de seus filhos, realizada no trabalho conjunto com a paróquia, os movimentos eclesiais e a escola católica. Para isso, é necessário uma melhor formação, concientizando tais famílias jovens da grandeza desta sua missão evangelizadora.

28. Um lugar especial ocupa a preparação e a celebração do sacramento da Confirmação que todo cristão necessita para viver a fé com vigor, coerência e sentido apostólico. É necessário renovar nossa prática pastoral neste campo, pois a Confirmação é um dever e uma necessidade de cada batizado; trata-se, ademais, de uma oportunidade excelente para que, a partir da preparação dos filhos, a família renove e reafirme a sua fé.

29. A família, com a ajuda da escola, da paróquia e dos movimentos eclesiais, deve formar as crianças e os jovens nas virtudes cristãs, teológicas e morais, para

que possam assim viver uma autêntica vida de fé, esperança e caridade. Particularmente, há que formá-los em virtudes como a sinceridade e a veracidade, a laboriosidade e a responsabilidade, a constância e o esforço, a generosidade e a capacidade de perdoar, o serviço e a retitude.

30. A educação da sexualidade, do ponto de vista cristão, é a base de uma vida pura, generosa, capaz de amar sinceramente, seja na vida de solteiro, no matrimônio, no estado sacerdotal ou na vida consagrada. Para isso, é necessário formar os jovens na castidade e na pureza do coração.

31. É urgente dar orientações para que as famílias e as escolas cristãs assumam a responsabilidade de formar na castidade e na pureza, de modo que os pais não estejam desarmados diante das muitas influências negativas dos meios onde vivem.

32. Para a educação cristã da juventude, as famílias necessitam do apoio das escolas católicas, as quais estão chamadas a desempenhar um papel de singular importância em quanto, nelas, a necessária educação religiosa vem harmonizada com a educação integral da pessoa humana (CIC, 795). Requer-se, pois, oferecer a essas escolas o máximo apoio; por outro lado, elas mesmas devem esforçar-se por reforçar a sua identidade católica e a sua ação evangelizadora e catequética.

33. Os pais católicos devem ser conscientes do dever e do direito que possuem de educar os seus filhos segundo a sua própria fé religiosa. Eles devem também reivindicar, ante o Estado, o seu direito de eleger o tipo de educação que corresponde à nossa fé e o de fundar escolas católicas sem ser discriminados economicamente. (cf. *Carta de los Derechos de la Familia*, art. 5).

34. A família deve reivindicar o direito à educação católica de seus filhos também nas escolas estatais.

35. A família está chamada à cooperar estreitamente com os mestres de seus filhos, tanto no caso das

escolas católicas, quanto no caso das escolas estatais ou não confessionais.

36. Para promover a vida cristã das famílias é conveniente que se insiram em algum movimento pastoral familiar ou em grupos de animação diocesana ou pastoral. Estes movimentos hão de ser um espaço de encontro e de experiência do seguimento de Jesus Cristo para todos os seus afiliados, através da escuta da Palavra de Deus, da vivência dos sacramentos e da coerência de vida cristã.

V. FAMÍLIA E PASTORAL VOCACIONAL

37. A crise de resposta às vocações para a vida sacerdotal e consagrada é, sobretudo, uma crise de fé. E essa fé semeia-se e alimenta-se no seio da vida familiar.

38. É imprescindível fortalecer uma evangelização que dê frutos em obras concretas de caridade ao próximo e contar com o testemunho de sacerdotes que vivam com generosidade e alegria a sua consagração ao serviço de Deus e dos homens.

39. No cultivo e maturação de vocações à vida de total consagração à Deus, compete às famílias uma missão insubstituível: transformar o próprio lar em verdadeiras igrejas domésticas através da participação na celebração eucarística, em particular a Missa Dominical, da escuta da Palavra de Deus e da prática da caridade cristã.

40. Convém encontrar maneiras mais efetivas para instruir os pais no significado e na reta compreensão da vocação de seus filhos, pois a acentuada carência neste aspecto constitui uma das causas da falta de uma adequada resposta à mesma.

41. O Senhor nos ensinou a reconhecer que a vocação ao trabalho apostólico é um dom que devemos pedir com insistência: «Peçam ao Senhor da Messe pa-

ra que envie mais operários à Messe». A oração pelas vocações deveria estar sempre presente no ambiente familiar, nas paróquias e nos movimentos apostólicos.

42. Nas paróquias, as vocações à vida sacerdotal e à vida consagrada encontrarão um valioso apoio se organizam-se, entre os fiéis, comitês ou grupos orientados à promoção vocacional e à prática de atos eucarísticos de adoração em prol do surgimento e perseverança das vocações.

43. Os fiéis leigos que pertencem a movimentos, associações e grupos de comunidades paroquiais, quando vivem a vocação conjugal de maneira comprometida e generosa, convertem-se em fomentadores de vocações, porque, formando cristãmente os seus filhos, os ajudam madurar em uma intensa vida espiritual que os dispõe ao seguimento comprometido do Senhor Jesus.

44. Confiamos o labor pastoral e missionário da Igreja à Família de Nazaré; que sob a mediação de Jesus, Maria e José, nossas famílias perseverem fiéis ao projeto de Deus, nas alegrias e nos sofrimentos da vida, que não faltam.

PONTIFICA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA

REUNIÓN PLENARIA

Presidente

Cardenal GIOVANNI BATTISTA RE
Prefecto de la Congregación para los Obispos

Vicepresidente

Monseñor LUIS ROBLES DÍAZ
Arzobispo Titular de Stefaniaco

Consejeros

1. Cardenal Alfonso López TRUJILLO, *Presidente del Pontificio Consejo para la Familia*
2. Cardenal Jaime Lucas ORTEGA y Alamino, *Arzobispo de San Cristóbal de La Habana, Cuba*
3. Cardenal Juan Sandoval ÍÑIGUEZ, *Arzobispo de Guadalajara, México*
4. Cardenal Theodore McCARRICK, *Arzobispo de Washington, Estados Unidos de América*
5. Cardenal Francisco Javier ERRÁZURIZ OSSA, *Arzobispo de Santiago de Chile, Chile*
6. Cardenal Oscar Andrés RODRÍGUEZ MARADIAGA, S.D.B., *Arzobispo de Tegucigalpa, Honduras*
7. Cardenal Juan Luis CIPRIANI THORNE, *Arzobispo de Lima, Perú*
8. Cardenal Cláudio HUMMES, O.F.M., *Prefecto de la Congregación para el Clero*
9. Cardenal Jorge Mario BERGOGLIO, S.I., *Arzobispo de Buenos Aires, Argentina*

10. Cardenal Eusébio Oscar SCHEID, S.C.I., *Arzobispo de São Sebastião do Rio de Janeiro, Brasil*
11. Cardenal Jorge Arturo MEDINA ESTÉVEZ, *Prefecto Emérito de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos*
12. Cardenal Darío CASTRILLÓN HOYOS, *Prefecto Emérito de la Congregación para el Clero*
13. Cardenal Javier Lozano BARRAGÁN, *Presidente del Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud*
14. Monseñor Leonardo SANDRI, *Arzobispo Titular de Cittanova, Sustituto de la Secretaría de Estado para los Asuntos Generales*
15. Monseñor Joseph Serge MIOT, *Arzobispo Coadjutor y Administrador Apostólico «sede plena» de Port-Au-Prince, Haití*
16. Monseñor Edmundo ABASTOFLOR MONTERO, *Arzobispo de La Paz, Bolivia*
17. Monseñor Héctor AGUER, *Arzobispo de La Plata, Argentina*
18. Monseñor Nicolás Cotugno FANIZZI, S.D.B., *Arzobispo de Montevideo, Uruguay*

Miembros

1. Cardenal Norberto Rivera CARRERA, *Arzobispo de México, México*
2. Cardenal Carlos Amigo VALLEJO, O.F.M., *Arzobispo de Sevilla, España*
3. Cardenal Jorge Liberato UROSA SAVINO, *Arzobispo de Caracas, Venezuela*
4. Monseñor Francesco MONTERISI, *Arzobispo Titular de Alba Marittima, Secretario de la Congregación para los Obispos*

5. Monseñor Stanislaw RYLKO, *Obispo Titular de Novica, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos*
6. Monseñor Nikola ETEROVIĆ, *Arzobispo Titular de Sisak, Secretario General del Sínodo para los Obispos.*
7. Monseñor José Dimas CEDEÑO DELGADO, *Arzobispo de Panamá, Panamá*
8. Monseñor Fernando SÁENZ LACALLE, *Arzobispo de San Salvador, El Salvador*
9. Monseñor Franz GRAVE, *Obispo Titular de Tingaria y Auxiliar de Essen, Presidente de la Obra Episcopal «Adveniat», Alemania*
10. Monseñor José Guadalupe MARTÍN RÁBAGO, *Obispo de León, México*

Invitados

1. Cardenal Geraldo MAJELLA AGNELO, *Arzobispo de San Salvador de Bahía, Brasil*
2. Cardenal Zenon GROCHOLEWSKI, *Prefecto de la Congregación para la Educación Católica.*
3. Monseñor José Luis LACUNZA, O.A.R., *Obispo de David, Presidente del Departamento Familia, Vida y Cultura del CELAM.*
4. Monseñor Jonás Guerrero CORONA, *Obispo Auxiliar de México, México*

INDICE

| | |
|--|----|
| Presentación | 5 |
| Apresentação | 7 |
| Programa | 9 |
| Discurso del Santo Padre BENEDICTO XVI a los participantes en la Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina | 15 |
| Saludo del Cardenal GIOVANNI BATTISTA RE, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, al Santo Padre Benedicto XVI | 25 |
| Homilía en la Concelebración Eucarística realizada en la Cripta de la Patriarcal Basílica de San Pedro. Cardenal GIOVANNI BATTISTA RE, <i>Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina</i> | 29 |
| Saludo del Presidente a los Participantes al inicio de la Reunión Plenaria. Cardenal GIOVANNI BATTISTA RE, <i>Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina</i> | 35 |
| Relación informativa. S.E.R. Mons. LUIS ROBLES DÍAZ, <i>Arzobispo tit. De Stefaniaco, Vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina</i> | 45 |

Intervenciones

| | |
|--|----|
| Relación: Panorama de la Familia Cristiana en América Latina. Análisis de la situación. S.E.R. Mons. JOSÉ LUIS LACUNZA MAESTROJUAN, O.A.R., <i>Obispo de David, Presidente del departamento de Familia, Vida y Cultura del CELAM</i> | 57 |
| Conferencia: Enseñanzas pontificias sobre la Familia. S.E.R. Cardenal ALFONSO LÓPEZ TRUJILLO, <i>Presidente del Pontificio Consejo para la familia</i> | 75 |

| | |
|--|-----|
| La Familia Cristiana transmite la fe: cuando los padres enseñan a los hijos a rezar. S.E.R. Cardenal GERALDO MAJELLA AGNELO, <i>Arzobispo de São Salvador da Bahia</i> | 85 |
| Quando introducen a los hijos en la vida de la Iglesia (Primera Comunión, Confesión, Confirmación). S.E.R. Mons. FERNANDO SAENZ LACALLE, <i>Arzobispo de San Salvador</i> | 97 |
| Quando iluminan la vida cristiana con la luz de la fe mediante el Catecismo de la Iglesia Católica, la lectura de la Sagrada Escritura, la Vida de los Santos, etc... S.E.R. Cardenal DARÍO CASTRILLÓN HOYOS; <i>Prefecto Emérito de la Congregación para el Clero</i> | 107 |
| El testimonio de fe de los padres: importancias del ejemplo. S.E.R. Cardenal NICOLÁS de JESÚS LÓPEZ RODRÍGUEZ, <i>Arzobispo de Santo Domingo</i> | 119 |
| La Educación Cristiana como medio para la formación integral de la persona y para la construcción de un futuro con bases sólidas. S.E.R. Cardenal CLÁUDIO HUMMES, <i>Prefecto de la Congregación para el Clero</i> | 127 |
| Familia y Parroquia. S.E.R. Cardenal JORGE MARIO BERGOGLIO, <i>Arzobispo de Buenos Aires</i> | 135 |
| Familia y Escuela. S.E.R. Cardenal ZENON GROCHOLEWSKI, <i>Prefecto de la Congregación para la Educación Católica</i> | 155 |
| Movimientos Eclesiales en favor de la Familia. S.E.R. Mons. JONÁS GUERRERO CORONA, <i>Obispo Auxiliar de México</i> | 171 |
| Familia Cristiana, cuna de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. S.E.R. Cardenal JUAN SANDOVAL ÍÑIGUEZ, <i>Arzobispo de Guadalajara</i> | 183 |

| | |
|--|-----|
| La preparación de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. S.E.R. Cardenal FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ OSSA, <i>Arzobispo de Santiago de Chile y Presidente del CELAM</i> | 199 |
| Recomendaciones pastorales | 241 |
| Recomendações pastorais | 253 |
| Participantes | 263 |

TIPOGRAFIA VATICANA

